FERNANDA NAMUR



Una novela

Quédatelo todo



Quédatelo todo

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Fernanda Namur
Derechos exclusivos de edición:
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: junio de 2024

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

ISBN: 978-956-408-545-6
ISBN digital: 978-956-408-550-0
RPI: 2024-A-2683

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

FERNANDA NAMUR

Quédatelo todo

Una novela



“Tengo en mí tantos arrepentimientos,
Tantos inútiles presentimientos,
Una fidelidad ciega de perro,
Un corazón que puede ser de hierro,
Que no conmueve a veces ni la muerte,
Ni la alegría ni la buena suerte.
¡Si tengo un corazón es para que arda!”

Silvina Ocampo

Capítulo 1

Una de las pocas certezas que tengo en mi vida es, como dicen por ahí, que del odio al amor hay un solo paso: la persona que más he querido es la que más daño me ha hecho. Su nombre es Gabriela Santelices, el mío es Elena Ramos, y lo nuestro fue amor a primera vista. Apenas la conocí supe que quería ser su mejor amiga.

Tu mejor amiga, debería decir.

Me es muy difícil explicar el profundo sentimiento de vergüenza que me inunda cuando me preguntan por ti y no tengo otra opción más que contestar que ya no nos hablamos. Es infantil, lo sé, pero así me siento: una niña desamparada desbordada de emociones que aún no tienen nombre, sin embargo, es el tuyo el que me atormenta por mucho que intente olvidarlo. Dejo de tener veintiocho años y vuelvo a los ocho de golpe, una cachetada que es tan dolorosa que me hace cuestionar la forma en la que antes solía medir el sufrimiento. Soy una mujer adulta, tengo problemas muchísimos más importantes de los cuales debería estar preocupándome, sin embargo, ahora me reduzco a esto.

Una espectadora incapaz de desprenderse del pasado.

Mi único consuelo es que la gente no suele preguntar por qué nos peleamos. No sé por qué, ahora que lo menciono. Con lo metidos que son para el resto de las cosas, en realidad es extraño que solo aquí es cuando dejan que una pregunta quede suspendida, sin respuesta. ¿Será que no saben cómo reaccionar? Quizás debería haberle hecho caso a la vergüenza, quizás esto no es algo que debiese ir contando por la vida. Puede ser que una persona normal en esta situación simplemente opta por el diplomático camino del «nos distanciamos», o más fácil aún, mentir y decir que todo va bien y fin del asunto.

Quizás es que saben que, si ya no somos amigas, es porque algo grave tuvo que haber ocurrido entre nosotras. Fuiste una persona demasiado importante para mí, y pasamos por tantas experiencias juntas, que el fin de nuestra relación sin lugar a duda es un duelo que se me nota en la cara, que escapa por mis poros, viscoso y putrefacto, y se sienta sobre mis hombros intensificando la gravedad con la que el piso atrae a mi cuerpo.

La gente «adulta» no termina con sus amigos.

No sé si alguna vez había terminado una amistad como lo hicimos nosotras. Intentar recapitular la serie de eventos que nos llevó hasta acá me marea. Habíamos peleado antes, pero nunca de esa manera. Creo que sé qué fue lo que cambió, lo que hizo que esta vez fuese distinta a las otras.

Yo.

Yo estaba distinta.

Lo que me hiciste me cambió para siempre, o por lo menos alteró irreversiblemente cómo te veía. Ya no me importaba cuidar tus sensibilidades ni tus sentimientos. Quería que te doliera como me dolió a mí. Quería verte reaccionar, quería verte sangrar. Viste lo peor de mí, pero no sé si te diste cuenta de que yo a ti te vi tal cual eres, tal como siempre fuiste, pero que astutamente maquillaste. No fue esa discusión la que rompió lo que fuimos, fuiste tú. Tú fuiste poco a poco, como una termita, comiéndotelo todo a tu paso, sin que yo alcanzara a darme cuenta de lo que estaba pasando. Parasitaste esta relación, y cuando colapsó bajo su propio peso, te indignaste conmigo cuando me atreví a cuestionar la condición de su estructura.

Chúpalo, Gabriela Santelices.

Chúpalo y no dejes de chuparlo hasta que te agotes.

Durante tanto tiempo soñé con una hermana como tú. Los momentos que compartimos como amigas fueron de los más felices de mi vida, sentía que la nuestra era una relación que solo se daba en las películas. Lo echo tanto de menos, y por eso te odio. Odio que fuiste la mejor amiga que he tenido y la persona que me hace no querer volver a tener en mi vida una amiga de ese tipo. Odio que seguramente a ti te da lo mismo.

*

Rabia, pena, y un temporal de pensamientos catastróficos inundan mi cabeza mientras mi mirada se pasea por la polvorienta salita de estar que en este momento me contiene sin mucho cariño. Francamente, ya no sé qué más hacer para matar el tiempo. Cuando estás en un lugar por última vez, la culpa te invita a memorizarlo antes de que sea tarde.

Desvanecimiento.

Vacío.

Olvido.

Podría intentar recorrer con la vista cada centímetro de este lugar antes de que llegue el taxi que me llevará al aeropuerto. No creo que me alcance el tiempo, ni tampoco sé si vale la pena hacer el ejercicio, pero no me quedan muchas más opciones. Mis ojos son una escoba gastada a la que apenas le quedan un par de cerdas y que hace lo

posible por barrer todas las pelusas que me rodean, congelándolas en su lugar. Si depende de mí, jamás volveré a pisar este lugar semiabandonado. Nunca más me sentaré en este incomodísimo sillón cuyo color innombrable es la suma de todo lo que comimos y derramamos sobre su terciopelo barato, de segunda. Jamás pensé que perdería para siempre la chance de arreglar la pata floja de la mesa del comedor. Sin saberlo, en algún momento limpié el mesón de la cocina por última vez.

Pocas cosas van quedando de todas las que solían habitar este espacio. Las más feas, las más rotas y las que tú, Gabriela, aún no vienes a buscar. Es ridículo, pero me sorprende demasiado que el televisor siga en su lugar, como si nada. Es mío, lo compré muchísimo antes de que nos fuésemos a vivir juntas, y aun así me sorprende que se encuentre aquí, en mi propia casa. Te has quedado con todo, esa era tu naturaleza, asumí lo peor e incluso esto lo di por perdido.

Aprieto con rabia el control remoto y no pasa nada.

Debo dejar de hablarte, nombrarte como si fueras otra.

«¿Por qué mierda no se prende esta weá?» pienso mientras golpeo el control con rabia.

Presiono, presiono, presiono y nada. Al igual que yo, el control no tiene baterías.

—Qué hija de puta —digo en voz alta entre dientes apretados.

Gabriela. Campeona mundial en sacarle las pilas a todo, a escondidas, sin dar aviso y sin reponerlas. Jamás. Nunca. Hubo un momento en que sus asaltos eran tan descarados y descriteriados que tuve que cambiar mis vibradores antiguos por unos recargables y así evitarme el mal rato. ¿Me creerías si te digo que en ese momento realmente no me molestaba? En ese entonces me causaba hasta gracia el robo hormiga de Gabriela. Pero era distinto cuando éramos amigas. Si a ella le faltaban baterías, yo feliz de poder ayudarla, aun cuando no había sido realmente partícipe de la solución. Este orgasmo te lo regalo yo.

Mientras estés feliz, y a mí me dejes en paz, te los regalo todos.

¿Cuál habrá sido el último?

Menos mal este televisor es de aquellos que aún tienen botón de encendido manual. Lo que no tiene es una forma de cambiar de emisora, por lo que me resigno a ver lo que sea que me depara un canal nacional un domingo a mediodía. Quien diría que este lugar que tanto amé hoy no se reduce a más que una sala de espera de un consultorio.

Qué deprimente, por la chucha.

Una breve pausa comercial y volvemos a la programación habitual.

Con el sol de las doce a todo dar, una joven periodista se dedica a intentar entrevistar a personas haciendo fila a las afueras de una

cárcel. Digo intentar, ya que casi nadie quiere regalarle ni una palabra ni un solo segundo de su tiempo malgastado. Es divertido y vergonzoso a la vez ver cómo le dan la espalda a su micrófono. Debe haber saludado en vano a al menos diez espaldas y hombros distintos hasta que logró dar con la víctima perfecta: una mujer canosa de rostro amable y que fácilmente podría ser su abuela, la mía, o incluso la tuya. Era la abuela de todo Chile. Una de esas típicas señoras que tienen cara de que, si les pides la hora, te cuentan lo acontecido en su día completo. Accede con timidez a la entrevista, mirando de reojo la fila estática, urgida ante la posibilidad de perder su lugar. De manera pausada y con una suavidad feroz, mira a la cámara de frente y comenta que lleva doce años visitando la cárcel. Todos los domingos, sin falta, viaja para ver a su hijo. Todos los domingos su despertador suena a las 5:00 a.m., todos los domingos arma un bolsito con un poco de comida y uno que otro encargo, y absolutamente todos los domingos del año toma un bus que en tres horas la deja frente al mausoleo de violencia y abandono en el que se hospedaba su primogénito.

—Soy lo único que tiene, y él es lo único que me queda mí —explica la señora—, así que aquí estaré todas las semanas hasta que él termine de cumplir su castigo. Al final del día, él sigue siendo mi familia. No importa lo que haya hecho. La sangre es más fuerte.

—¿Y cuántos domingos más le quedan? —pregunta la reportera nerviosa, en un débil intento de alivianar el ambiente.

—Uy, no estoy segura, no sabría calcular. Son ocho años más, no sé si usted podría ayudarme con el número, no soy buena para esas cosas. Ocho años más, si todo sale bien —con su mirada clavada en la cámara la mujer aclara que su hijo ha sido condenado a veinte años de cárcel por homicidio calificado, luego de asesinar a su hermano menor por una deuda impaga. Sin que se lo pidieran, contó con lujo de detalles cómo fue ella misma quien encontró en el patio de su propia casa a sus dos hijos. Uno estaba tirado en el piso, el otro sostenía un peñasco ensangrentado que había arrancado del muro que ella por tanto tiempo había tenido pendiente arreglar.

Ver a la periodista descolocada intentar recomponerse, sosteniendo el micrófono como si fuese un salvavidas, era todo un cuadro. Me hubiese sacado una carcajada de no haber estado tan impactada como la pobre reportera ante lo que acababa de escuchar.

—Un ejemplo del amor de madre, y de cómo la familia, aunque no se elige, es para siempre, pase lo que pase. Adelante, estudio.

Personalmente, nunca he sido partidaria del dicho «la sangre es más espesa que el agua». No sé quién instaló la idea, pero me llama la atención esa locura colectiva que insiste en que la familia es para siempre. Que pase lo que pase, son ellos quienes estarán allí el uno

para el otro. Ese es tu equipo, es el que te tocó e independiente de si es bueno o malo, y es tu deber permanecer allí.

Pura mierda.

Pienso en la madre del fratricida, en mi propia madre olvidada y en Gabriela. Yo sé que es un caso un poco extremo, pero se entiende la idea: la amistad no viene con ese seguro incluido.

La familia es eterna.

Los amigos por un rato.

Y yo nuevamente me quedé sola.

En *shock:* absolutamente nadie.

Aun no aprendo el truco ese de retener el amor ajeno. Pienso que sería tremendo poder capturarlo, enjaularlo y llevarlo conmigo a donde sea que lo necesite. Fue una de las razones por las cuales decidí estudiarlo. No el amor en sí, tan difícil de medir e imposible de cuantificar, pero aquello que te hace *querible*. Qué es lo que te hace digno de recibir amor, en especial cuando no existe el deber ni la obligación de entregarlo. De todos los temas, de todos los tipos de relaciones, de todas las conductas humanas, fui una masoquista y elegí la amistad como el tema central de mi investigación. Cuestionable, al igual que la decisión de exiliarme a mí misma en el proceso. Como si necesitara empaparme de aquello que más me duele en lo que algunos dirían es un intento desesperado por enjuagar mis pecados.

Este es mi *vía crucis* y hoy es mi último día antes de partir.

Un quiebre.

Un antes y un después.

Eso espero.

Es el consuelo que tengo.

Qué ridícula.

Veo la hora en la esquina de la pantalla del televisor, y calculo que el taxi está por llegar.

Me acerco al espejo que se encuentra junto a la puerta de entrada para revisar que esté todo en orden. Una capa de mugre cubre mi reflejo, y como quien no quiere la cosa, tacho con la yema de mi índice una violenta diagonal, partiendo por el ojo derecho hasta llegar a la comisura de la boca marchita que me devuelve la mirada. Con el dedo aún sucio, lentamente como si fuese un vals, termino mi obra maestra:



Toda la vida he escuchado que tengo la misma mirada que mi

mamá, y nuestro parecido físico solo ha ido en aumento con el pasar de los años. Ambas compartimos los mismos ojos de ratón separados forzosamente por una nariz aguileña, regalándonos el poder de vernos perpetuamente turnias. A veces creo que podría sacarme mejor partido si le pongo un poco de ganas al asunto. Tengo una boca gruesa que algunos podrían considerar atractiva en un rostro distinto. Si me preocupase más por cepillar mi pelo y mantener a raya el puñado de nudos oscuros que suelen anidarse sobre mi nuca, incluso podría verme decente. Hablando de eso, creo que aún me quedan un par de minutos. Podría alcanzar a cepillármelo rápidamente.

Ser desde ya una nueva persona. Si lo que quiero es partir de nuevo, podría hacerlo desde ya, como alguien que siempre está peinada y nadie nunca la apodará «Melena», independiente de si me lo dicen con cariño o no.

Me acerco a la esquina donde acomodé mis maletas, y en su interior, el pobre cepillo.

Chucha.

En dónde mierda guardé el cepillo.

Y así, todo el minucioso trabajo que llevó a cabo la Elena del pasado fue destruido por la Elena del presente. Los calzones volvieron a quedar desperdigados por el piso, los remedios se dieron vuelta en el fondo de un bolsillo distinto al que los contenía originalmente y el cepillo de mierda había desaparecido en democracia. Desarmé todo para nada.

Todo esto, a veces, se siente como si hubiese sido para nada.

Soy solo el esqueleto de lo que alguna vez fui, y fuiste tú, Gabriela, quien se debería hacer cargo de esto. ¡De todo esto! Del polvo en las repisas, de las cajas de cartón sin cerrar, de este departamento de mierda que jamás quise por mi cuenta. Me arrepiento de todo, incluso de las cosas buenas que ocurrieron por tu culpa. Mi vida hubiese seguido de lo más bien, quizás un poco aburrida, pero prefiero la monotonía a este dolor y a este cacho que me dejaste y del cual tú jamás sufrirás las consecuencias.

Capítulo 2

La serie de eventos que me llevó a trabajar como asistente de un laboratorio de ciencia social fue tremendamente decepcionante para mi familia. Es muy difícil romantizar la academia si tienes los bolsillos apretados y más encima te endeudaste estudiando una carrera inútil cuando bien pudiste elegir algo empleable. Estoy segura de que les caía mejor a mis papás antes de entrar a la universidad. Tenía buenas notas y según todos mis profesores, un futuro prometedor. Al momento de decidir qué estudiar, mi papá me aseguró que la decisión era mía. Mi fortaleza también eran los números, por lo que en un principio cuando me preguntaban qué quería estudiar, contestaba que quería ser contadora al igual que mi papá. Me gustaba la forma en la que me presentaba como «su colega» frente a sus amigos, y por un tiempo sentí que era la decisión correcta. Cuando cambié de opinión, el resultado fue decepcionante para ambos. En ese sentido, la decepción tenía un puesto permanente en la mesa dominical y su familiaridad a ratos podía sentirse casi como un alivio.

Quizás era bueno tenerla allí como aliada. La mesa era un lugar importante para mi familia.

A pesar de vivir todos bajo el mismo techo, los únicos momentos donde nos veíamos el uno al otro era dos veces a la semana: el almuerzo del sábado, y el almuerzo del domingo. A la una de la tarde salíamos de nuestras piezas, colocábamos la mesa mientras mi papá preparaba el almuerzo y nos sentábamos juntos. Dónde nos sentábamos, lo que hablábamos e incluso lo que comíamos era lo mismo, siempre. En la cabecera se sentaba mi papá, Gonzalo, cortando la carne que había preparado con su parrilla de gas. A su izquierda estaba el reemplazo de mi mamá, Liliana, sirviéndose la única ensalada que sabía armar en la vida: rúcula con tomate. Mi hermana Elisa iba a la derecha de mi papá, y ella solía partir por la olla de arroz que estaba en el centro de la mesa. Cuando todos los platos estaban servidos, avanzábamos a la siguiente fase del almuerzo, donde mi papá nos hacía las mismas preguntas de siempre, respondíamos lo mismo de siempre, y a menos que una nueva catástrofe natural azotase el país, hasta ahí llegaba la conversación. Mi casa era

silenciosa. Si no teníamos algo bueno que contar, por lo general, no contábamos nada. Fue tan drástico el cambio, en ese sentido. Solían preguntarme constantemente por los resultados de mis pruebas, por las distintas universidades y facultades que visitaba, fascinados por todo lo que pudiese contarles sobre el futuro que ellos querían que tuviese. Cuando mi barco cambió de rumbo, ellos se bajaron, pero no de inmediato. Durante el primer semestre de sociología, hicieron el esfuerzo de preguntarme una que otra vez por las clases que estaba tomando, pero después de un rato dejaron de preguntarme cómo iban mis estudios. A partir del segundo semestre no volvieron a preguntarme a qué me quería dedicar una vez titulada. En cierto momento cada persona termina por tirar la esponja. Eso no impedía que yo aún mantuviese la poca atractiva costumbre de ofrecer información sobre mi vida sin que nadie me preguntara. A veces sentía la necesidad de comprobar que ellos no estuviesen sordos, ni que yo era un fantasma sosteniendo cubiertos. Ahora la carne me da asco, y a mi familia apenas les hablo.

Así y todo, persistí. Estudié sin que me lo preguntaran, me apliqué sin que me lo pidieran y me titulé. Lamentablemente, nada de lo que había leído en esos años me ayudó a entender mejor el mundo que me rodeaba ni mucho menos me entregó las habilidades prácticas necesarias para enfrentarme a ese gran desconocido. Éramos varios los que una vez egresados de la carrera nos estrellamos de hocico contra la realidad de que estudiar una ciencia social de poco y nada sirve en el mercado laboral de este país. ¿Habrá otra tierra en donde esto sea diferente? Sin experiencia práctica ni empleos disponibles en la vida real, de las salas de clases pasamos a trabajar en ellas, siendo asistentes de quienes tan solo un semestre antes nos llenaban la cabeza de esperanza: corrigiendo ensayos, cuidando pruebas, y eventualmente, ingresando en sus equipos docentes como los últimos eslabones de la cadena académica en la misma universidad en la que estudiamos.

Un circuito endogámico.

Quizás lo hago sonar mucho peor de lo que era en realidad. La verdad es que sí era muy apasionada por los temas que investigábamos, disfrutaba muchos aspectos de mi trabajo y con el tiempo comencé a tomarme más enserio el aprendizaje continuo que se requería para desenvolverse en la academia y su mundillo tan particular. Los sueldos eran malos, pero más malo era estar desempleada, y este trabajo además de ser uno estable incluía beneficios sindicales y un buen seguro de salud. Eso por sí solo era harto más de lo que habían encontrado la mayoría de mis colegas fuera de la universidad en el mundo real. Los horarios eran más o menos relajados, a menos que estuviésemos cerca de algún límite de

postulación a fondos de investigación, de una auditoría académica, o proceso de publicación. El primer y el último caso siendo los más críticos, en igual medida. Sin fondos no podíamos investigar. Si no investigábamos, no teníamos con qué elaborar *papers* y artículos científicos, y si no éramos capaces de reunir un par de hallazgos publicables al menos una vez al año, no había como justificar el gasto que suponía para la universidad mantenernos dentro de su nómina. Yo no sé por qué teníamos que arrastrarnos tanto ante el decano, éramos apenas cincuenta personas dentro del laboratorio, y nuestros sueldos eran una fracción de lo que costaba la barbaridad que pagaban miles de alumnos de mensualidad. Me tomó casi cuatro años subir suficientes peldaños en la miserable escalera académica hasta tener un sueldo un poco más decente.

Cuando ese día llegó, lo primero que hice fue irme de mi casa. Apenas me alcanzaba para un sucucho de un ambiente, pero me hizo tan feliz que no volví a quejarme cuando un plazo académico nos obligaba a trasnochar un tiempo junto a mis colegas.

Varios de esos pobres diablos eran compañeros míos de pregrado, algunos más conocidos que otros, pero todos rostros conocidos, al fin y al cabo. Uno de ellos era Carlos Valenzuela, y a pesar de que no fuimos muy cercanos en nuestra época de estudiantes, en ese trabajo se convirtió en mi más grande aliado. De carácter dulce, pero por sobre todo carismático, Carlos era un hombre a quien se podría describir como mucho más guapo de lo que moralmente permitía su estatura. Su pelo era de un castaño amaderado, el cual pacientemente moldeaba a diario con cera para peinar en ondas perfectas y casuales que caían sin esfuerzo alguno sobre su frente color canela. Sus ojos castaños eran grandes y rasgados a la vez, como almendras radioactivas, pero normalmente los mantenía ocultos detrás de lentes gruesos. En el laboratorio le decían «El principito», pero lo que otros hubiesen tomado como ofensa, el siempre recibía encantado. Carlos Valenzuela era de mis personas favoritas, y fue él el responsable del *primer encuentro*.

—El jueves está de cumpleaños Pamela y quiere conocer a los engendros con los que me las paso enclaustrado, así que están todos invitados al bar de la Cuca después del trabajo — dijo ante la audiencia trasnochada y poco entusiasta que se congregaba alrededor de la cafetera comunal del laboratorio de psicología social.

—¡Buenísimo! Allí estaremos, ya era hora de que nos vayamos de *after office* como equipo —dijo el doctor González, el primer eslabón de la cadena. Debió estar agachado momentos antes, ya que, con su estatura, corpulencia y su cabeza medio pelada que le daba el aspecto de un fraile eran casi imposible que pasase desapercibido. González no era un simple profesor de planta, era el amo y señor del laboratorio, y

absolutamente todos los fondos de investigación eran distribuidos directamente por él. Nuestro mecenas. Una palabra suya bastaba para cumplir tus sueños académicos; por consiguiente, un comentario fuera de lugar era suficiente para estancar tu investigación de forma indefinida. Éramos afortunados hasta cierto punto de que el doctor González fuese un hombre justo y amable, pero era difícil olvidar cuánto poder sostenía sobre nosotros. Lo que para él eran favores amistosos, más allá de sus intenciones, se convertían en tareas inescapables. Había iniciado un nuevo año académico, y tarde o temprano, González nos acorralaría con una salida de equipo, y como dicen por ahí, la ocasión hace al ladrón.

Una ola de murmullos afirmativos siguió las palabras del doctor González, y aunque me preocupé de asentir con la cabeza, mi cara debe haber delatado mi falta de entusiasmo. Apenas pude cruzar miradas con Carlos, era obvio que al menos él si se había dado cuenta de lo que escondía mi sonrisa poco entusiasta. El ejercicio de disimular muecas jamás me lo aprendí, y la idea de tener que ir a un bar con las personas con las que trabajo, frecuentemente a deshoras, me parecía un castigo que bien hubiese podido esperar al menos un par de semanas más.

—Perdón, Elena. En serio. No caché que González estaba aquí, pensé que estábamos solo los asistentes —susurró Carlos apenas González se había alejado lo suficiente para evitar ser escuchados.

—Te odio —le escupí en voz baja y con cuidado, sintiendo cómo la sangre me subía a las mejillas — incluso si te creyera, digamos que en serio no lo habías visto, ahora sabes que estoy obligada a ir y no te veo quejándote.

—Exageras. Yo te he visto pasarla bien como las personas normales. Por qué te haces la que odia salir.

—¡Salir con gente que no conozco! Vas a ser mi único amigo allí, y vas a estar ocupado con la Pame. Y está bien, corresponde, no te juzgo. Pero me acabas de cagar, ¿por qué no pudiste invitarme a tu casa o algo así? ¡Tuviste mil oportunidades para presentarme a Pamela!

—Ya, perdóname. *Sorry*. No le pongas color. Pero tampoco es como que se nos haya presentado el momento antes. Lo importante es que me quieres mucho, y ahora estás obligada a ir al cumpleaños de la Pame si no quieres que González te agarre mala. Yo sé lo urgida que estás por su carta de recomendación, y si mal no recuerdo, se ha olvidado de tus últimos dos correos insistiéndole.

—Por la mierda, ¡por qué la vida es tan difícil! —boté todo el aire que tenía acumulado—. Mis resultados debiesen ser suficientes. Es más, bastan y sobran. Por qué chucha tengo que socializar en mi tiempo libre cuando nada tiene que ver con mis estudios —dije

apretando los dientes.

—Cambia la cara, lo vas a pasar bien. Y no voy a ser la única persona conocida allí, al parecer irá todo el laboratorio. Imagínatelos a todos borrachos, las risas no van a faltar. Quién sabe, quizás si González se cura lo suficiente, te da la pasada además de la carta de recomendación —aventuró Carlos, subiendo y bajando sus cejas de oruga como una caricatura, haciéndolo imposible soltar una carcajada —. ¡Te reíste! ¡Me perdonaste! ¡Cagaste!

—Ok, estúpido. Voy a ir al cumpleaños de tu polola, voy a saludar a todos, me reiré de los chistes fomes y comentaré el clima como si fuese el tema más interesante del mundo. Me tomaré un trago carísimo con una sonrisa en la cara. Pero apenas se asome la oportunidad de escapar sin que González lo note, soy capaz de trepar la ventana del baño si es la única salida que encuentro.

—Vas a ir con la sonrisa más grande del mundo y te vas a preocupar de hablar un rato con la Pame. Te lo ruego, no seas pesada. Además, van a estar todas las amigas de la Pame, te haría bien conocer más gente. Gente normal con trabajos normales —dijo Carlos —. Gente que no se parece nada a nosotros. Hay que romper la burbuja.

Con Carlos siempre nos hablábamos en esos tonos. Creo que, en un principio, nació de una necesidad de encontrar una forma de hablarnos sin que el otro, o cualquier persona chismosa del laboratorio, pensase que había un interés romántico de por medio. Fue algo que partió un poco en broma, pero resultó acomodarnos mucho más de lo que pensamos. Era como si a través de los insultos y las exageraciones pudiésemos ser más honestos con el otro, con el suficiente espacio para no tomárselo tan en serio. Nos hacía sentir como un equipo, con su propio lenguaje secreto. Carlos siempre ha sido lo más cercano que he tenido a un hermano mayor, y él siempre me trató como la suya también.

—Ya… Pico…¿Necesitas que lleve algo? —pregunté derrotada.

—No, nada, solo preocúpate de llegar, ¿te parece?

El bar era un mar tempestuoso de cuerpos, gritos y humo. Había que esquivar una docena de mesas y de pequeñas congregaciones para llegar al salón reservado para la ocasión. Allí se extendía una mesa larga llena de vasos a medio beber, cajetillas de cigarros abiertas y dispuestas para quien quisiese servirse, más un puñado de celulares y llaves que posiblemente serían extraviadas antes de que terminara el festejo. Una mirada rápida bastó para notar cómo alrededor de la mesa se formaban subgrupos humanos, categorizados según su relación con la cumpleañera: los del trabajo de Pamela, el grupito de su universidad, en el fondo las escandalosas amigas del colegio, uno que otro primo que circulaban en rotación entre los grupos y en la

esquina más apartada, los colegas del novio.

Pamela se encontraba al centro de sus amigas colegiales, una bandada de mujeres feroces que parecían estar en una despedida de soltera por el volumen de sus cacareos y cotillón que llevaban puesto: boas sintéticas, gorros vaqueros y anillos con luces cegadoras de adorno. La había visto antes en una que otra foto, pero ninguna le hacía justicia a lo linda que era en persona. No era una belleza obvia, era más sutil. Era hermosa en la forma en la que sonreía y se le marcaban las comisuras de la boca, como si hubiese pasado la vida entera sonriendo. Su cabello era oscuro y de ondas suaves, un poco más arriba de sus hombros, enmarcando su rostro como uno lo hace con los buenos recuerdos. Su nariz estaba torcida, era imposible no notarlo. A la mitad del camino se desviaba hacia el lado derecho de su rostro de manera drástica producto de una caída más bien fea en la infancia. Carlos me había mencionado que la hacía sentir muy insegura, que había considerado enderezarla en un quirófano, pero al verla en persona me pareció innecesario. Había algo en esa pequeña imperfección. Era bonita de una forma cotidiana e inalcanzable a la vez, y su naricilla tan única era parte de ese encanto. Lo mejor hubiese sido saludarla de inmediato para salir rápido del cacho, pero meterme allí para saludarla me parecía una misión suicida, por lo que hice una línea recta hacia los del laboratorio, mirando fijamente el suelo para así no arriesgarme a cruzar miradas con nadie durante el trayecto.

—¡Por fin! Pensé que ibas a cagonear —gritó Carlos desaforado cuando me encontraba a medio metro de mi destino. Sus ondas perfectas se habían desarmado hace quién sabe cuánto, y a esas alturas de la noche, ya se había desabrochado los primeros cuatro botones de la camisa estampada que había elegido para la ocasión. Se veía más como el integrante de una banda de bachata que un hombre dedicado a la academia.

—¡Shhh! Qué te pasa, monoencefálico—dije, intentando esquivar las miradas curiosas que desató Carlos con su bien intencionado alarido.

—¿Saludaste a la Pame? —dijo a mi oído a la vez que me daba un abrazo de bienvenida.

—Aún no, la vi ocupada.

Carlos me escrutó directo a los ojos, bien sabiendo que era una excusa de cagona.

—Ya, te pido algo para tomar y de ahí te acompaño a saludarla. A mí también me asustan un poco sus amigas del colegio. Son un poco intensas. He tenido pesadillas en las que me devoran como parte de un ritual de belleza eterna. Yo creo que te caerían bastante bien, de hecho.

—Tienen toda la pinta, qué quieres que te diga. ¿Me pides un gin?

Por cierto, Pamela es preciosa. Las fotos que me mostraste no le hacen justicia.

—Lo es, y algún día, le pediré que se case conmigo antes de que se dé cuenta de que está afuera de mi alcance. De inmediato te traigo el gin. Entre más pronto te emborraches mejor lo pasarás —dijo haciendo un gesto inútil hacia uno de los meseros que se escabullía del salón.

«Qué ganas de ser el mesero», pensé. Carlos intentó alcanzarlo, pero sus piernas cortas no dieron abasto, y se perdió entre codos y espuma. Nuestros colegas, que se encontraban de pie en un semicírculo, hablaban de lo mismo de siempre: que la muestra de participantes, que no sé cuántas horas estuvieron limpiando una base de datos, de la falta de lucas y el exceso de horas laborales. Es fácil saber qué decir y cómo aportar a la conversación. Es cómodo y seguro. Me integro al círculo y desde allí me doy el lujo de observar con mayor detención a las caníbales con cotillón.

Pamela, con plumas rosadas adornando su larguísimo cuello y una tiara falsa coronando su oscura cabellera, ya no se encontraba al centro del aquelarre. La atención había sido desviada hacia otra chica que mostraba con orgullo su nuevo anillo de compromiso. Se turnaban tomándole la mano para contemplar más de cerca el diamante (supongo que era uno, no soy experta en piedras preciosas; perfectamente podría ser de un plástico muy bien logrado). Chillaban y se abrazaban, como si la victoria hubiese sido grupal. Una de las chicas que se encontraba directamente detrás de la futura novia me llamó la atención. A diferencia del resto, su cara esbozaba algo… ¿quizás irónico? Sus ojos, grandes y pardos, iban y venían entre Pamela y la novia como dardos. De seguro se reía de ellas en su cabeza.

Quedé atrapada en un detalle de sus ojos; un lunar en la córnea que se asomaba cuando miraba hacia el costado.

El lunar desaparecía.

Luego volvía a aparecer.

Sigue desapareciendo.

Y no volvió más.

Se dio cuenta de mis miradas descaradas.

Mierda.

Como una pantera, su mirada se clavó en mi lugar, y como quien no quiere la cosa, apuntó sutilmente a la novia con su mentón. El lunar volvió a asomarse cuando sus ojos se iban hacia atrás, y con una mueca, me invitó a ser cómplice de lo que realmente opinaba de ese anillo que tanto escándalo causaba. No pude contener una pequeña sonrisa, a lo que ella me respondió con una carcajada que desconcertó a las chicas a su alrededor. La del lunar sacudió su cabeza, como

restándole importancia al origen de su interrupción.

La del lunar se giró a decirle algo a una de sus compañeras, pero antes de siquiera intentar descifrar exactamente qué, Carlos me interrumpió con una copa del tamaño de una pecera.

—*Gin tonic* para el caballero.

—Chucha —dije recibiendo la copa con ambas manos para balancear su inesperado peso.

Agradecí el trago y volteé nuevamente. La chica del lunar había vuelto su atención a su grupo y parecía haber tomado las riendas de la conversación. Qué raro. Si no fuese por la tiara que indicaba la verdadera cumpleañera, pensaría que la celebrada era la del lunar. No podría decir exactamente por qué, pero fue la impresión que me dio.

Debe haber pasado un poco más de una hora antes de volver a cruzarme con ella. Una hora y dos peceras más de alcohol después —que vacié en un intento por ahogar las conversaciones aburridas y repetitivas que me rodeaban—, el doctor González finalmente hizo una aparición en la celebración. pero como un cometa entró y salió del bar incluso antes de que llegara el vaso de cerveza que le pidieron. Apenas pude saludarlo con la mano de lejos.

Todo este martirio en vano.

«Ya fue, me termino esta última copa y me pido un taxi», pensé.

Me abrí camino por el salón en busca del baño de mujeres, que se encontraba cerca de una de las salidas del bar que daba a un callejón poco iluminado. Afuera se veían cajas vacías y barriles de aluminio amontonados. Un punto de luz iba y venía, respirando la oscuridad a su alrededor. Era la chica del lunar sentada sobre un cajón de cervezas fumando un cigarro a solas. Parecía un póster antiguo, de esos que te decían que fumar te daba más estilo. Tenía puesto un vestido a cuadrillé color arena que combinaba con su pelo lacio, ajustado con un cinturón delgado a su cintura. Debajo del vestido se asomaban unas mangas negras ajustadas que daban la impresión de continuar hasta la punta de sus pies, como si en lugar de medias, debajo del vestido tuviese puesto un traje de Gatúbela. La forma en la que estaba posicionada, sus piernas cruzadas una sobre la otra con un pie colgando inerte en el aire, daba a entender que los zapatos de plataforma que usaba esa noche además de verse caros, eran tan pesados como uno podría llegar a imaginar dado su tamaño.

Intenté hacerme la loca y pasar de largo al baño, pero el destino tenía otros planes esa noche.

—Epa, ¿a dónde vas? —dijo la oscuridad echando humo.

—Me dijeron que por acá… estaba el baño —respondí indecisa, como si la certeza hubiese escapado de mi ser y ella fuese la única que conocía la respuesta a esta y a todas las preguntas que el ser humano no ha sido capaz de contestar.

—Espérame, vamos juntas. Estoy que me meo —al verme inquieta agregó—: ya casi me lo termino —dijo, con una ceja levemente arqueada.

Como una tonta, me quedé congelada en mi lugar, sin saber qué decir ni a dónde mirar. ¿Por qué le dije la weá del baño como una pregunta? ¿Acaso se me olvidó cómo interactuar como la gente? Por cosas así la gente me encuentra rara. Por eso me encuentran cara de pesada. «¿Qué le digo? ¿Le digo algo o solo la espero?», pensé. Me pidió que la esperara. Quizás solo quería que alguien le cuidara la puerta. No me reconoció. No tenía cómo saber que era invitada del cumpleaños. Era una persona del bar nomás…

—Eres amiga del Carlos, ¿o no? —interrumpió la del lunar, desconociendo la conversación catastrófica que galopaba en mi cabeza.

—Del trabajo.

—¿Y tú también le dices laboratorio a su oficina? ¿Se ponen batas blancas y lentes de protección? —dijo entre risotadas, cuyos ecos rebotaban como aplausos contra el ladrillo.

—Jaja… eh… sí… pero no porque crea que es un «laboratorio-laboratorio», pero es el nombre que le puso la universidad y la verdad igual hacemos ciencia. Digo… no sé si «hacemos ciencia», pero eh… investigamos y a veces se publican nuestros *papers* y eso es como «hacer ciencia»… —vomité tropezándome con cada palabra en el proceso, descolocada a más no poder.

La del lunar me miró en silencio durante lo que podría haber sido una eternidad, y soltó otra carcajada, limpiándose lágrimas imaginarias.

Respiró profundo y soltó un suspiro.

—Cálmate, Elena, te estoy weveando. Carlos me había dicho que eras brígida, yo hubiese pensado que me ibas a tirar la pachotada devuelta. Soy Gabriela, amiga del colegio de Pamela. La amiga favorita de Carlos, que conste —aclaró apagando la colilla de con el tacón de su bota.

Entonces ella sabía quién era yo. Inclusive sabía mi nombre… ¿Qué más sabía de mí? No me hacía mucha gracia saber que Carlos me describía a otros de esa forma. Me cargaba, pero había verdad en ello. Toda la vida me han dicho que soy de esas personas cuyo rostro da la impresión de ser más pesada que un chupete de fierro hasta que me conocen, y recién ahí se dan cuenta que por mucho que ladre soy incapaz de morder. Si hubiese un remedio que pudiese curar la cara de pico perpetua, lo tomaría a diario como un antialérgico.

Espera. Si ella sabía por Carlos quién era yo, y supuestamente cómo soy, ¿qué acababa de pasar?

¿Estaba acaso Gabriela poniéndome a prueba?

Y más importante que eso, ¿cómo me había ido?

Sentí mi sangre subir como espuma a mi cara. Pero antes de que mis neuronas tuviesen chance de reubicarse en sus respectivos lugares, Gabriela me tomó la mano con seguridad y me guio hacia el baño. Su perfume la seguía como una estela firme detrás de sus pisadas que parecían no sentir la necesidad de voltearse atrás. Localizamos el baño, sin embargo, al parecer fuimos las últimas del bar en encontrarlo. A la rápida calculé que había al menos diez chicas esperando su turno para mear.

—¡Uff! Tenemos para rato —dijo Gabriela.

—Me voy a hacer encima. Me tomé tres gins —comenté desesperada, como si estuviese recién cayendo en cuenta de la presión en mi vejiga que amenazaba con arruinar mi vida si llegase a estornudar.

Gabriela, quien aún no había soltado mi mano me arrastró devuelta por donde mismo vinimos.

—Ven, no vamos a esperar dos horas. Hacer pipí es un derecho universal.

Volvimos al callejón donde nos escondimos detrás de unos barriles. Tomamos un par de cajas de cerveza y las colocamos rápidamente sobre las otras para hacer una especie de pasillo que pudiese generar un poco más de privacidad. Me asomé brevemente para confirmar que no había nadie cerca, y procedí a bajarme los pantalones para aliviar mi vejiga cuidadosamente en cuclillas, evitando a toda costa mearme los zapatos.

—¿No vas a ir al baño también? —pregunté mientras me sacudía a lo Shakira, mirando fijamente las piedrillas que acababa de mojar.

—Sí, pero me tienes que ayudar. Estoy cansadísima de estar todo el día en el hospital y si intento hacer una sentadilla me voy a caer de hocico. Ven, tómame así —me dijo, extendiendo uno de sus manos mientras que con la otra se subía el vestido hasta la cintura.

Le tomé la mano y luego la otra, de modo que las mías actuaban como reposabrazos de una silla invisible sobre la cual ella se acomodó. Incomoda ante este exabrupto de intimidad con una desconocida, me concentré en fijar mi mirada en los logos desgastados que adornaban las cajas de cervezas. Bajaron las luces del interior del bar, y por medio segundo, estuvimos a solas en el callejón, una penumbra interrumpida por el sonido de un chorrito contra las piedrecillas. Se escucharon algunos gritos en el bar, seguidos por el comienzo de una muy desafinada canción de cumpleaños.

Gracias a Dios.

—Apúrate, parece que están cantando «Cumpleaños feliz» —le comenté a Gabriela preocupada.

Apenas terminó de arreglar su atuendo, di media vuelta al salón,

verificando que Gabriela me siguiera y que todo lo que acaba de ocurrir no fue producto del copón de gin. Ahí venía, haciéndome una seña con la mano. Logramos llegar a tiempo para las últimas estrofas. Cuando las luces volvieron a encenderse, noté que varios colegas estaban buscando sus chaquetas, preparándose para despedirse.

—Bueno… creo que voy a buscar mis cosas, fue un gusto mear contigo.

—¿Por qué? ¿Tienes otro carrete? —preguntó, empequeñeciendo sus ojos y subiendo ambas cejas con exageración.

—No… pero es tarde y se están yendo todos.

—¿Todos quiénes? ¿Los de «laboratorio»?

—Sí, no conozco a nadie más aparte de Carlos.

—Me conoces a mí. Y estamos unidas por el pipí. Quédate, un ratito. Despídete de los mamertos que igual los vas a ver mañana por la mañana y esta noche quédate a wevear con las chicas divertidas —sugirió de una forma peligrosamente convincente—. Mira —dijo apuntando sutilmente con el dedo índice—. Esa de ahí es la Cata, yo no sé ni lo que hace aquí porque le cae pésimo la Pame desde siempre. Esa otra es la Ina… —y así siguió apuntando a cada una de las chicas, como un entrenador preparándome para entrar a la cancha.

Me reí de sus chistes, estuve de acuerdo con sus observaciones y me sentí eufórica, como si la luz hubiese adoptado a la polilla y la invitara a ser parte de las lámparas.

Toda la vida me había sentido fuera de lugar, como si mi propia vida no me perteneciese del todo, y por más que me esforzaba, no lograba estar a la altura de un papel que ni siquiera estaba segura de querer. Esa noche se sentía como una oportunidad tan buena como cualquier otra para intentar algo nuevo. Y yo siempre quise ser una de las chicas.

Capítulo 3

Como una polilla, estaba encantada por el halo de Gabriela. Por mi lado, algo de interés debí causarle, ya que fue ella quien intercedió por mí, haciéndome llegar por medio de Carlos invitaciones cada vez más frecuentes a sus salidas con el resto del grupito que se había formado alrededor de Pamela y sus amigas escolares. Pamela, Gabriela, Valentina, Tamara, Ina y Catalina habían sido amigas desde primero medio, y eran el núcleo central de ese grupo social. A su alrededor iban y venían distintas personas, en general pololos o amigos de por ahí cuya estadía solía ser temporal. Era un grupo marcadamente femenino, y con razón, ya que habían egresado de un colegio de monjas donde el único hombre al que se le permitía el ingreso a las aulas era a Jesús.

A la Pame y a la Gabi ya les tenía más confianza a esas alturas, mientras que de a poco fui conociendo al resto de las chicas a medida que iba ganando terreno en esas juntas. Valentina era la novia, comprometida a Francisco, a quien había conocido estudiando arquitectura. Ya llevaban casi seis años saliendo. Estrictamente hablando, era la más hermosa del grupo de amigas. Era una mujer alta y esbelta cuya figura fácilmente le podía haber permitido trabajar de modelo. Llevaba su pelo lacio corto, sus mechones rubios apenas le llegaban hasta el mentón y sus ojos grises le daban un aspecto nórdico que solo se veía acentuado por su nariz respingada, cortesía de un cirujano estupendo, como me había informado anteriormente Gabriela. Tamara era sin duda una de las chicas más amables dentro del grupito. Su voz era suave como ella, hablar con Tamara era una experiencia terapéutica independiente del tema a discutir. Era del tipo de persona que se sentía desnuda si salía de su casa sin labial rojo, y en su defensa, el color le sentaba bien y complementaba a la perfección su piel de mármol. Curiosamente, tanto Pamela, como Gabriela y Tamara habían estudiado enfermería, sin embargo, las tres lo hicieron en universidades distintas. Ina era quizás la más sociable y por lo mismo a la que menos solía ver, siempre tenía un cumpleaños, una despedida, un matrimonio o incluso un bautizo al que se había comprometido a ir. Había nacido para ser educadora de párvulos, su

carisma y energía no podrían haber sido empleadas en un mejor lugar. Por último, estaba Catalina, quien trabajaba como terapeuta ocupacional y aparentemente le caía mal a Pamela hace más de una década, pero ya nadie estaba realmente seguro de por qué. Ella creía que partió cuando Catalina le «copió» unas zapatillas a la Pame, en esa edad donde ese tipo de cosas eran las más importantes del mundo.

Nuestros días libres eran difíciles de calzar, por no decir casi imposible; todos tenían trabajos tan distintos, pero cuando hallábamos una instancia usualmente quedábamos a tomar vino y fumar cigarros hasta altas horas de la madrugada. Eran tres las casas en las que normalmente nos reuníamos: 1) la de la novia, Valentina, que compartía piso con su prometido Francisco, 2) la de Carlos y Pamela, y 3) la de Catalina y su pololo, David. No era coincidencia que únicamente las parejas fueran quienes organizaran las tardes de vino, todas las demás que estaban solteras aún vivían con sus padres y allí no podrían compartir con la confianza y vulgaridad con la que disfrutaban conversar. Era un ritual precioso del que todas participábamos a nuestra manera. La primera copa era para conversar de forma cortés y preguntar por las familias, la segunda copa era para alegar sobre el trabajo y la tercera copa daba paso a las historias de las solteras que los emparejados bebían con más entusiasmo que el propio vino en sus copas. Era un pequeño ecosistema, delicado y equilibrado, en el que me sentía como la más agradecida de las espectadoras.

En un intento por ganarme un lugar, cada vez que nos reuníamos tomaba nota del vino que más gustaba esa noche, para así asegurarme de llevar al menos una botella del mismo para la próxima ocasión. Tenía miedo de aparecerme con las manos vacías, como si de esas botellas dependiese mi próxima invitación. La totalidad de mi valor contenido en un recipiente de vidrio. Gabriela jamás tuvo ese problema. Ella solía llegar siempre de últimas con nada más ni nada menos que su personalidad de *bulldozer* que todo detenía a su paso, y alguna anécdota que procedía a relatar de manera estrepitosa y atrapante como su risa. Admiraba tanto esa habilidad que tenía para hechizar a todos a su alrededor.

Una tarde de aquellas, mientras conversaba en la cocina de Carlos junto a él, Gabriela nos interrumpió.

—Tienes varios tatuajes, ¿verdad? Se te asoman algunos debajo de las mangas —dijo Gabriela con una sonrisa gatuna.

—Eh, sí, no sé si varios, algunos. Son tonteras —respondí nerviosa, como si se tratara de un examen oral para el cual no supe prepararme.

Quizás fue el vino o el hecho de que era incapaz de hacerme la interesante, aunque mi vida dependiese de eso, pero sentí la necesidad de aclararle a Gabriela que, aunque siempre me habían gustado los

tatuajes, la mitad de ellos me hacían sentir como una impostora. La verdad era que varios de ellos me los había hecho en un intento por impresionar a un chico del que estaba perdidamente enamorada en la universidad. Se llamaba Rodrigo, tenía un mohicano y más de una vez había llegado al electivo de filosofía que compartíamos con el brazo envuelto en plástico, su piel escupiendo la tinta recientemente inyectada. Aunque ya tenía un par por cuenta propia, el que me hice en el antebrazo no tenía significado ni propósito más que el de ser visto por él. Menos mal funcionó. La primera clase a la que llegué con mis propios vendajes entintados Rodrigo se acercó a preguntar por lo que me había hecho y con quién. Él no se enamoró de mí, y a mí se me pasó el gusto por él con el tiempo, pero los tatuajes quedaron y la amistad entre nosotros también.

—Me voy a hacer uno esta semana. El primero. Nadie me puede acompañar por pega, ¿podrías tú? Me da un poco de nervio, no quiero ir sola.

A falta de palabras miré a Carlos, como si fuese mi apoderado y quien debiese contestar. Carlos se limitó a reír y tomar un sorbo de su copa, visiblemente divertido por la situación que nos acababa de estallar en la cara.

—También trabajo.

—Pero en un trabajo normal de oficina, no como yo. Ya po, acompáñame —dijo tomándome del brazo haciendo como que me sacudía con falsa exageración.

«Que alguien le avise a mi familia que mi trabajo es “normal”», pensé divertida. Tampoco hubiese dicho que trabajar en un hospital fuese algo fuera de lo común, estaba al tanto de las exigencias y el desgaste que significaban los turnos rotativos a los que estaba sujeta Gabriela, pero me hacía mucha gracia la forma en la que hablaba de su pega como si fuese una voluntaria de la Cruz roja atendiendo heridos en la franja de Gaza en lugar de un centro de salud público.

—¿Cuándo es? —respondí entre carcajadas mientras me dejaba sacudir por su brazo.

Gabriela sonrió.

El día de la cita quedamos en juntarnos en la casa de ella, mejor dicho, la de sus padres, en un sector acomodado de la ciudad. Sabía poco sobre la familia de Gabriela, pero había mencionado a su madre lo suficiente como para darme cuenta de que era alguien muy importante para ella. Gabriela solo me había enviado la dirección por mensaje, sin antes advertirme que el paradero más cercano estaba a varios kilómetros de distancia de su casa. Al menos era una caminata agradable y bajo árboles frondosos, rodeada de casas grandiosas que te hacían sentir como si estuvieses dando un paseo dentro de una película extranjera. Era desconcertante, el barrio me era desconocido,

y había algo poco natural en estar rodeada de tanta naturaleza bien podada. A diferencia del resto, la casa de Gabriela no era visible desde su entrada. Debías primero tocar un timbre, para luego avanzar por un camino empedrado más bien pensado para un vehículo que para visitas a pie. Pero qué le hace otra raya al tigre, llevaba casi media hora caminando y cien metros más no hacían diferencia alguna. La casa de los padres de Gabriela era de estilo mediterráneo, blanca como un huevo de cemento, y un poco menos espectacular que aquellas que vi en el camino. El timbre era de bronce y, al presionarlo, no fue Gabriela quien abrió la puerta, sino que una mujer de pelo plateado cuyo rostro se asemejaba al de una billetera gastada. No te hubiese podido decir si tenía sesenta o noventa años, aunque se veía como alguien que había trabajado toda su vida y seguiría haciéndolo hasta la tumba.

—Buenas tardes, ¿acá vive Gabriela? —consulté, tan nerviosa que terminé sonando como una estafadora telefónica.

Muda, la señora me miró varias veces de pies a cabeza, dio un paso al costado y me indicó con un dedo arrugado hacia el final de un largo pasillo, como un oráculo apuntando mi destino.

—Ahí —dijo sin más explicación que esa única y solitaria palabra.

—Gracias, permiso —respondí sujetando con fuerza mi cartera, como si estuviese entrando a un museo y temiese que me quitaran mis cosas.

Hay algo indescriptiblemente tenso sobre entrar por primera vez a una casa desconocida. No sabes a quiénes te puedes encontrar ni cómo te van a recibir. La intimidad desconocida aterra. Recuerdo que el lugar se veía decorado con precisión, como si cada objeto estuviera en el lugar exacto en el que debía estar, ni un milímetro más ni menos. Una alfombra blanca marcaba un sendero por el pasillo, abrazado por grandes lienzos con figuras abstractas, todas en una paleta de colores terrosos y carnosos. Cada paso que daba adelante iba acompañado de una mirada hacia atrás, convencida de estar manchando todo en el camino, sea con mis zapatos o con mi presencia.

Era una casa amplia, y me tomó lo que se sintió como una vida entera llegar hasta el final del pasillo. Una puerta coronaba el final del camino, y dejaba asomar un cálido rayo de sol entre la madera de la que estaba hecha y el marco de la puerta. Di un golpe sobre la puerta y esperé. Nada. Dos golpecitos, y aún nada.

¿Me habré equivocado?

¿Entré a la casa incorrecta y simplemente me dejaron entrar por un alcance de nombres?

Tragué un poco de saliva y empujé la puerta apenas con la yema de los dedos, insegura. ¿Qué es lo peor que podría encontrarme del otro lado de la puerta? Un pensamiento intrusivo llenó mi cabeza

brevemente de imágenes de adultos mayores postrados, tubos y máquinas que sonaban intermitentemente, sin embargo, una vez que mis ojos se ajustaron a la intensidad de la luz de media tarde, pude ver cómo se dibujaba la silueta de Gabriela reposando tranquilamente sobre una cama de dos plazas. Sus ojos se encontraban semicerrados mirando al infinito, con grandes audífonos acolchados, aislándola del mundo.

—¡Elena! No te sentí, ¿te demoraste mucho? ¿Dónde estacionaste? —disparó a mil por hora, contrastando dramáticamente el letargo con el que me había encontrado tan solo unos segundos anteriores.

—No, no, todo bien. Vine en micro, no me demoré tanto —dije nerviosa, buscando con la mirada un lugar donde dejar mis cosas para que no molestasen.

—Ahí en el piso, da lo mismo —indicó Gabriela vagamente con una mano relajada—. ¿Te ofreció la señora Adela algo para tomar?

—Tranqui, estoy bien —respondí mientras dejaba mi cartera a los pies de uno de los veladores. La verdad es que sí tenía sed, pero Gabriela no insistió ni tampoco supe yo cómo pedirle un vaso de agua.

Sin saber aún qué hacía allí ni por qué, mis pies se sentían clavados al piso. El silencio inundó el dormitorio al límite de ahogarme, y sostuve la respiración por lo que se sintió como una eternidad. Gabriela ignoraba que me encontraba luchando por mi vida mientras se movía con elegancia de un lado a otro, como ordenando cosas invisibles que estaban fuera de lugar. Finalmente volvió a su lugar original en la cama, me miró de arriba abajo, y me hizo una seña para que me quitara los zapatos y me subiese a la cama con ella.

Con cuidado me senté en una esquina, ambos pies apoyados en el piso, incómoda con la idea de estar en una posición horizontal en el futuro cercano.

—¿Vamos? —planteé de golpe y con urgencia.

—Vamos —contestó Gabriela con ligereza, como si hubiese sido idea mía el asunto.

Fuimos juntas en su auto, un modelo relativamente nuevo, pero bastante maltratado por la dueña. La madre de Gabriela se lo dio como regalo de graduación y, en sus propias palabras, era de las pocas cosas que sentía suyas de verdad. Del espejo retrovisor colgaba un recuerdo de su antiguo colegio, los posavasos estaban llenos de monedas sueltas y boletas arrugadas, y el olor que estaba impregnado al material de sus asientos daba la sensación de estar viajando sobre un cenicero con ruedas. Gabriela manejaba con ferocidad, dando vueltas bruscas y adelantando a todo quien se le cruzaba en el camino. En aproximadamente tres canciones llegamos a nuestro destino, y recién allí me atreví a preguntarle qué se quería tatuar.

—Dos mariposas sobre mi hombro. Por mí y mi mamá —contestó

sin mucho misterio.

El tatuador era bastante profesional, y para nuestra fortuna, no se molestó cuando su cliente llegó con una invitada de sorpresa. Me acercó una silla y me instaló a un costado de la camilla ya preparada para Gabriela. Después de mostrarle unos bosquejos y hacer uno que otro ajuste, comenzó su labor y también la mía: distraer a Gabriela del sonido del motor de la aguja.

—¿Eres muy cercana a tu mamá? —pregunté, dando paso a un relato que graciosamente ocupó gran parte de la sesión.

Al igual que Gabriela, Jacinta, su madre, era enfermera, pero a diferencia de ella, no fue algo que le resultó sencillo ni algo a lo que realmente aspiraba en esta vida. Jacinta venía de una familia trabajadora y soñaba con ser la primera profesional. Le gustaban las leyes, pero más le gustaba la idea de ir todos los días a trabajar con ropa elegante. Su propia madre, una costurera, se preocupaba de enseñarle los trajes y faldas que sus clientas le encargaban para mostrarle cómo se visten las mujeres de bien para inspirarle mayor dedicación a sus estudios. Ella solo quería lo mejor para su hija. Fue realmente lamentable que tan solo unos meses antes de que Jacinta estuviese lista para rendir la prueba de acceso universitario su madre cayese enferma, desplomándolo todo en su camino. Su juventud se había estrellado antes de poder despegar. En un abrir y cerrar de ojos la vida de Jacinta pasó de libros y cuchicheos escolares a compresas, jeringas y baños de esponja. A pesar de la gravedad de la enfermedad, lo que Jacinta pensaba que sería tan solo un pequeño hipo en el camino, terminó convirtiéndose en casi una década secuestrada atendiendo a su madre convaleciente. Cuando murió, Jacinta aún ansiaba con recuperar el trayecto de su vida, sin embargo, la enfermedad había diezmado su motivación y sus recursos, por lo que fríamente tomó la decisión de profesionalizar aquello que ya sabía hacer de lo más bien: cuidar enfermos. Ingresó a la carrera, en una rotación se enamoró de uno de los doctores que hacía de supervisor, se casó con él y se embarazó, todo esto mientras seguía estudiando como si estuviese corriendo por ponerse al día. Jacinta recibió su diploma con Tomás, hermano mayor de Gabriela, en sus brazos, siendo la alumna más destacada de su generación. Según Gabriela, igual era más fácil sacarse buenas notas en esa época. Según yo, por mucho que lo haya intentado, Gabriela no pudo lograr lo mismo y su madre se preocupaba de recordárselo.

—¿La admiras mucho? —pregunté tontamente.

—Es la persona más importante de mi vida —contestó con su mirada fija en el techo, mientras el tatuador terminaba la obra y le cubría el hombro con una delgada capa de gasa para proteger las recién nacidas mariposas.

Cuando el auto de Gabriela ingresó al portón de su casa, noté un auto que no se encontraba allí antes de partir.

—Mierda —dijo Gabriela entre dientes.

—¿Qué pasó? —pregunté alarmada.

—Llegó mi mamá. Pensé que llegaría más tarde y alcanzaría a cubrirme el hombro antes de llegar.

—¿No le gustan los tatuajes? —increpé con una sonrisa nerviosa.

—Los odia. Los encuentra horrendos. Me va a matar —lanzó como flechas. Sus ojos desorbitados se clavaron en los míos.

—Tienes veintiocho años, no entiendo.

—Si sé, no soy tonta, pero tú no conoces a mi mamá. Necesito un poco de tiempo para prepararla mentalmente…

Fue en ese momento en el que se abrió de par en par la puerta de entrada, y la silueta de una mujer emergió de ella como una sombra diabólica. Era Jacinta, quien salía a recibir a su única hija como un mal augurio. Su aspecto era radicalmente distinto al que había imaginado. Era una mujer de facciones elegantes, un cabello rubio impecable y unos ojos tan azules como fríos. Quien se paraba en el umbral de la puerta más se parecía a la princesa Diana que a una mujer que haya vivido carencias. Su mirada era la misma que la de Gabriela. Fuerte, decidida y a ratos asesina. Sin conocerla, la primera impresión que tuve de ella era la de una dama a quien jamás nadie le había dicho qué cosa podía o no podía hacer.

Aún dentro del auto, Gabriela miró con cuidado como su madre se instalaba en la puerta como un perro guardián, cruzando sus brazos frente a su pecho, preparándose para quién sabe qué.

—Creo que es mejor que te vayas a tu casa, Elena —dijo Gabriela sin apartar la vista de Jacinta.

—¿Segura?

—Sí, no te preocupes. De ahí hablamos —se despidió Gabriela, plantándome un beso rápido en la mejilla a la vez que con su brazo extendido sobre mi abría la puerta del copiloto.

Tomé mis cosas y me bajé del auto, a la vez que Gabriela lo hacía por su lado. Le hice una seña a Jacinta, como intentando saludarla a lo lejos con la mayor educación que un gesto de lejos puede aspirar. De vuelta recibí tan solo una ceja arqueada. Así que de ahí había sacado Gabriela ese gesto tan suyo. Me di media vuelta para irme de allí, sin antes escuchar a lo lejos en un tono durísimo.

—Me vas a decir de inmediato dónde estabas y quién era esa.

Ya estaba sentada en el paradero esperando la micro cuando sonó mi teléfono. Era Gabriela, quien, apenas contesté, estalló en llantos inentendibles llenos de hipo y frustración.

—¿Me puedo quedar contigo? —dijo entre sorbeteos.

—Sí, obvio que sí —comenté con urgencia.

En su auto pasó a buscarme al paradero y me contó lo que ocurrió en los pocos minutos que nos separamos. A su mamá no solo no le gustó el tatuaje con el que ella tan devotamente quiso homenajearla, sino que la insultó por pensar siquiera que ella estaría de acuerdo con tan ordinaria muestra de afecto. La trató de idiota, que nunca pensaba bien las cosas, que se afeaba intencionalmente y que la avergonzaba como madre.

Gabriela estaba nerviosa por tener que dejar su auto en la calle. El edificio en el que yo vivía entonces era antiguo, de esos edificios casi coloniales sin estacionamiento ni ascensor. Pasamos por el almacén de la esquina, perfecto para la ocasión, ya que se dedicaba a vender casi exclusivamente alcohol y comida chatarra. Compramos unos cuantos paquetes de galletas y un par de botellas de vino para cada una antes de subir. «Mi departamento es del porte de tu baño», bromeé cuando le di el *tour* de mi hogar a Gabriela. «Es perfecto», fue lo que dijo. Me dio un poco de vergüenza toda la situación, partiendo por el hecho de que el pasillo estaba hediondo a ajo, seguido por mi propia casa que apenas tenía un par de cosas básicas y aun así el espacio se sentía estrecho. Tenía una cama, un sillón que no apuntaba a nada en particular, un escritorio que hacía de velador, una *kitchenette* y un baño que parecía haber reemplazado en algún momento un clóset. Mi ropa, en cambio, la terminé almacenando en cajas plásticas bajo la cama. No estaba segura si Gabriela las había visto, pero hice una nota mental de comprar un faldón para la cama apenas pudiera.

Nos instalamos con Gabriela en mi cama, comimos, bebimos y vimos comedias románticas hasta quedarnos dormidas. No era Nueva York, era Santiago. No era una película, pero se sentía como el comienzo de una. No solucionó nuestros problemas, pero esa noche fue un bálsamo para el corazón de ambas. A la mañana siguiente despertamos aturdidas, con resaca y acidez. Nos sentíamos como la mierda, pero también se sentía con claridad el verdadero comienzo de nuestra amistad.

Capítulo 4

Ver a Gabriela así de vulnerable cambió algo fundamental en nuestra dinámica. Ya no me parecía alguien tan imponente, sino que más bien alguien fuerte, pero desde un lugar delicado. Era humana. Desde aquel día, nuestra amistad se dio de una forma tan natural como exponencial. Si antes apenas compartíamos uno que otro mensaje, su chat pasó a ser aquello con lo que me levantaba a diario y lo último que revisaba antes de dormir. Las tardes de vino dejaron de ser nuestro único punto de encuentro, y en la otra parecíamos haber encontrado una hermana que hasta entonces desconocíamos.

No era nada en contra de mi propia hermana mayor, Elisa, pero con ella nunca fui capaz de conectar como lo hice con Gabriela. No la culpo, para nada. Nos habíamos acostumbrado a relacionarnos únicamente de manera competitiva, y después de años luchando por la atención de nuestros padres, ya no sabíamos relacionarnos como aliadas en lugar de rivales. Crecer con ella no fue fácil. A pesar de que me sacaba un par de años de ventaja, éramos físicamente tan similares que durante varios años me trató de convencer de que yo solo era su repuesto, y mis papás habían desistido de darme en adopción por si ella algún día necesitaba un donante de órganos. No la resentía, para nada. Ella era la hija ambiciosa y disciplinada que por mucho que intentara jamás podría llegar a ser. Elisa era lo suficientemente buena como para que a mí me dejaran tranquila y, algún día, aprendería a agradecérselo.

Una vez que vi la primera grieta en la estatua llamada Gabriela, pude notar que su brillo no era de origen natural, sino uno que ella era capaz de encender a voluntad. Pasaba algo curioso con ella. Sin lugar a dudas, cuando Gabriela entraba a una habitación todo parecía girar en torno a ella, con una fuerza de atracción implacable e inevitable, pero si lo suyo era un hechizo, era limitado. Era como ver una obra de teatro, donde ella entraba, deslumbraba, y luego se retiraba a su camarín a descansar. Me sentía honrada de ser su tramoyista, la persona que atestiguaba sus maravillosas actuaciones y la que le llevaba agua cuando descansaba de ellas. Era en esos momentos de descanso en los que se solidificaba lo nuestro. En sus

momentos vulnerables me hacía sentir necesitada, primordial, me validaba. Nuestros amigos comenzaron a referirse a nosotras en conjunto: Gabrielena. Puede que ese apodo haya nacido como una burla, pero con Gabriela estábamos borrachas de alegría y complicidad, y poco o nada nos importaba lo que opinara el resto del grupito. Qué sabían ellos que casi todos estaban emparejados, cuya vida de todas formas giraba alrededor de un otro. Nosotras al menos no nos engañábamos en ese sentido, además de que, si puedo ser honesta al respecto, mi vida había comenzado a mejorar desde que Gabriela entró en ella.

Si bien al comienzo de nuestra amistad parecía ser que quien estaba desesperada por una amiga era yo, con el tiempo aprendí lo mucho que Gabriela me necesitaba a mí, y aunque no lo hubiese admitido entonces, me hacía sentir bien ser necesitada por ella. No me atrevería a decir que su carisma y extroversión no eran más que una hermosa ilusión, pero escondían a alguien que pese a ser «amiga» de muchos, era cercana de pocos. Fue una sorpresa aprender que Gabriela no mantenía muchas amistades, sino que se limitaban apenas a su eterno grupo escolar. Me llamaba la atención que ella, tan sociable como demostraba ser, y por lo mucho que parecía disfrutar de la gente, alguna vez se haya distanciado de un amigo. No mantenía amigas de la infancia más que las que conoció en la educación media, ni primas cercanas ni nadie que se acercara al título de mejor amiga para cuando yo llegué a su vida, aunque diría que las ganas estaban.

Gabriela tenía una forma de hacerme sentir más yo. Su «Gabrielidad» parecía salpicarme encima. Me sentía más segura. Más fuerte. Nuestra amistad creció de modo que de a poco dejé de sentirme una grupi y nos volvimos una banda. Quizás yo no era la vocalista, pero estaba bien instalada en la guitarra. No la principal, pero sí fundamental. Podía fingir a ratos ser tan relevante como ella, pero la banda podía seguir sin mí. Algo de voto tenía, y aunque pocas veces se presentaba la oportunidad de hacerle frente a Gabriela, lo evitaba dentro de lo posible, pues en teoría era algo que se podía hacer.

No estábamos de acuerdo necesariamente en todo, pero yo diría que la mayoría de los aspectos de mi vida habían mejorado considerablemente a medida que nos hacíamos más amigas. Hasta el laboratorio comenzaba a ser más interesante cuando tenía a alguien a quien entregarle reportes al respecto. No era mi intención dejar de lado a Carlos, ni creo haberlo hecho intencionalmente, pero hay que ser prácticos con las diferencias que hay entre un amigo y una amiga cuando te defines como mujer. Hay una complicidad distinta, nos permitíamos sin juicio un gramo de malicia que hacían de nuestras conversaciones tanto más deliciosas. Carlos jamás opinaría de los

zapatos de Tamara de una forma en la que me haga llorar de la risa, mientras que Gabriela sabía cómo descuerar a alguien de la forma más cómica posible, con cierta magia que daba la impresión de que no era Gabriela quien se burlaba de otra persona, ella solo le ponía palabras a la situación. Con la Gabi el acto de vivir era más emocionante. Con ella podía exagerar, podía llegar contándole que alguien me miró, y a partir de eso crearnos los más fantásticos escenarios. Una vida entera emanaba de cada gota de realidad, y en ellas éramos quienes quisiésemos ser. Nuestras bondades las más buenas, nuestras maldades las más perdonables, pero por sobre todo: nosotras, juntas. Ahora que éramos amigas nos quedamos con la impresión de que así sería por siempre.

Algo así como las Golden Girls reducidas a dos.

—¿Y por qué no se van a vivir juntas? —dijo Pamela una tarde en su casa, luego de que, producto de un ataque de risa, una copa estallara contra el piso a modo de daño colateral.

El resto del grupo se sumó. Yo estaba bien en mi casa, pero si tuviese alguien con quien compartir los gastos, sería posible cambiarme a un lugar considerablemente más cómodo que un monoambiente sin armarios. No tenía idea realmente de cuánto ganaba Gabriela en el hospital, me daba la impresión de que no era mucho en base a lo reservada que era con sus gastos y lo mucho que se quejaba de aquellos que eran innecesarios.

Un día que nos juntamos a tomar café por allí, nos pusimos a conversar con una seriedad inusitada. ¿Y si nos vamos a vivir juntas? ¿Cómo sería eso? ¿Adónde viviríamos? ¿Qué nos alcanzaría? ¿Cuándo podríamos hacerlo? Comenzamos a juntarnos cada vez más seguido a buscar opciones, sin compromiso, a veces en mi departamento, a veces en la casa de los padres de Gabriela. Era algo entretenido para cuando no teníamos algo mejor que hacer. Con el tiempo, eso sí, nuestras búsquedas comenzaron a ser menos realistas y más aspiracionales. Ni una se lo había tomado realmente enserio, tampoco había un apuro, y en soñar no había engaño.

Desde el incidente del tatuaje había vuelto a encontrarme con la madre de Gabriela, en un principio, no se molestó en ocultar no le causaba mucha gracia verme en su casa. «No es culpa tuya», decía Gabriela, «es que ella se las agarra con alguien y no lo suelta más.» «¿Y por qué se las agarró conmigo? ¿Yo qué hice?» Preguntaba desdichada. No es que fuese la persona más preocupada de caer bien, la indiferencia era mi carta de presentación, pero caerle mal a alguien era algo distinto. Era algo que dolía en lugares que costaba sanar.

—Puta, es que como estabas allí cuando me pilló el tatuaje, y vio de lejos los tuyos, se hizo la idea de que tú me mal influenciaste.

—¿Y no le dijiste que yo no tuve nada que ver? Yo te acompañé

porque me lo pediste.

—Sí, claro, pero está convencida de que igual algo tuviste que ver.

Jacinta era una mujer que me generaba terror y admiración en partes casi iguales. Era de esas personas que al hablar no tienes ni idea si te están elogiando o si te acaba de insultar, y cualquiera sea el caso, lo hacía con la más dulce de las sonrisas. En mi vida he conocido a una depredadora más irresistible que ella. Estoy segura que esa señora podía oler sobre mí la desesperación con la que quería caerle bien, y por la forma en la que trataba a Gabriela, estoy convencida de que podía olerlo sobre su propia hija también.

Eventualmente conocí al mismísimo Doctor Santelices. El padre de Gabriela parecía ser una persona un poco transitoria en su propia casa. Un espectro delgado y barbudo que a veces deambulaba, nunca realmente segura de haberlo visto o haberlo imaginado. Tomás, el hermano mayor de Gabriela, poco se aparecía por allí. Luego de jurar como abogado y convertirse en el más grande orgullo de su madre, Tomás buscó una mujer de buena familia y rápidamente se casó con ella. Gabriela me mencionó un par de veces que se lo sacaba en cara, el hecho de que él se había independizado a los veintiséis mientras ella aún estaba a la merced de Jacinta a sus veintiocho. Me pregunto si eso contribuyó a que Gabriela finalmente comenzara a considerar vivir conmigo más en serio.

Para Gabriela no iba a ser fácil armarse de valor y abandonar de manera definitiva la casa que compartía con su madre (su padre estaba allí, pero siendo honestos, su convivencia era una formalidad más que una realidad). Intentó varias veces hablar con su madre sobre irse de su casa, pero Jacinta se negaba rotundamente. No era culpa de Gabriela que su madre no la dejase ir. Si soy sincera, me daba un poco de envidia. Hubiese preferido una madre de mierda aprensiva a una madre de mierda a secas, como la mía.

Mientras aún no encontráramos un lugar realmente «nuestro», fue Gabriela quien propuso buscar algún bar o un café para hacer de él nuestro punto de encuentro. Como las series y películas que nos gustaba ver y comentar por horas, me dijo entre risas una tarde que pasamos comiendo pizza sobre su cama. Fue de una manera totalmente artificial, pero decidimos que el bar de la Cuca, aquel lugar donde por primera vez nos cruzamos se convertiría en nuestro territorio.

El verano estaba por terminar, y allí estábamos nosotras, bebiendo nuestro tercer cóctel, cuando el tema de vivir juntas salió al baile. Gabriela estaba frustrada después de una cena particularmente desagradable en su casa.

—Yo no doy más, Ele. No la soporto. Por todo me wevean, por todo me retan, y estoy cansada de no poder hacer lo que quiera.

Tengo veintiocho años por la cresta—dijo mientras limpiaba con la yema de sus dedos la condensación que se formaba alrededor de su copa de gin, los hielos tintineaban contra las paredes de vidrio, aumentando artificialmente el conchito que le quedaba sin beber.

Compartía el sentimiento, yo tampoco estaba tranquila con cómo estaba navegando mi vida ni tampoco tenía claro de qué hacer con ella. Al menos cuando tenía dieciocho, no saber qué hacer iba acompañado de no tener nada que perder más que el tiempo, los límites no existían y la emoción por vivir era una fuente de energía inagotable. Estaba segura de que para cuando estuviese cerca de los treinta ya lo tendría todo resuelto, pero la verdad es que me sentía menos adulta y equipada para la vida que hace diez años atrás. Solía tener ganas de sobresalir en todo, ahora sentía que apenas lograba lo mínimo.

La noche anterior, el hermano mayor de Gabriela había caído en su casa para cenar de manera espontánea. Se encontraba por el barrio en una reunión de trabajo que coincidentemente terminó a la hora en la que solían comer, por lo que se presentó allí sin aviso previo para el agrado de su madre. Gabriela no tenía planeado llegar tarde, pero en un descuido olvidó su billetera en el trabajo, y se vio obligada a dar media vuelta y volver por ella en caso de que la fiscalizaran y no tuviese su licencia a mano. Aquel desliz le costó veinte minutos adicionales, los que se transformaron en cuarenta por culpa de un accidente menor en la ruta a casa.

En un día cualquiera, la madre de Gabriela esperaba que la mantuviese informada en todo momento de su paradero y la hora a la que llegaría a su casa. Ya había aprendido por el episodio del tatuaje que Jacinta era una mujer cuyas expectativas eran altas cuando se trataba de sus hijos, y esperaba que se comportaran de cierta forma. Un ejemplo de esto era que exigía que Gabriela comiera más de una vez al día en su casa, a menos que un turno doble en el trabajo se lo impidiese. «Esto no es una posada ni un motel», le decía cada vez que ella trataba de excusarse de alguna comida por cualquier motivo que no fuese laboral. La casa de los Santelices era una llena de reglas, y Jacinta era juez y verdugo de cada una de ellas. Los castigos variaban. A veces te ganabas unos cuantos comentarios pasivo-agresivos, de repente se limitaban a un par de malas caras. El más seguido, y sin duda el peor de todos, era la extorsión emocional, donde la matriarca era toda una profesional: «¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me tratas así cuando yo me he sacado la cresta toda la vida por ti? ¿Sabes todo lo que he sacrificado? ¿Me odias? ¿Es eso? ¿Yo qué te hice aparte de darte todo para merecer esto?» Era muchísimo menos agotador hacerle caso y darle en el gusto. O al menos eso decía Gabriela. Una vez intenté hablar con ella sobre cómo se ponía cuando estaba

alrededor de su madre. Era desconcertante. Apenas llegaba Jacinta, Gabriela se transformaba, su atención se triplicaba, híperalerta, como un arquero de fútbol profesional anticipándose a una pelota que no llegaba. La única persona capaz de interrumpir ese trance, aparentemente, era su hermano Tomás. Allí volvía a asomarse la Gabriela que yo tan bien pensaba conocer. Por lo mismo, cuando vio el auto de Tomás en la entrada, su preocupación por la molestia de su madre se esfumó, y en su lugar rápidamente apareció la rabia, y el rostro arrogante con el que la recibió su hermano al entrar al comedor solo empeoró su disposición.

—¿Y el papá? – preguntó Gabriela a su madre, decidida a ignorar la presencia de Tomás hasta que no fuera estrictamente necesario reconocer su existencia.

— En la clínica, cirugía de urgencia ¿Tú dónde estabas metida? ¿Por qué no avisaste que llegabas tarde? Por tu culpa empezamos a comer sin ti—dijo la matriarca, a la vez que le servía otra porción de lasaña a Tomás sobre el plato que aún se encontraba a medio comer.

—Perdón, mamá. Tuve que devolverme al hospital y ahí me agarró el taco. No te pude escribir, estaba manejando —suspiró Gabriela, sentándose resignada en el puesto que al menos tuvieron la amabilidad de dejar en la mesa, directamente frente a su hermano.

—Te pasa por trabajar tan lejos. Yo no entiendo por qué no te cambias a alguna clínica más cerca de aquí, en vez de esa pega de mierda en la que estás ahora —disparó Tomás entre mordiscos, su voz cargada de burla y desdén.

—Me gusta mi pega. Pero no es tan fácil llegar y cambiarse. Créeme que si pudiese lo hubiese hecho.

—Pudiste haber estudiado algo muchísimo mejor. Te daban las notas, hasta te ofrecí regalarte lo que quisieras si elegías una mejor carrera, pero dale con ser enfermera. *Como la mamita* —dijo esto último ocupando el mismo tono que solía emplear cuando le hablaba a un bebé.

Gabriela miró a Jacinta, buscando refuerzos.

Ella soltó una pequeña carcajada ante la teatralidad de Tomás.

Nada de apoyo.

— ¡No eres mejor que yo y estoy harta de que me mires en menos! ¡Esto es lo mejor que pude haber hecho, yo soy un aporte, salvo vidas a diario! —gritó Gabriela.

— Al menos hubieses intentado ser médico. Pero para eso sí que no te daba, ¿ah? — le devolvió con calma Tomás.

Lo intentó, pero Gabriela fue incapaz de contestar, la respuesta no llegaba, su lengua trabada debido al enojo que la sacudía. Sus ojos comenzaron a arder, y antes de darle en el gusto a Tomás quien sin lugar a dudas se burlaría de sus lágrimas, se levantó de la mesa

empujando bruscamente la silla en el camino. Jacinta no fue a verla a su pieza hasta después de que ella y Tomás terminaron de comer. Solo cuando él se retiró a su propia casa, Jacinta interpeló a su única hija. Lo que continuó fue tan desagradable como lo que acababa de ocurrir, más discusiones y más llanto, como solía ser cuando ellas peleaban.

—Él ya tiene su propia familia. No entiendo por qué no puede quedarse con ellos y dejarme tranquila de una vez por todas. Y mi mamá le banca todo. Esa wea es la que más me da rabia de todo esto. Le chupa tanto el pico a Tomás que no se da ni cuenta que cuando me insulta a mí, la insulta también a ella de pasada. Es más, lo defiende.

—Tu mamá es una brígida, pero al menos le importas. Se preocupa por ti, está atenta —dije en un intento por consolarla. Si bien Jacinta era una figura oscura a quien yo abiertamente temía, sabía que no era buena idea alimentar cualquier tipo de animosidad en su contra.

De nada sirve intentar consolar a una persona describiendo un escenario peor. Saber que otros pasan hambre jamás ha llenado algún estómago. Pero uno lo intenta igual cuando no sabe qué más decir, y eso fue lo que hice. Le conté a Gabriela sobre uno de los tantos episodios deslumbrantes de mi madre. Este en particular, ocurrió justo en medio de proceso de separación, y posterior divorcio, de su primer marido: mi papá.

En octubre de 2009, yo tenía quince años y aún me gustaba celebrar mis cumpleaños. Podría haber sido la tele, las revistas o mis propias compañeritas que ya habían realizado el mismo rito, pero algo me había convencido de que lo que correspondía era hacer una fiesta. No era una chica popular y en ese entonces aún transitaba por esa neblina adolescente donde a ratos quieres ser el centro de atención, a ratos prefieres hacerte un *harakiri* antes que dejar que alguien te mire durante más de un segundo. Malditas sean las bien intencionadas madres que obligan a sus hijas a invitar a todo el curso, creo que a ellas también les corresponde una parte de la culpa, porque fue en esas fiestas de niñas a las que nunca les había hablado lo suficiente como para saber qué les gustaría de regalo que me encandilé con la posibilidad. Era magia. Cada una de ellas, era solo otra chica más entre todas hasta que anunciaban que harían una fiesta de quince, ahí comenzaba la transformación. Lo primero que adquirían era la notoriedad: ¿sabías que la Vanesa va a hacer una fiesta de quince? Dice que en su fiesta tendrá bebidas energéticas para todos, que sus papás se lo prometieron. En segundo lugar, ganaban poder: una vez que tenían las invitaciones se tomaban todo el tiempo del mundo en repartirlas. Eran como pequeñas monarcas que se sabían todopoderosas, decidiendo una persona a la vez a quien investir con un pedazo de papel laminado.

Las más osadas hacían un espectáculo de aquello. Recuerdo a una

en particular, Rocío Prado. No estaba en mi curso, sino que en el paralelo. Una mañana, mientras nuestra profesora tomaba la primera lista de asistencia del día, Rocío entró a nuestra sala de clases sin tocar ni pedir permiso. Se plantó frente a todos, y sin darle chance a la pobre mujer que tampoco tenía idea de qué estaba pasando, comenzó a pasar su propia lista de asistencia llamando uno a uno a los afortunados que recibirían una invitación aquella mañana. Eran pocos, y yo no estaba entre ellos. No me lo esperaba ni tampoco me importaba, pero ver a Rocío atropellar tan ferozmente a nuestra profesora sin consecuencia alguna había provocado una alteración en la química de mi cerebro. Para mí, era como ver el poder a los ojos.

En tercer, y en último lugar, llegaba el día de la fiesta y con ella el *peak* de la metamorfosis pueril: el momento en el que hacían su entrada triunfal, con sus vestidos brillantes, los peinados apretados y sus caras pintarrajeadas con el maquillaje siempre añejo que pertenecía a sus madres. Ese día, independiente de quien era la celebrada y qué habían hecho hasta entonces que lo ameritaba, cada una de ellas era la persona más especial en todo el lugar. Era un derecho divino, y yo había esperado pacientemente a que fuese mi turno.

Recluté a dos compañeritas, la Jesu y la Cami. Estábamos en el mismo grupo de amigas, pero ellas eran más amigas entre ellas de lo que eran conmigo, como a veces pasa en los grupitos. Sus papás eran amistosos con los míos y definitivamente sería más fácil convencerlos en patota que por mi cuenta, más si iba con una propuesta un poco más razonable como dividir los gastos entre todos. Dijeron que sí, y las tres familias nos pusimos a trabajar. A excepción del lugar, una casita residencial que arrendaban de manera clandestina como centro de eventos, todo en esa fiesta fue hecho por alguno de nosotros. El papá de la Jesu trabajaba en una multitienda y se consiguió tres basureros de latón enormes, los que pintamos cada una con su nombre para indicar dónde dejar los regalos. La mamá de Cami tenía buena mano para la cocina, y fue ella la que preparó una torta casi idéntica a la de la foto que le dimos de referencia: de dos pisos y decorada con crema de los mismos colores que nuestros vestidos. Gonzalo, mi padre, fue quien se preocupó de ir a comprar globos y decoraciones, y se pasó casi dos días cotizando en distintas partes de la ciudad con tal de encontrar los que queríamos (color neón y que brillaran en la oscuridad) al mejor precio.

El día de la fiesta, el plan era que las tres familias decoraríamos juntos el lugar durante el día. Habían llegado la Jesu y sus dos papás, además de sus dos hermanos mayores quienes además de esconder cervezas en el estanque del baño, se atribuyeron la tarea de inflar globos lo más rápido posible a ver quién se mareaba primero. Llegó la

Cami con sus dos papás y su hermano menor, y ellos se preocuparon de refrigerar las bebidas y preparar la comida. Yo había llegado sola con mi papá y mi hermana. Le pregunté a mi papá si mi mamá llegaría más tarde a ayudar y me dio una respuesta vaga. Era una niña, pero no era tonta. Me había dado cuenta de que las cosas estaban raras en mi casa. Las peleas entre mis papás eran distintas a las que acostumbraba. Eran más silenciosas, al igual que sus secuelas. Ignoré los comentarios de Elisa, echándome la culpa como siempre, y me ocupé en hacer guirnaldas de papel que luego colgamos del techo. Intenté con todas mis fuerzas pensar solo en la fiesta de esa noche, pero la ausencia de mi mamá me obligaba a mirar la puerta, por si acaso. El salón estaba decorado, las paredes llenas de globos y cinta adhesiva, los chispop en sus respectivos platos de papel y mi mamá no había alcanzado a llegar. Mi papá nos llevó devuelta a la casa, me puse mi vestido que ya no me parecía tan bonito como el de Elisa, me planché el pelo por mi cuenta, y nos volvimos a subir al auto sin mi madre. Le pregunté a mi papá que a qué hora llegaría ella a la fiesta, pero no fue capaz de darme una respuesta satisfactoria.

— ¿Tu mamá no fue a tu fiesta de quince? —preguntó Gabriela, intrigada y perturbada por mi historia en igual medida.

—Sí, si fue, al final. No me di cuenta del momento exacto en el que llegó, pero cuando llegó la hora de sacar la torta, fue ella quien salió de la cocina cargándola. Cuando la vi estaba tan feliz de que mi mamá estuviese allí para verme que ignoré su aliento a colafría y sus pasos tambaleados. Ahora es de las pocas cosas que recuerdo con nitidez de mi fiesta. En el momento me alegró tanto verla, pero ahora veo las fotos y su rostro en ellas me pone furiosa. No había hecho nada aparte de llegar en el momento preciso, y se quedó con toda la gloria. Está ahí, al medio, como si hubiese estado allí todo el día —dije, tomándome el último sorbo de mi copa.

—Qué feo —dijo Gabriela— ¿Y no se enojaron los otros papás? Me imagino que la que preparó la torta no le hizo mucha gracia que fuese ella quien la llevara.

—Me imagino que sí. Y si no les había molestado que la llevara, definitivamente se enojaron cuando botó la torta al piso antes de que pudiésemos apagar la vela pirotécnica que había comprado mi papá en la calle. Una chispa le saltó muy cerca del rostro y del susto la soltó —respondí calmada. Gabriela me miró en silencio un momento, aguantando con nobleza hasta que me riese yo, para estallar en carcajadas.

—Wow —dijo Gabriela mientras ambas nos secábamos las lágrimas de los ojos.

—Ajá —contesté satisfecha, como si hubiésemos estado hablando sobre quién durmió menos en lugar de quien tenía la peor madre.

Se sentía como que ambas éramos distintas caras de la misma moneda. Mientras yo deseaba que me viesen en mi casa, Gabriela deseaba que la dejasen tranquila.

¿Alguna vez querríamos lo mismo?

—Vámonos a vivir juntas, Melena —dijo Gabriela con un tono desafiante, como quien te invita a cruzar el mundo en un globo aerostático— A la mierda nuestras familias, hagamos una nosotras.

Me gustaba mucho vivir sola, era un espacio reducido, pero era mío, y cuando Gabriela me dijo que dejara mi departamento y buscara uno para las dos, fue como si me hubiesen pasado un bálsamo amnésico, porque fue el sí más rápido de mi vida.

Quería reír y llorar.

Capítulo 5

El día en el que nos entregaron el departamento tuve que gestionarlo sola. Jacinta había tenido un percance, y a pesar de que Gabriela había coordinado sus turnos en el hospital para ayudarme con la mudanza, estaba atada de manos.

—No pasa nada —le escribí por mensaje sin darle muchas vueltas al asunto.

—¡Mándame fotos cuando esté listo! ¡Qué emoción! —contestó Gabriela por su lado.

Sentí un leve ardor en el pecho. Estaba al tanto de que no tenía ningún derecho a estar picada con ella. Su mamá se había tropezado con una alfombra, torciéndose un tobillo en el proceso. Nadie más que Gabriela podía ayudarla, y hasta que se recuperase, ella estaba obligada a ser chofer y asistente personal de su madre. No era culpa de Gabriela no estar allí, yo no debería sentirme molesta al respecto, y por lo mismo, me lo guardaba para mí.

Fueron una docena de departamentos los que visitamos hasta que dimos con uno que nos gustara a ambas dentro de nuestro acotado presupuesto. Yo no podía pagar mucho más de lo que ya gastaba en arriendo y Gabriela no estaba dispuesta a poner más por su lado. Fue difícil, pero éramos pacientes. Esperamos hasta encontrar ese lugar en el que apenas entras, te imaginas tu vida entre esas paredes a la perfección. Esperamos hasta que encontramos un departamento en el que apenas entramos, nos miramos la una a la otra y dijimos «este es». El edificio era nuevo, y la planta se distribuía de forma simétrica: una cocina americana, una salita de estar y dos dormitorios idénticos uno frente al otro, ambos con su propio baño, ambos con salida a una terraza compartida, y en el subterráneo un estacionamiento. A pesar de que ambas teníamos auto, decidimos ser salomónicas al respecto: uno de los baños era diez centímetros más ancho que el otro, por lo tanto, la decisión más lógica era que ambas pagaríamos lo mismo de renta, pero yo me quedaría con el dormitorio con el «baño grande», mientras Gabriela se quedaría con el estacionamiento, mi auto tendría que estar en la calle. A mí no me complicaba, ya que, tal como hizo notar Gabriela, su auto era efectivamente más costoso que el mío y

más propenso a ser víctima de un robo. Y yo apenas usaba el mío, en realidad. Me lo había comprado más o menos por aquella época, no mucho antes del cambio. No era la gran cosa, era tan viejo que, de haber sido persona, hace rato podía votar y beber legalmente. Ni la radio ni el aire acondicionado funcionaban, pero el precio era razonable y se notaba que podría resistir unos cuantos años más. Con la pura mudanza sentí que había recuperado mi inversión. Me tomó casi diez viajes, pero pude mover casi todo por mi cuenta gracias a ese honrado cacharro.

Uno a uno fui descargando los pocos muebles que tenía y ordenando cajas. No recordaba que fuesen tan agotadoras las mudanzas y los cambios, pero la última vez que lo había hecho, todo lo que tenía se resumía en un par de cajas de ropa. A falta de todo, mis primeras semanas como adulta independiente me las pasé comiendo con cubiertos de plástico fideos instantáneos hechos en una sartén sobre una cocinilla de camping. No tenía ollas, pero si tenía un problema con el gas de la cocina que me había heredado el arrendatario anterior. Al mes ya tenía eso solucionado, más ollas de las que sabía ocupar, además de un juego de loza completo. No había considerado ni tampoco me importaba que en realidad apenas tenía la capacidad para recibir a una persona, sin contarme a mí, en ese departamento. En menos de un año, que fue lo que alcancé a vivir por mi cuenta, rompí la mitad de ese juego de loza, compré otro juego completo, y por si eso fuera poco, me regalaron quince tazones más. Me gustaban todos, pero la moda de regalar tazas de café con mensajes divertidos había llegado demasiado lejos, y cuando te vas por primera vez a vivir solo, la gente cree que en verdad te hace falta ese tazón de Grogu. Era tan insólito que ahora que me cambiaba a un departamento más grande, los muebles no serían suficientes para almacenar toda la loza.

—¿No traerás tazones o sí? Hay poco espacio —le escribí por si acaso a Gabriela.

—Quería llevar unos cuantos… ¿No te molesta? Toda la loza y la mayoría de los muebles de la salita son tuyos, sería un poco injusto si no puedo aportar con algo, ¿o no? —respondió al rato.

—Ok. Si lo dices así es bastante razonable.

Me tomó casi tres días completos desempacar todo, ordenar y armar el departamento en su totalidad, a excepción del dormitorio de Gabriela. Una a una fui desenvolviendo cada capa de diario de cada plato, guardando cada utensilio y cubierto en su lugar. Con música y una cerveza llegaba a ser un trabajo agradable a ratos, pero haberlo hecho juntas hubiese sido mejor. Ese momento también había sido parte de nuestra fantasía cuando soñamos con irnos a vivir juntas, no me molestaba hacerlo sola, pero lamentaba que ella se lo estuviese

perdiendo. No fue hasta dos semanas después que ella logró cambiarse; las cosas se habían complicado con Jacinta, pero no me importó, no había nada que hacer, pero me hizo muy feliz poder recibirla en un lugar bonito y constituido. Aporté a la causa lo siguiente: un sillón angosto e incómodo, de color azul, un televisor que me había regalado mi papá en un intento por hacer presencia en mi vida, un refrigerador medio decente, y más o menos doce horas de mi vida limpiando y desempacando cada pedazo de loza cuidadosamente envuelto en diarios que jamás leeré. Eventualmente Gabriela agregaría a nuestro departamento escuálido una mesita de centro, un microondas y la mitad de lo que nos costó un comedor más bien simbólico ya que casi nunca lo usamos para algo más que dejar nuestras cosas al llegar. Comíamos casi exclusivamente en el sillón.

Los primeros días, estaba ansiosa por recibir a Gabriela. A la semana ya se me había pasado. A veces me sorprende a mí misma lo a gusto que me siento habitando los silencios. Suelo ocupar audífonos seguido, en un intento por hacer una pequeña barrera entre el mundo y yo, pero estos días a solas en el departamento me han enseñado lo placenteros que son los silencios. El sonido del hervidor, la loza cuando choca, el sonido de mis calcetines arrastrándose por el piso. El *soundtrack* de mi independencia compuesto por mil ruiditos y cotidianidades que no conocía, o al menos no tenía el paladar para disfrutar. Estaba más que claro que el orden no era mi fuerte, pero el desorden se sentía como un desbordamiento de libertad. Habitaba ese espacio de manera salvaje y mía, solo mía.

Pero no por mucho tiempo.

Gabriela llegó un sábado con el auto cargado de cajas y la mujer que trabajaba para su madre, la señora Adela, en el asiento del copiloto. Jacinta se la había «prestado» por el día, fue la explicación que me dio cuando le hice un comentario al respecto. Mientras Gabriela y yo nos dedicábamos a subir cajas, un par de tipos instalaban la nueva cama cuya entrega había coordinado a la perfección para ese día. Por su lado, la señora Adela se ocupaba de ir doblando y guardando la ropa en el clóset. En un par de horas estábamos todos listos, Gabriela había mandado a la señora Adela devuelta a la casa de su madre en taxi, como quien manda una encomienda, y habíamos descorchado una botella de espumante tibio. Se sentía como el primer día de unas vacaciones eternas, el inicio de una pijamada sin fin.

Capítulo 6

Se supone que uno jamás debiese servir el vino blanco con hielo, pero en ese entonces poco y nada nos importaban las cosas que uno debiese hacer o no, pues estábamos dedicadas a sacarle el jugo a todo aquello que la vida nos podía ofrecer. Como si el mundo que hasta ese instante estaba tan empeñado en consumirnos hubiera tomado un descanso, y éramos nosotras las que consumíamos con voracidad. Vino, cigarros, cuerpos, muchísimas aceitunas verdes, conversaciones y noches completas. Aún nos estábamos acostumbrando a vivir juntas, pero estábamos en la fase de la luna de miel, y en esa dicha encontré hambre y ganas de vivir de una forma en la que no me había atrevido a hacerlo.

Me estiré y saqué un cigarro de la cajetilla que Gabriela mantenía perpetuamente abierta sobre el pisito de la terraza. Un día encontramos unas sillas plásticas en la vereda afuera de nuestro edificio. Eran de esas que tienen logos gastados de cervezas anticuadas en sus respaldos, esas mismas sobre las cuales uno suele tener las conversaciones más trascendentales en los momentos más inesperados. Alguna vez fueron blancas, al igual que el piso también de plástico que instalamos entre ellas para tener donde apoyar el cenicero y las copas. No teníamos idea de lo mucho que podía ensuciar la ceniza si no se limpiaba de inmediato, y eventualmente tanto las sillas como el piso terminaron teñidos de un color enfermizo, amarillento como nuestros dientes si seguíamos fumando así. Me engañaba a mí misma diciendo que yo no era una fumadora, pero era mi tercera copa de la tarde y a esas alturas el humo que echaba Gabriela era más fuerte que mi voluntad, y era muy fácil convertir esa tentación en realidad.

—Me debes como tres cajetillas, mañana me las repones —dijo Gabi, a la vez que me acercaba un encendedor.

—No me has pagado las cuentas desde que llegaste, patuda —respondí a carcajadas, exagerando de manera dramática para contrarrestar su usura. En la misma medida que Gabriela era formidablemente astuta, también pecaba a ratos de distraída.

No era algo que habíamos decidido de manera explícita, sino que más bien se dio de forma natural: yo me transformé en quien se

encargaba de pagar a tiempo las cuentas de la casa, para que luego Gabriela me pagara a mí su parte. Yo ya tenía la costumbre, mientras que ella en un principio pensaba que las cuentas estaban incluidas en los gastos comunes, y los gastos comunes estaban incluidos en lo que pagábamos de arriendo. Casi le dio un patatús cuando llegué a cobrarle todo por separado. A veces se atrasaba, a veces se olvidaba, pero los olvidos solían ser montos tan pequeños que a veces yo dejaba que pasaran desapercibidos. Aun así, pese a ser un poco descuidada con sus deudas, algo que Gabriela jamás descuidaba era el número de cigarros que tenía en su poder.

—Oye, ¿vamos a hacer algo este fin de semana? Al final tengo el domingo libre, me corrieron el turno y yo ya me había excusado del almuerzo en la casa de los Santelices, podríamos aprovechar de carretear el sábado. —propuso Gabi, con su mirada concentrada en los hielos que giraban dentro de su copa que movía con flojera de manera circular.

—Podríamos, pero no sé a dónde.

—¿A una disco? —aunque disfrutaba bailar, pocas veces la pasaba bien dentro de uno de esos lugares.

—No sé, fuimos hace poco a una. Qué ganas de ir a un carrete en casa, ¿nadie está de cumpleaños pronto?

—No… pero podríamos hacer uno nosotras —su voz parecía cargada de promesa y malicia—, quitémosle la virginidad a este departamento. ¡Hagamos un carrete acá, Melena!

—Ay… em… ¿Cuántas personas invitaríamos? ¿No será mucha pega?

No habíamos tenido problemas aún ni con el dueño del departamento ni con la administración del edificio, pero nuestros vecinos en más de una ocasión habían reclamado por nuestras risotadas en plena madrugada. Si con dos weveaban, una fiesta sería una multa segura. Si a eso le sumaba pasarme todo el sábado ordenando para luego pasarme todo el domingo limpiando con resaca, prefería peregrinar a una disco de mala muerte donde los pisos pegajosos no me alteraran y Gabriela pudiera ser tan escandalosa como se le parase la raja ser. No tener que preocuparme de ser la latera que le pide que baje el volumen era una idea tentadora.

—Meleee —suspiró Gabriela—. Se te aconchan los meados al tiro. Ya po, ¡entre las dos la hacemos! Vamos el sábado en la mañana a comprar lo que haga falta, podríamos quizás ocupar el salón de eventos del edificio si no quieres que quede la cagada acá. ¡Pero démosle! ¡El primer carrete de Gabrielena!

La seguridad con la que lo planteó rápidamente calmó mis aguas; si lo hacíamos las dos, no sería tan terrible ni oscuro como lo profetizaba mi cabeza ansiosa. Ambas podríamos limpiar el vómito de

la otra, figurativamente hablando, y era verdad, el edificio tenía un salón de eventos que resolvería la mayoría de mis aprensiones…

Terminé accediendo.

El día del evento Gabriela resultó que en realidad tenía turno hasta medio día, por lo que la compra para la noche recayó sobre mí, contrario a cómo me lo habían publicitado.

—¿Estás segura de que lo puedes hacer sola? —dijo Gabriela por teléfono. Me hubiera gustado decirle que no, que la necesitaba porque no tenía ni la menor idea de qué comprar o cuánto presupuesto gastar, pero respondí lo más segura que pude:

—Tranquila, yo me encargo.

El supermercado fue un espacio de indecisión: compra que entraba al carro, compra que sacaba pensando que Gabriela me diría «cómo se te ocurre traer esta comida tan mala» o «¿acaso te crees que somos ricas?, hay cientos de alternativas más económicas, Elena, esto es una fiesta relajada no un matrimonio». En dicha discusiones internas se me pasó gran parte de la tarde. Por fortuna, superadas al fin las compras, fui directo al salón de eventos a preparar el espacio para que dejara de parecer una cáscara vacía y tomara personalidad, calidez de un hogar.

Una vez dejé el salón listo, me fui al departamento y corrí a la cocina a trabajar en la comida.

En eso llegó Gabriela.

—Estoy agotada —gimió Gabi, entrando como un huracán a nuestro hogar. La puerta de la entrada golpeó y aboyó por décima vez la puerta del refrigerador cuya manilla ya había deformado su frontis gracias al error de quien sea que diseñó este lugar.

—Weona, ten cuidado —le advertí.

—Ay, no le alcancé a pegar, cálmate. Shh, hola a ti también, Elena —contestó irritada

Había escuchado clarito como la manilla chocó con el metal del refrigerador. Me cargaba esa mala costumbre que tenía Gabriela de reaccionar como una niña ante cualquier cosa que percibía como un reto. Si no se lo planteabas de la manera correcta, su reacción instintiva era ponerse a la defensiva, llegando al extremo de negar las cosas más absurdas. Filo, ella sabía que había que tener cuidado, y yo también a veces le pegaba charchazos sin querer.

—¿Muy duro el turno? —pregunté sin dejar de picar los pimentones que intentaban abandonar la tabla de madera que estaba utilizando. La pregunta era más bien retórica, los turnos siempre eran duros, o al menos siempre lo eran para Gabriela, y necesitaba apurarme con la salsa untable que estaba preparando. Era una receta antigua, inventada, y robada de un expololo que alguna vez me hizo feliz. Él decía que se llamaba «antipasto», algo que jamás había comido, pero que estaba casi segura no era lo mismo que él preparaba.

Para hacerlo freía una cabeza completa de ajo, la cual retiraba del aceite antes de que tuviese la chance de quemarse. Al aceite caliente luego le agregaba varios pimentones picados, los cuales movía de un lado a otro hasta que el calor del aceite los desintegraba en un puré color ocaso. Era suave y fuerte a la vez. Era sexo untado sobre una galletita.

—Necesito ducharme urgente, y una siesta, y algo de comer… pero en qué orden, no lo sé… Oye, por si acaso invité a unas cuantas personas más —se escuchó como un eco desde el baño —¿Cómo estamos de tiempo, Ele? ¿Alcanzo a pegarme una siesta?

—Quizás una de veinte minutos — sugerí.

—No voy a poder levantarme si me acuesto— gritó Gabriela devuelta.

—Ponte una alarma. Si eso no funciona, yo puedo despertarte en un rato — le ofrecí como solución.

Entre más tiempo crees que tienes, más fácil se te escapa de entre los dedos. Una cosa llevó a la otra y sin darme cuenta ya casi era la hora en que habíamos citado a nuestros invitados. Estaba tan desorientada como Gabriela cuando la vi salir de su pieza y ambas nos dimos cuenta de dónde estaban las manillas del reloj.

—¡No me despertaste! —gritó Gabriela una vez superó el estupor de la siesta y el atraso.

—Cresta, no me di cuenta de la hora que era— contesté igualmente alterada.

—Ya, pico, ¿qué hacemos, Elena?

—Yo aún necesito terminar un par de cosas, así que hagamos algo. Tú anda a ducharte ahora y vístete lo más rápido que puedas, mientras yo empiezo a bajar las cosas. Cuando estés lista, me voy a duchar yo mientras tu terminas con el resto. Así si llega alguien, al menos una de las dos puede recibir gente, ¿te parece? —propuse después de pensarlo un momento. Gabriela estuvo de acuerdo, y cada una se dedicó a lo suyo.

Aunque seguía siendo buena idea hacer la fiesta en el salón de eventos, el subir y bajar a dejar cosas demoraba muchísimo más de lo que había calculado, y aún así, Gabriela se estaba demorando una eternidad en vestirse. Papas fritas caían en recipientes, vasos plásticos eran desfundados y las hieleras se vaciaban dentro de un *cooler*, cuando el citófono anunció al primer invitado llegar. Corrí a lavarme las manos llenas de kétchup que recién había servido en un potecito, cuando de su pieza emergió al fin Gabriela hecha una obra de arte. El punto focal era una minifalda negra con pequeños rayos dorados colgando de ella, cubriéndola como una noche estrellada. Estaba usando las botas negras a la rodilla, esas que tan bien lucían sus esbeltas piernas. Negro estaba su pecho, apenas cubierto por una

malla medio transparente, y si no fuese por la cascada de arena lacia que los cubría, hubieses podido ver sus sostenes de encaje, negros también. Su delineado estaba tan afilado que podría haber matado a un hombre, y sin duda, el pobre diablo hubiese partido feliz. Si así se veía el verdugo, quién no. Envidiaba profundamente la capacidad que tenía Gabriela para verse estilosa, y en ese momento la envidia dio paso a una rabia silenciosa. Mi pelo estaba grasiento, mi ropa manchada y me hacían falta al menos diez capas de maquillaje para verme tan linda como ella.

—¿Ya llegó alguien? —preguntó Gabriela, al salir de su pieza después de lo que se sintió como una eternidad.

—¡Sí! ¡Y yo sigo en buzo! —le espeté devuelta—. Empezó a llegar la gente y estoy impresentable —me lamenté.

—Calculamos mal de nuevo, mierda. Ya, mira, yo voy a bajar a recibirlos como lo habíamos planeado. Aprovecho de bajar estas cosas que faltan. Tú anda a arreglarte no más, ¿ya sabes al menos qué te vas a poner?

—No… pensé que iba a tener más tiempo para arreglarme.

—Tranqui, saca lo que quieras de mi clóset, no te preocupes. Pero apúrate con la ducha, yo voy a bajando —dijo mientras tomaba una bandeja atiborrada de comida y la hielera recién cargada—. ¿Te veo abajo? —fue lo último que alcancé a escuchar antes de verla desaparecer por la puerta camino a la fiesta en la que ambas debíamos ser anfitrionas.

Podía discutir o podía correr a ducharme.

Opté por esto último.

Aunque me costó.

Ya no había nada que pudiese hacer retroactivamente al respecto. Nunca he sido buena administrando mi tiempo, este es solo un incidente más en una larga lista de descoordinaciones de la vida de Elena (sí, yo). Me tomó un poco menos de tres cuartos de hora bajar a la fiesta, mi pelo mojado delataba mi atraso. Quería llorar, acostarme, no saber de nadie. A pesar de la oferta de Gabriela, bajé usando mi propia ropa, aunque no por falta de entusiasmo. La fantasía de verme tan glamorosa como ella se esfumó cuando abrí su clóset y me enteré de que el método de almacenamiento de ropa preferido por Gabriela era el de hacer las prendas una bolita y arrojarlas dentro. Era imposible distinguir qué era qué en ese huracán de tela, así que ni lo intenté. En vez, opté por un vestido negro holgado, pantys negras, unos bototos y una chaqueta de jeans. Me puse una sombra azul eléctrico, y con eso me di por arreglada. No iba a impresionar a nadie, pero mal no me veía. Lo sabía.

El salón estaba a medio completarse, calculaba a vuelo de pájaro unas treinta personas, más unas cuantas que fumaban en el pequeño

patio que disponía el espacio. No logré ubicar a Gabriela, quien seguramente se encontraba afuera, por lo que me dirigí de inmediato a la mesa que se encontraba al fondo contra la pared donde había colocado unas horas antes parte de la comida y bebidas. La mayoría de los recipientes ya estaban vacíos, por lo que me puse diligentemente a rellenarlos. Estaba dedicada a esa labor cuando al fin apareció Gabriela, cantando con una copa en la mano, caminando y a la vez bailando en dirección a mí. Me tomó de la mano y me dio una vuelta, dando por resultado que media bolsa de suflitos volaran por los aires como confeti.

—¡Meleee! ¡Mátala, Mele! —gritó Gabi, lo suficientemente fuerte para que escuchase a lo largo de toda la cuadra, colocando en mi mano la copa de vino que traía consigo. Las personas a nuestro alrededor se sumaron a la solicitud. Tomé la copa y la bebí de un tirón, apenas tres tragos grandes y quedó vacía. El líquido quemó mi garganta de manera inesperada, aquello que pensaba por su color era el vino blanco que solíamos compartir, era en realidad una copa de pisco solo. Una arcada casi me obliga a ocupar el recipiente como balde, pero pude recomponerme.

—¡¡¿Qué weá me diste?!

—Es para que te pongas al día conmigo —respondió Gabi, bailando a mi alrededor, atrayéndome hacia ella y abrazándome con entusiasmo—. ¡CARRETE GABRIELENA! —volvió a gritar con su vozarrón.

—Eres brillante —dije con una sonrisa de oreja a oreja. El pisco ya había comenzado a acalorarme el pecho, y las vueltas que me daba Gabriela fueron suficiente para disipar cualquier migaja de molestia con la que había llegado al salón—. Espérame para rellenar las papitas y el hielo —le pedí entre vuelta y vuelta.

—Relájate, Eli. Ya partió el carrete, ya está. Pásalo bien, si acá son todos grandes, si les da hambre podrán resolverlo solos.

—¿Y el baño? ¿Revisaste si había papel? —le pregunté, incapaz de soltar del todo nuestro deber de anfitrionas.

—Elena. Cállate y toma. Que meen en el patio, no será la primera vez —zanjó Gabriela, sirviéndome nuevamente pisco en la copa, pero con algo de Coca-Cola en un acto de misericordia—. Ya po, ¡ponle bueno! —decretó pasándome la piscola recién preparada.

En una situación ideal, el salón hubiese estado repleto de amigos y conocidos, sin embargo, ya que se nos ocurrió hacer la fiesta con tan poca anticipación, terminamos invitando a quien fuera que pudiese ir, alentándolos a invitar a quienes fueran. De todas formas, pude distinguir entre la gente a varios del club del vino, como informalmente le decíamos al grupo de parejitas con los que quedábamos de vez en cuando, a algunos amigos de amigos que

ubicaba al menos de rostro, y uno que otro total desconocido que hacía de la velada algo más interesante. Había uno en específico que llamó mi atención. Estaba en una esquina del salón, concentrado en el parlante que retumbaba con la letra de «Herida» de Supernova, viendo sus perillas y haciendo quién sabe qué con el teléfono que estaba enchufado a él.

La tentación era demasiada para no acercarme. No me considero una persona superficial, pero incluso de lejos, el que estaba webeando con la música se veía como el tipo de persona por la cual yo era particularmente débil. Calculaba que el pelo le debía llegar casi a los hombros, era difícil decirlo con certeza por la forma en la que lo tenía tomado en un moño a medio camino de convertirse en una cola de caballo. Podría haber recortado un poco su barba, pero me gustaban los lentes que tenía puestos, hexagonales y delgados como alambre. Cuando estuve lo suficientemente cerca de ellos, pude notar su color verde oscuro, y lo bien que contrastaban con su piel morena.

—Hola, ¿qué haces? —le pregunté, menos intrigada por lo que estaba haciendo realmente que por quién era él.

—Perdón, estaba ajustando el bajo, la dueña de casa me dio permiso —dijo él mostrándome el ecualizador en la pantalla del celular conectado al parlante.

—Yo soy la dueña de casa —respondí divertida.

—¿Pensé que era ella la que está ahí? Ella fue la que nos recibió, la del pelo clarito —dijo el desconocido, apuntando a Gabriela al otro lado del salón, quien junto a Ina intentaba balancear un vaso medio lleno sobre su cabeza sin dejar de bailar.

—Oh —no debería de haberme sorprendido, había llegado tarde a mi propia fiesta— Bueno, ella es Gabriela. Yo soy Elena, vivo con ella, lo que me hace la otra dueña de casa. La que quiere saber quién eres.

—Alonso. Soy primo de Francisco, el que se va a casar con Valentina.

—Hmmm, suena creíble —no había suficiente copete en este mundo que mejorase mis habilidades para coquetear, pero estaba dispuesta a morir en el intento— ¿Tienes alguna forma de demostrar esto o tengo que confiar en que no eres un colado que le gusta manosear parlantes ajenos?

—Podría ir a buscar a Francisco y que él te lo confirme. También podría ir a rellenar tu vaso y tú me podrías acompañar a fumarme algo al patio. Puedes interrogarme si es necesario —propuso Alonso, su voz grave, su rostro tranquilo, sus ojos brillando con un dejo de malicia.

Debería haberme hecho la difícil, pero no necesitaba ser persuadida. Lo seguí de inmediato hacia el bar, atenta a la forma en la que había llenado su vaso con hielo usando las manos, pero había

encontrado las tenazas al momento de rellenar el mío, eligiendo cuidadosamente cada cubito helado que tomaba con ellas. De lejos se veía más reservado, aunque no paraba de hablarme mientras preparaba los tragos. Era un ingeniero, trabajaba en tecnología y le gustaba la escalada. Llevaba casi tres años dejándose el pelo largo, ya no lo soportaba, pero había llegado demasiado lejos como para rendirse ahora. Nada de lo que decía sonaba como coqueteo, en teoría. En la práctica, la forma en la que me miraba era una pared contra la cual me quería apoyar con todo el cuerpo. Me moría de ganas de decirle que apretara con más fuerza mi muñeca, la cual había tomado con sus dedos ásperos para guiarme hacia el patio. Quizás estaba más borracha de lo que pensaba.

No estábamos del todo afuera cuando Alonso sacó de su bolsillo un pito y lo prendió sin preocuparse de mirar a su alrededor antes de hacerlo. Una vez en el patio, se devolvió para juntar el ventanal que nos separaba del resto de la fiesta, «para que no entre el olor», explicó. Era una terraza pequeña, con una banca de cemento que le daba la espalda al salón, rodeada de arbustos recién plantados que eventualmente crecerían lo suficiente como para poder evitar que se viese todo desde la calle. Menos mal a esa hora la probabilidad de un peatón chismoso era baja. En esa disonancia estaba atrapada. Era notable. Era tan amable que hubiese pensado que no estaba interesado en mí, pero su mano apoyada sobre mi rodilla me aseguraba lo contrario. Era una lástima. Sentía que podría hablar de cualquier cosa con Alonso y sería una conversación interesante, y en mejores condiciones hubiese sido capaz de darle mejores respuestas que las que podía hilar en ese momento. Podía sentir las yemas de sus dedos presionando ligeramente el costado de mi pierna, y las probabilidades de que mis neuronas conectaran disminuía con cada pequeño movimiento que hacía con sus dedos. Era macabro e irresistible con sus ojos enrojecidos y su sonrisa delatora. Podría vivir el resto de mi vida a la espera de sus dedos, los que me agarraban y los que rozaban brevemente los míos al pasarme el pito, eléctricos como si me estuviese haciendo puente.

No tengo ni idea de qué estábamos hablando a esas alturas, estaba demasiado concentrada en los labios de Alonso para calcular cuánto tiempo llevábamos afuera, pero fue suficiente para que Gabriela llegara como una tormenta tropical a interrumpirnos.

—Melita, te estaba buscando —dijo una Gabriela, un cigarro apagado colgando de sus dedos— Veo que estas bien acompañada —ronroneó.

—¿Melita? Me habías dicho que te llamabas Elena —dijo Alonso divertido

—Es de Melena. Elena-Melena. Es un apodo cariñoso que le

inventé hace tiempo. Tu ahora la ves más bien arreglada, pero espérate a verla en la mañana, es más pelo que persona. Me refiero a su cabeza, claro. Lo que pase en otras partes ya no es asunto mío—interrumpió Gabriela antes de que fuese capaz de responder por mi cuenta.

No sabía que odiaba más, ese apodo de mierda que jamás me gustó realmente o la facilidad con la que me sonrojaba. Iba todo tan bien hasta que llegó Gabriela. Tenía mejores chances allí en el patio, por mi cuenta, que con ella desayudándome con tantas ganas.

—¿Qué pasó Gabi? —atiné a preguntarle, Gabriela podía ser molestosa a veces, pero no era malintencionada.

—Lo primero que pasó es que no estaba mi mejor amiga bailando conmigo, y la echaba de menos. Lo segundo que pasó es que se acabó el hielo ¿nos queda más? —contestó batiendo sus pestañas como una doncella. Se giró hacía Alonso—. Oye, a ti te había saludado hace un rato, ¿no eres el que me pidió ajustar los parlantes?

—El mismo, ¿qué tal están sonando? —dijo Alonso.

—Suena riquísimo —dijo ella jugueteando con un mechón de su propio pelo —¿Me prestas el fuego? —agregó Gabriela apuntando al encendedor que Alonso había dejado en la banca a un costado de nosotros, junto a la otra mitad del pito que faltaba por fumar.

Alonso se lo pasó en silencio. Gabriela encendió lo que le quedaba de cigarro, lo chupó con fuerza y botó el humo con cuidado, evitando apenas por unos centímetros fumigarle la cara a Alonso. Apuntó al pito a medias.

—¿Me imagino que eso no es un tabaco? Qué maldadoso es tu nuevo amiguito, Mele, ¿tú fumaste? ¿Me convidas?

Alonso se lo acercó, y ella le pidió que él se lo prendiera. Obediente, prendió el pito y de su boca pasó a la de ella. Esta vez, el humo que echó Gabriela ni siquiera hizo el amago de evitar el rostro de él.

—Quien te viera y quien te ve, Melenita. Y no lo digo por tu sombra de ojos, que esa sí que se ve de lejos —rio Gabriela— Yo pensaba que te gustaban mucho más las mujeres que los hombres, pero mírate aquí en lo oscurito con un desconocido. Estaba comenzando a preguntarme a mí misma cuál era tu gusto, como nunca te he visto joteándote a alguien en vivo y en directo.

—Oh, ¿eres bi? —preguntó Alonso con cara de póker.

—Veamos — respondió Gabriela en mi lugar — ¿Me encuentras rica? No como amiga, como si no me conocieras – me increpó con una risilla inocente.

—Yo… No, no te veo así. No sé, Gabriela, no sé— atiné a decir.

—Yaaapo, ¿No me encuentras rica? — insistió ella, dando una vueltita frente a ambos, invitándonos a comprobarlo con nuestros

propios ojos.

—Debería quedar hielo arriba —interrumpí, incapaz de soportar. Por suerte tenía la llave del departamento en el bolsillo, debió haberse visto como que estaba jugando a la pesca milagrosa en el bolsillo de mi chaqueta, pero pude sacarla sin mucha elegancia y pasársela a Gabriela—. Toma, para que puedas ir a buscarlo.

—Ok. Voy yo entonces —dijo Gabriela como quien no quiere la cosa— Me la cuidas, ¿sí? —se dirigió hacia Alonso, devolviéndole el pito antes de volver por donde mismo había llegado.

Nos quedamos en silencio un rato, escuchando la música que se colaba por el ventanal que Gabriela había dejado abierto detrás de sí.

—Ahora conoces a las dos dueñas de casa, supongo —dije con timidez, el hechizo en el cual estábamos envueltos hace un rato había sido roto y no sabía cómo retomar donde habíamos quedado. Me sentía humillada, y cualquier tipo de valentía que me había poseído hasta hace poco, esa que me permitía creer que podía coquetear con alguien, se había esfumado por completo.

—Ajá… ¿puedo decirte algo?

—Depende de qué, supongo.

—Eso fue bizarro… ¿no se supone que tu amiga te debería tratar de hacer gancho? Se sintió como si estuviese haciendo lo opuesto. Te trata como si te detestara —debió de haber visto mi expresión alarmada, ya que de inmediato agregó— Pero qué se yo también, no las conozco— por poco no se puso a tartamudear. Había arrojado una granada y se había arrepentido de inmediato.

—No, no nos conoces. No tienes ni idea. Es como nos tratamos a veces, yo también la molesto a ella. Es nuestro humor —respondí a la defensiva. De haber sido cualquier otra persona, en cualquier otro momento, lo hubiese mandado a freír pepinos al cerro.

—Perdón. No debí haber dicho nada. No tengo ni idea —contestó. Sonaba sincero, y eso me bastaba para dejar atrás todo el intercambio que acababa de ocurrir. Nos quedamos unos segundos más en silencio, el hielo ya roto amenazaba con volver a levantarse como una pared entre nosotros.

—Suena bien. La música. Gracias —dije en un intento por retomar una conversación normal.

—Suena mejor adentro, ¿quieres bailar un rato? —dijo Alonso, sugiriendo de esa forma que mejor dejemos de intentarlo.

No era un gran bailarín, ni mucho menos lo era yo, pero se notaba que le gustaba y a mí me gustaba la forma en la que me tomaba por la cintura y me giraba hacia él. Me movía como si conociera mi cuerpo mejor que el suyo, haciéndome reír de la impresión con cada paso que guiaba los míos. Si no fuese porque éramos casi del mismo tamaño, feliz me hubiese subido sobre sus pies y colgado de su cuello para

cederle el baile por completo. Estaba tan cerca de él que podía sentir el aroma de su cuerpo y el dulce de su aliento. Él estaba tan cerca de mí, que podría haber visto cómo se me erizaban los pelos de la nuca.

—Ele —escuché a alguien gritar por sobre la música a mis espaldas.

Era Tamara, intentando llamar mi atención.

—Tamy, ¿qué pasó?

—La Gabi. Está en el baño, creo que se fue en pálida —me dijo Tamara al oído, no tenía por qué enterarse nadie más.

Me excusé como mejor pude, dejando a Alonso en la pista de baile por su cuenta, corriendo a auxiliar a Gabriela en el baño donde se había anidado. Debió haber sido la mezcla del alcohol con la marihuana. Se había ido en pálida de la misma forma en la que se había ido todo lo que había tragado aquella noche por el baño: de la nada, pero con escándalo. Su cuerpo estaba hecho de plomo, y su consciencia iba y venía como una ampolleta defectuosa, a ratos dejándose cuidar, a ratos negándose a colaborar con la causa. Con la ayuda de Tamara, eventualmente pudimos subirla al departamento, ponerle pijama y acostarla en su cama. Con la situación nuevamente bajo control, bajé pensando ilusamente que Alonso quizás me estaba esperando, pero ya era demasiado tarde. Todos se habían ido para sus casas, el salón estaba echo un asco, y yo recién me estaba dando cuenta de que en el apuro había dejado a Alonso sin antes haber intercambiado cualquier tipo de información relevante para poder volver a verlo. No había como contactarlo ni retomar nuestra conversación, o al menos no fácilmente. Bueno. Ya era tarde y el salón debía volver a su estado original si no queríamos ser multadas por la administración del edificio. Mañana sería un nuevo día para pasarse el rollo, si estaba de ánimos, quién sabe qué tan lejos podría llegar excavando arqueológicamente por perfiles en redes sociales hasta dar con Alonso. No supe si fue intencional, pero había dejado atrás la colita del pito sobre el parlante. Si esa era una señal, a mí me bastaba.

Al otro día nos lo fumamos con Gabriela, acostadas en su cama esperando a que llegaran las hamburguesas que habíamos pedido a domicilio, usando de cenicero la botella de bebida isotónica vacía que le había comprado en la mañana para ayudarla con la caña.

Capítulo 7

A medio metro de la puerta se escuchaba el sonido del televisor. Gabriela me había enviado un mensaje por la mañana avisando que aquel día trabajaría hasta mediodía, y que luego iría a almorzar a casa de su madre. La duración de sus almuerzos variaba demasiado como para estimar a qué hora estaría devuelta en casa, pero en esta ocasión particular había cruzado los dedos deseando que se demorara lo más posible. No había sido un buen día en el laboratorio y mi energía estaba baja, por no decir por el piso. Varios participantes no llegaron a las respectivas entrevistas acordadas, uno de los practicantes arruinó una base de datos que me tomó varias horas arreglar, costándome mi almuerzo, y para coronar la jornada de mierda, para cuando pude encontrar un momento para comer, las lentejas que preparé se habían volteado dentro de mi mochila. Lo único que quería era llegar a mi casa y darme una ducha innecesariamente larga. No tenía ganas de hablar con nadie, pero al otro lado de la puerta estaba Gabi, no tenía escapatoria. Suspiré como un perro viejo, metí la llave en la cerradura y la abrí de un tirón. A veces es más fácil así. Como cuando te tiras a una piscina que sabes que está helada, y lo último que piensas en ese microsegundo en el que estás suspendida en el aire es «ya fue», justo antes de tocar el agua.

El golpe no tardó en llegar.

Gabi estaba de piernas cruzadas en el centro del sillón, junto a contenedores de comida rápida vacíos y frente a un envase de bebida de tres litros a medio beber que decoraba la mesa de centro. Gabriela estaba hipnotizada por lo que se encontraba detrás de la pantalla de su celular, ignorando por completo tanto el televisor que rugía frente a ella, como y mi presencia en el departamento. No fue hasta que cerré la puerta que se percató de mi llegada.

—Hola, bebé —dijo haciendo una seña con su mano mientras se contorsionaba en busca del control remoto, en un intento por bajar el volumen de la tele.

—Hola, ¿cómo estuvo el almuerzo? —pregunté mientras vaciaba con cuidado el contenido de mi mochila en el lavaplatos de la cocina, evitando ensuciar aún más mis pertenencias con los restos del guiso

que no logre limpiar en el trabajo.

—UGH —resopló frustrada. Tenía clarísimo lo que eso significaba. Si bien la duración de los almuerzos en la casa de los Santelices eran variables, el resultado de ellos era bastante consistente. No importaba la ocasión, casi siempre que Gabriela almorzaba con su familia, de una forma u otra salía con una discusión a cuestas con al menos uno de ellos, si no con todos.

¿Cómo te vas a pelear siempre con ellos?

En este almuerzo en particular, dado que Jacinta parecía estar de buen humor, Gabriela pensó que podría ser una buena instancia para comentarle que estaba saliendo con alguien nuevo. Hace un tiempo había conocido a Samir en una aplicación, y aunque habían comenzado a salir hace poco, la notaba bastante entusiasmada con cómo iban las cosas con él.

—Vieja de mierda, no pudo estar ni siquiera medio segundo feliz por mí. Altiro me preguntó por su apellido, a qué colegio fue, en qué trabajaba, cómo se llamaban sus papás y a lo que ellos se dedicaban.

No era necesario que me lo dijese Gabriela; su madre estuvo bastante lejos de quedar impresionada con las credenciales de Samir como potencial pololo de su hija. Su apellido no poseía ni una doble erre, no fue a un colegio, sino que, a un liceo, trabajaba en recursos humanos y sus papás eran comerciantes. Si me lo hubiesen preguntado a mí, yo encontraba que era un buen cabro. Me gustaba la forma en la que hacía reír a Gabriela constantemente cuando me los topaba en la casa. Pero yo no estaba allí, estaba Jacinta, y lo que siguió fue un poco más de lo mismo de siempre: su madre sacándole en cara todos los sacrificios que había hecho por ella para darle una mejor vida, y cómo Gabriela era una malagradecida que se esforzaba por amargarle la vida saliendo con un don nadie. Gabriela como siempre gritaba y lloraba de vuelta, que a ella la retaba por todo siempre, que nunca la apoyaba ni estaba feliz por ella, y que nada de lo que ella hacía era suficiente para su madre, mientras que a Tomás le celebraba hasta los peos.

—Pico. No quiero hablar más de esto —sentenció Gabriela con un aleteo de su mano, aún visiblemente molesta por lo ocurrido—. ¿Quieres cahuinear en vez? Te tengo un chisme increíble. O sea, no es un chisme, es un hecho, pero altamente comentable —sus cejas alzadas, enfatizaban el calibre de la información que quería compartir —. Patearon a Valentina. Se cancela el matrimonio.

—¡¿Qué?! —escupí.

—Tal cual lo escuchaste. El flojo inoperante del Francisco la pateó —dijo entre macabras carcajadas.

—No puedo creerlo. Yo habría pensado que ella tomaría la decisión antes… ¿Sabes cuál fue la razón?

—Al parecer, el problema es que Valentina es increíblemente dependiente y él se sentía «sofocado». Le dijo que ya no quería ser su terapeuta personal y que estaba agotado de tener que subirle la autoestima constantemente y validar sus inseguridades.

Me quedé genuinamente sorprendida ante la noticia. Por un lado, no pude evitar pensar en Alonso. No supe más de él, ni tampoco pude encontrarlo en redes sociales, y me aferraba como último recurso a la esperanza de volver a verlo en el matrimonio de su primo. Por el otro, estaba sorprendida por lo que me contaba Gabriela sobre Valentina, y sentía lástima por ella. Había estado muchas veces en el mismo lugar que Valentina, pero no podía decir que éramos amigas ya que casi nunca hablábamos entre nosotras. No era algo que me tomaba a pecho, ella era el tipo de persona que cuando llegaba a un lugar no habituaba saludar a todos los presentes, ni uno a uno ni de manera generalizada. En vez, se acercaba directamente a sus personas predilectas y de inmediato se enfrascaba en una conversación de carácter privado, sea dándole la espalda al resto de los presentes o llevándose a la otra persona a otro lugar. Uno más íntimo. Si me hubiesen pedido mi impresión hasta entonces, para mí, Valentina era de esas personas a las que otros querían agradarle, y no viceversa. Jamás hubiese adivinado que su indiferencia escondía algo mucho más oscuro.

—Wow… ¿Y ella cómo está?

—Destrozada. Pero si quieres saber lo que yo opino, creo que está mucho más afectada por el hecho de que va a tener que cancelar su matrimonio que por la pérdida de Francisco. Es más, creo que si encontrara un nuevo novio antes de la boda, sería capaz de subirlo al altar como suplente con tal de seguir con la fiesta —dijo Gabriela con total seriedad—. De hecho, quizás deberíamos sacarla a carretear. Para que se distraiga, pase las penas, o encuentre un nuevo novio. Lo primero que ocurra.

—Qué horror. Bueno, invitemos a Valentina y a las chicas. Si sirve para subirle el ánimo, la verdad no nos cuesta nada —propuse, la ducha que tan urgentemente deseaba tendría que ajustarse a los nuevos planes de esa noche.

Todo el grupo de amigas fue citado, pero dada la falta de anticipación, fue un grupo más bien reducido (solo llegó el consejo de guerra). Las chicas aparecieron de a poco. Primero Pamela con Tamara, luego la Cata, y por último Valentina. Al ser la última, cuando le abrí la puerta más bien parecía una intervención que una junta espontánea para subirle el ánimo. Su mirada pasó por cada una de nosotras, y sin decir nada aún, se largó a llorar. Catalina atinó a levantarse y abrazarla, guiándola suavemente hacia la terraza donde nos habíamos instalado de momento. Sin rodeos, quien planeaba

caminar hacia un altar hasta hace tan solo un par de días se largó a contarnos cómo su relación se fue al carajo.

Había algo en la manera que Valentina contaba sus problemas de inseguridad que resonó profundamente en mí. La forma en la que ella hablaba de sí misma lo hacía sonar como si Francisco le hubiese estado haciendo un favor siendo su pareja, y ella, por su lado, estaba al tanto que el esfuerzo de quererla eventualmente se iba a agotar. La escuchamos atentamente, una que otra le regaló palabras de ánimo y, después de un tiempo prudente, Gabriela sugirió hacer una ronda de *shots* de tequila y jugar a algo que nos obligara a beber sin criterio, para así dar inicio a la única parte entretenida del despecho: el desenfreno. Pusimos música cebolla en un parlante e hicimos correr un tequila barato, cada una pegándole un trago directamente a la botella a falta de vasitos apropiados para la ocasión. No nos tomó mucho tiempo para que la mayoría de nosotras estuviésemos un poco borrachas. Valentina, quien gracias al alcohol pasó de la pena a la rabia, quería salir a dejar la cagada. Que Francisco se arrepienta hasta el fin de sus días por dejarla ir, que ella saldría a bailar y demostrarle que él es insignificante. Santiago era una ciudad llena de hombres que se morirían por una oportunidad con ella.

Envalentonadas por el alcohol, nos repartimos entre los dos baños para maquillarnos. Pamela, Tamara y Catalina se fueron al mío, ya que Gabriela me pidió ayuda con la sombra de ojos, por lo que me apretujé en su baño con ella y Valentina. No era que yo fuese una experta ni nada, pero últimamente había estado experimentando un poco con el maquillaje. No pintaba desde el colegio, pero desde que mi vida social se había expandido tenía más ocasiones que ameritaban maquillarse y comencé a practicar. Encontré un relajo similar entre el pincel sobre la tela y la brocha sobre la piel. En ese entonces todavía me gustaba maquillarme los párpados de colores intensos, y con el tiempo había mejorado considerablemente. Gabriela estaba sentada sobre el wáter, con sus ojos cerrados mientras difuminaba una base sobre sus párpados.

—¿De qué color lo quieres? Siento que te quedaría lindo el morado — le pregunté mostrándole la paleta de sombras.

—No, hazlo rosado. El morado es el rosado de las feas— dijo Gabriela manteniendo sus ojos cerrados, haciéndonos reír tanto a mí como Valentina.

—Qué mala eres— le dije mientras hundía mi brocha en la sombra color rosa.

—Puedo ser más mala, si quiero— contestó ella, abriendo los ojos de manera repentina y guiñándome uno, su lunar cruzándose como un relámpago frente a mí.

Valentina por mientras estaba sobre el lavamanos, inclinada sobre

él para poder ver mejor el delineador negro que arrastraba a lo largo de sus pestañas, mientras nos hacía reír a carcajadas.

—Me parece impresionante que puedas hablar al mismo tiempo que te delineas y no te queda chueco —le dije entre risas, dándolo todo por no sacudir mi brazo para no arruinar el trabajo ya realizado sobre Gabriela. Valentina nos estaba contando sobre cómo había subido una foto en ropa deportiva a su historia de Instagram apenas la patearon, y procedió a describir físicamente y leernos los mensajes de todos los hombres que habían caído en su anzuelo.

—Es práctica. Tú también maquillas bonito —dijo echándole un vistazo a la Gabi—, vuelvo altiro, voy a ir a servirme otro trago.

—Creo que es este es el récord de la mayor cantidad de tiempo que la Vale me ha hablado en los tres años que la conozco —dije con una risita, mientras que Vale ya estaba lo suficientemente lejos como para no escucharme.

—Mira, yo amo a la Vale, la amo, en serio. Pero solo nos está dando bola porque no vino la Ina —dijo Gabriela sin abrir los ojos. Era verdad que había una preferencia obvia por parte de Valentina hacia Ina. Si bien era convencionalmente menos atractiva que la Vale, Ina era de aquellas personas imposiblemente simpáticas cuyo magnetismo las hacía irresistibles para quien se les cruzara. Gracias a eso y al hecho de que participaba de un montón de actividades extraprogramáticas, era la persona con más amigos que he conocido en mi vida. Las veces que fui a uno de sus cumpleaños, estos solían ser eventos masivos, y por la forma en la que compartía con todos los invitados, podría jurar que era amiga cercana de cada una del centenar de personas que se encontraban allí. Hacía muchísimo sentido que fuese la persona preferida de Valentina, y el sujeto más frecuente de sus conversaciones privadas en habitaciones repletas de gente.

—¿Sabes qué es lo que me carga de la Vale? —continuó Gabriela —. Que es del tipo de personas que van donde calienta el sol. Detesto a la gente así…

No tuve tiempo para responder, cuando sentimos los pasos de Valentina acercándose de vuelta. Apenas entró, Gabriela le metió conversa sobre un conocido que tenían en común para pasar piola.

—Debo decir, me llama la atención lo unidas que son ustedes, como con el grupo de su colegio, no sé si se entiende— comenté en un esfuerzo por contribuir al cambio de tema.

—¿No eres cercana a tus amigos del colegio? — preguntó Valentina.

—Tengo algunos amigos que veo de vez en cuando, pero no sé, son más como amigos uno a uno. No tenía un grupo, así como el de ustedes. Como que yo flotaba por ahí. Creo que en realidad mantenía

amigos más que nada por supervivencia, en el sentido de que no me quedaba sin grupo en los proyectos y solían invitarme a uno que otro cumpleaños, pero no era particularmente cercana a nadie. Mentira, en realidad si tuve algunas amigas que consideré cercanas, pero supongo que no tanto como para que la amistad sobreviviese mucho tiempo después de salir del colegio— contesté con total honestidad, a veces cuando estaba nerviosa, me bajaba la diarrea verbal.

— ¿Qué pasó con ella? ¿Dejaron de hablarse no más? — preguntó esta vez Gabriela.

—Algo así. Cuando entramos a la universidad, a pesar de que estábamos las dos muy ocupadas, yo aún la invitaba seguido a hacer cosas con tal de vernos cada cierto tiempo. Lo intenté, pero llego un momento en el que me di cuenta de que ya se había excusado de verme por quinta vez consecutiva, y que mejor dejaba insistir. Así que le dejé de hablar. Y fue. No hay mala onda, eso sí. Ella aún me escribe a veces o me comenta alguna foto, pero nada más —dije mientras le daba los toques finales a Gabriela.

Seguimos un rato cotilleando en los baños, embetunándonos con lo que se nos cruzase, hasta que dio la hora para salir. Nos embutimos como pudimos las seis a un mismo taxi, prometiéndole al conductor una propina adicional si nos dejaba subir a todas juntas. La idea era entrar gratis a la disco seleccionada para aquella noche, y por poco no lo logramos, pero un primo de Pamela trabajaba en local y nos dejó saltar la fila.

La disco no estaba llena a esa hora, así que lo primero que hicimos fue dirigirnos a la barra por un trago, y luego nos movimos a la pista de baile donde hicimos un montoncito con nuestras chaquetas. Estábamos listas para soltarnos las trenzas y bailar alrededor de ese cerro de abrigos como brujas invocando a la lluvia. La música estaba prendida y de a poco comenzaban a pasar cada vez más personas por la pista; varios eran hombres que circulaban de a dos, como soldados haciendo guardia.

—Oye, ¿vámonos las dos juntas un poco más para allá? Nos va a ir mejor —escuché decir a Valentina a mi costado. Me giré para ver que se lo estaba diciendo a Gabriela, quien en respuesta asintió con su cabeza. Quizás no se había percatado de lo cerca que me encontraba, o quizás confió de más en la música ensordecedora, pero Gabriela se volteó hacia mí y me dijo que irían al baño y volverían.

Vi cómo se alejaron en dirección al baño, para luego reingresar a la pista por otro costado. Valentina tenía razón, ya que pasaron pocos segundos antes de que dos tipos las invitaran a bailar. Pasó el rato, seguí bailando, y me esforcé en dejar de mirar en su dirección, pero fui incapaz, quería ignorarlas y pasarlo bien con las chicas, pero con cada canción que pasaba, más me molestaba.

Me inundó una rabia inconmensurable.

«¿Cómo es posible que la Gabi, quien hace un par de horas había pelado con tantas ganas a Valentina, ahora me mienta para dejarme botada?», pensé.

Cuando decidimos irnos, tomamos en silencio el taxi de vuelta a nuestra casa. Preferí hacerme la dormida a la posibilidad de tener que escuchar a Gabriela intentar explicar por qué nos abandonó toda la noche hasta que le escribimos diciendo que nos íbamos. Apoyé mi frente contra el vidrio, concentrada en el frío contra mi piel y la vibración del auto que a ratos me sacudía un poco.

No es que a Gabriela no le guste la gente que va donde calienta el sol.

Lo que a ella no le gusta es no ser el sol.

Capítulo 8

Más de una vez nuestros amigos bromearon preguntándonos a Gabriela y a mi si ya habíamos tenido nuestra primera pelea marital. Ese momento llegó cuando llevábamos un poco más de medio año viviendo juntas.

Evitaba estar en el departamento cuando Gabriela invitaba a su familia. No era que esto ocurriese muy seguido, pero cuando pasaba prefería ahorrarme lo que seguramente sería un momento innecesariamente tenso. En ese entonces no tenía ni idea por qué aún Gabriela se sometía a esos juicios despiadados en ese comedor tan tenso, pero tan bien decorado. Pensaba que, al igual que como yo había hecho, una vez que hubiese escapado de allí, ella también se mantendría lo más alejada posible de su familia que tanto malestar decía que le hacían pasar. En mi caso, la comunicación que mantenía con mi padre era mínima. A mi madre no le hablaba hace años, ni tampoco tenía ella la posibilidad de contactarme, aunque quisiese. De Elisa sabía más por sus redes sociales que por lo que hablábamos entre nosotras.

En fin.

Ese día Gabriela me había encargado comprar unas cosas para la once que había planeado tenerle a su mamá. Para cuando llegué al departamento, su madre ya estaba allí, sentada en el comedor frente a una taza de café negro sin azúcar ni endulzante.

—Hola, Jacinta, ¿cómo estás? —saludé mientras vaciaba las bolsas sobre el mesón, su ceja se arqueó tan arriba sobre su frente que por poco no se le enreda con el resto de su pelo. La madre de Gabriela detestaba que la tuteara, y por mucho que Gabi me pidiese que me esforzara por tratarla de usted, era un gustito que me daba de vez en cuando.

—¡Ele! Gracias, te pasaste, ya te pago lo que te debo —dijo Gabriela, haciendo un amago de levantarse en busca de su billetera.

—No te preocupes, cuando puedas. Fueron $10.000 —la verdad es que me costó un poco más, pero de tanto que se quejaba Gabriela por su plata, yo ya había tomado la mala costumbre de redondearle su parte hacia abajo. No me costaba nada, en especial considerando que

el hospital donde ella trabajaba nuevamente se había atrasado con los sueldos del mes pasado de todos sus funcionarios. Casi todas sus colegas se apoyaban en los ingresos más holgados de sus maridos y, de cierta forma, sentía que, si podía, yo también la intentaría ayudar dentro de mis limitadas posibilidades.

—Págale de inmediato, Gabriela —dijo su madre sorbiendo el café.

—No es problema, en serio. Cuando tengas plata no más —dije mientras terminaba de vaciar las compras.

—¿Estás sin plata? ¿Y en qué te gastas todo tu sueldo, se puede saber? —dijo Jacinta, encarando a Gabriela al otro lado de la mesa, sus ojos se quedaron fijos en los de su hija, los cuales comenzaban a desorbitarse. El lunar de su córnea bailaba al ritmo del pánico.

—Nos subieron los gastos comunes, entre eso y el arriendo al menos a mí se me va la mayor parte del mío —dije con una risita forzada, en un intento de rescatar a mi amiga.

—Gabriela no paga el arriendo —dijo Jacinta tomando con cuidado su taza de café. Le dio un sorbo largo antes de volver a dejarla sobre su respectivo plato—. ¿No te lo dijo?

Me tomó un momento procesar sus palabras. Entendía lo que había salido de su boca, pero no estaba siendo capaz de comprender su significado. Confundida, me volteé hacia Gabriela, pero su mirada estaba fija en la alfombra.

Sin saber qué decir, me disculpé y me encerré en mi pieza. Aunque fue la excusa que utilicé, la verdad era que sí tenía muchísimo trabajo que me había llevado para la casa y en eso me distraje hasta que escuché la puerta cerrarse. Esperé atenta al sonido de los nudillos sobre mi puerta, pero estos jamás llegaron, así que fui yo quien salió a buscar explicaciones.

—¿Gabriela? —pregunté ante una habitación vacía, la puerta frente a la mía estaba cerrada, y tras ella, la cobarde de mi compañera de departamento.

—¿Eli? Pasa no más —estaba Gabi en su cama, tapada como una niña—. No te quería molestar… como estabas trabajando…

—Gabriela… ¿Qué mierda? —le dije cruzándome de brazos en el umbral de su habitación—. ¿Tus papás pagan tu parte del arriendo?

—Sí, o sea… sí… ¿qué te importa? —su voz pasó rápidamente de la ingenuidad a la defensiva.

—No es que me importe necesariamente, pero no entiendo por qué no me lo habías dicho.

—Yo no tengo por qué contarte y, aun así, obvio que no quería contarte, ¿no crees que me da vergüenza depender de mi mamá? —reclamó Gabriela.

Con que por eso ella le seguía bancando todo a su mamá, a pesar de todo. Debí haber sido más inteligente, era obvio que Jacinta no

hubiese dejado a Gabriela independizarse del todo. Esa era su condición. Si no fuese por el hecho de que me sentía profundamente traicionada y estafada por Gabriela, hubiese sentido lástima por ella.

—Gabriela, conchatumadre, ¡obvio que me importa! ¡Qué weá te pasa! ¡Yo pagando de más porque siempre te quejas de plata siendo que eres una mantenida! Te cagas siempre con todo, y yo como las estúpidas ayudándote porque pensaba que lo necesitabas.

—¡¿Y quién te lo pidió?! Cómo iba a saber yo que estabas cobrándome menos.

—¡Siempre lloriqueas que no tienes plata! ¡Obvio que quería ayudarte!

—Tampoco es como que tengo la vida resuelta. Mi mamá insistió en que ellos me ayudarían con el arriendo, de lo contrario no podría ahorrar nada, mucho menos pagar la bencina que gasto para ir al hospital, ni hablar del estacionamiento… Además, no tienes ni idea lo mucho que me lo saca en cara, me hace cagar —dijo Gabriela, con un tono de voz cargado de una lástima que se sentía como ácido sobre mi piel.

—¡Ya basta con tu mamá! ¡Cómo es posible que siempre todo es culpa de ella! Corta tu puto cordón umbilical, Gabriela. ¿Es por eso que dejas que me trate como la mierda? Me desvivo intentando cuidarte, y tú no te atreves a defenderme para que no dejen de darte tu mesada. Estoy harta de tener que lidiar con tu vieja, no es normal lo metida que está en tu vida y en la mía. Pensé que te viniste a vivir conmigo para poder al fin establecer distancia con ella y resulta que no estás ni ahí. Créeme que yo no hubiese dejado mi departamento si hubiese sabido que así serían las cosas.

—Nadie te obligó a nada. Te recuerdo que tú quisiste vivir conmigo también. Además, qué te metes en la relación que tengo con mi mamá. Patuda, ¿qué mierda sabes tú? Al menos la mía me quiere lo suficiente como para estar aquí, aunque sea para wevearme. Lávate el hocico y anda a ver dónde está la tuya antes de hablar de la mía —me dio un golpe bajísimo.

—Ándate a la mierda —le di un portazo a su pieza, luego me desquité con la mía, retumbando las paredes y botando uno de los cuadros que colgaban en la sala de estar.

Después de eso nos evitamos durante días. No salía de mi pieza si la sentía en la cocina y era cada vez más común escuchar su puerta cerrarse apenas mi llave hacía contacto con el cerrojo de la entrada.

—Wow. Qué feo —fue todo lo que pudo aportar Carlos después de contarle en el trabajo lo ocurrido—. Pero ¿puedo decirte algo?

—No si no vas a decirme algo bonito —dije irritada.

Se aclaró la garganta.

—Te lo digo igual porque te quiero: tú también a veces te pasas de

huevona. No tienes por qué estar cobrándole menos a las personas si a ti tampoco te sobra. Siempre has sido así, le andas regalando tu almuerzo a quien tiene ganas de comer, aunque te estés muriendo de hambre. Tienes que ser más viva.

—Yo… sí sé. Pero es la Gabi. Hubiese hecho lo mismo por ti, me preocupo de las personas a las que quiero, Carlos.

—Una cosa es querer y otra cosa es dejar que se aprovechen de ti. Yo no lo haría.

«La gente que te quiere no se aprovecha de ti», pensé, pero no era algo que estaba dispuesta a aceptar como una realidad entre nosotras. Sabía que Gabriela no era una persona que lidiaba muy bien con el conflicto, y yo elegía asumir lo mejor, sin embargo, era difícil hacerlo después de aquella discusión. Nunca nos habíamos tratado de esa forma. Tampoco habíamos pasado tantos días sin hablarnos.

Fue ese mismo día que volví del trabajo y me encontré a Gabriela sorpresivamente sentada en la salita, como si hubiese estado esperando mi llegada. Su cara estaba hinchada al igual que sus ojos, frente a ella una botella de vino vacía y un cenicero colmado de colillas. La casa olía a llanto y a cigarro.

Alarmada, tiré mis cosas y me dirigí hacia ella.

—¿Qué pasó? —dije tomándole la mano como de costumbre. Como si no hubiese pasado nada entre nosotras.

Esa era mi especialidad.

—Me pateó. El hijo de puta me pateó —respondió, estallando en llanto a la vez que me rodeaba con sus brazos. En ese momento ella me necesitaba, y mi orgullo era secundario al cariño que le tenía.

Sentirse necesitada a veces se acerca lo suficiente a sentirse querida.

Esa tarde la consolé, y al otro día, todo volvió a la normalidad. Nuestros trabajos seguían como siempre, nos juntábamos con los amigos de siempre cuando el tiempo nos lo permitía. Todo siguió tal como siempre, y ninguna de las dos volvió a mencionar la pelea después. No quería perturbar a Gabriela, quien se había tomado muy mal el término con Samir, a pesar de lo corto e informal que había sido su romance.

—Dijo que no era feliz conmigo —fue la explicación que le dio— que yo no le daba espacio para ser feliz.

—Qué intenso… Filo, Gabi, era un imbécil —le dije en un intento por consolarla. Pero algo no me calzaba del todo. Preferí no presionarla más ni insistir en el tema, no era mi lugar indagar. Samir me importaba poco y nada, pero me había caído bien. Su partida era lamentable, pero irreversible. Una vez que Gabriela expulsaba a alguien de su vida, hasta donde yo sabía, se mantenían exiliados de manera permanente. Boca arriba sobre mi cama, tomé mi celular de

aproveché para eliminarlo de todas mis redes sociales.

«Que te vaya bien, Samir. Hasta nunca», pensé.

Capítulo 9

A fines de junio la universidad se transformaba en un pueblo fantasma. A excepción de uno que otro estudiante, la mayoría había terminado el semestre académico y en el campus solo quedábamos los funcionarios. En un día cualquiera, el camino que recorría entre la entrada de la universidad y el laboratorio de ciencia social era uno ajetreado, donde la atención debía estar puesta en esquivar estudiantes. Durante las vacaciones de invierno, ese camino abandonaba su cotidianidad y se convertía en uno de los momentos más disfrutables de mi jornada laboral. Una alameda de adoquines oscuros cruzaba la mayor parte del campus, a sus costados, un ejército de liquidámbares en formación resguardaba las poquísimas personas que aún deambulaban por la universidad. Ese año el frío había llegado más tarde de lo habitual, por lo que los árboles aún estaban en proceso de dejar caer su pelaje color ámbar como una manta de fuego que envolvía con ternura todo a su paso. Días como aquel eran los mejores del año, esos que daban ganas de romantizar aún más, con un café, por ejemplo.

Los laboratorios se encontraban en una sección apartada de las aulas de clases, para los cuales se necesitaban al menos dos tarjetas de contacto distintas para acceder a ellos. Era una medida de seguridad que me parecía un poco exagerada, dado que lo único realmente valioso que se resguardaba allí era de carácter académico. Sospechaba que era una medida más bien excéntrica, de esas que a veces se tomaban para hacer a los profesores de planta sentirse aún más importantes, como las deidades que algunos de ellos genuinamente pensaban que eran. Al otro lado de esas puertas, lo único que te esperaba era un pasillo con más puertas que también estaban cerradas, y lo único que tenían para ofrecer, eran los chistes aburridísimos que los asistentes les gustaba pegar en sus vidrios. Fue intentando abrir la segunda puerta de acceso que mis manos me jugaron una mala pasada, derramando el café sobre mí, cambiando por completo el color del suéter gris que llevaba puesto.

—Muy elegante, Ele —dijo Carlos cuando entré a la oficina que todavía compartíamos—. ¿Estás bien?

—Sí, al menos no me quemé, pero mira cómo quedé —lloriqueé con exageración—, así no se puede trabajar… ¿qué pensarán de mí las bases de datos que tengo que limpiar?

—Estoy agradecido de que seas la única persona que veo en el día. Los alumnos son cada vez más brutales y no sé si estoy hecho para la docencia. Prefiero quedarme encerrado a tener que lidiar con ellos. ¿Te conté que el semestre pasado tenía una alumna en las ayudantías que constantemente me trataba de sacar fotos? Creía que escondiendo su celular en el estuche pasaría piola.

—¿Para qué te sacaba fotos? ¿Te habrá encontrado guapo? —le pregunté con una dulce sonrisa.

—No. No sé. Pero me tenía muy nervioso. Me imagino que era para reírse o algo. Filo. Que las vacaciones sean eternas y que el próximo semestre sea uno lleno de alumnos amables.

—Amén —contesté instalándome en mi puesto de trabajo, sacando las servilletas que guardaba en el cajón de mi escritorio para este tipo de situaciones (que eran más comunes de lo que me gustaría confesar). Intenté secarme lo más posible, pero no había nada que hacer con el medallón color marrón que marcaba mi pecho como una herida de bala.

Giré un par de veces en mi silla, a la espera de que se encendiese mi computador y así dar inicio formal a aquella jornada laboral. La primera notificación que apareció en la pantalla era una del doctor González: detuve en seco mis vueltas ociosas.

Importante: Elena, ven a mi oficina en
cuanto veas este correo,

Atentamente.
Dr. R. González
PhD, MSc, PsyD, Mstat

—Carlos, ven a ver esto —la sangre se me había helado, mi corazón comenzó a convulsionar bajo la mancha de café, mis pensamientos catastróficos armaron un temporal a partir de una gota de agua.

—Medio saco de wea poner todas sus calificaciones en un correo así de corto, ¿no crees? —dijo en un intento por calmarme, una broma añeja que solía hacer siempre que los académicos de más alto rango hacían alarde de sus credenciales—. ¿Sabes de que se trata, Ele?

Me quedé en blanco un rato.

—No. No se me ocurre absolutamente nada. No estoy atrasada con ninguna pega. Ningún alumno tuvo quejas sobre sus notas finales ni nada… ¿Me irán a echar?

—Imposible. Podría ser cualquier cosa, ser excepto eso. González sabe lo esforzada que eres, además tu proyecto de investigación está siendo muy bien recibido entre los evaluadores de los fondos de investigación. ¿Quizás se trata de eso?

—No sería urgente si se tratase de eso —ambos nos quedamos en silencio un par de segundos. Miré hacia abajo y evalué qué tan indecente estaba mi chaleco. Bajo el suéter llevaba puesta una camiseta con dibujos de ranitas. Cuando me la puse en la mañana, lo hice asumiendo que con el frío que hacía no había forma de que alguien llegase a verla. Me giré hacia Carlos y me levanté el suéter—. Con qué crees que es menos probable que me despidan, ¿ranitas o café?

—Café. Te verías patética ordenando todas tus cosas cubierta de ranas —dijo Carlos con total seriedad—. Pero no te van a echar —agregó.

Me hundí en mi silla de un suspiro, inclinando mi cabeza hacia el cielo, a ver si los tubos fosforescentes que colgaban de allí pudieran darme algo de información que me preparase para lo que sea que se escondía detrás de ese mensaje tan críptico. No vi nada que justificara retrasar lo inevitable, golpeando mis palmas contra mis rodillas, me levanté de una vez y me dirigí hacia la oficina de González. El camino era corto, pero suficiente para alcanzar a enviarle un pantallazo y un mensaje a Gabriela al respecto. Estaba nerviosa y quizá alcanzaría a recibir alguna palabra de aliento de su parte, pero para cuando se envió la foto, ya me encontraba en destino.

Golpeé la puerta con timidez.

—Adelante, por favor —indicó la potente voz tras la puerta de vidrio empañado que me separaba de quién sabe qué horror.

Las paredes de la oficina de González ostentaban libreros que llegaban hasta el techo, las repisas estaban saturadas a más no poder, no cabía ni una hoja entre la impresionante colección del director del laboratorio. Su escritorio era imponente, de roble oscuro y lo suficientemente ancho como para poder recostarse cómodamente sobre él. Cuando entré, el académico se encontraba dándole la espalda a la puerta de entrada, concentrado en la pantalla de su computador, leyendo con detención un correo que desde donde estaba parada se notaba era bastante largo.

—Elena, qué bueno —dijo girando el trono de cuero negro sobre el cual se encontraba—. ¿Qué te pasó? —dijo apuntando a mi chaleco.

—Café — contesté sin rodeos.

—¿Tienes más? —me preguntó, enlazando los dedos de sus manos y apoyando su mentón sobre ellas, mirándome con cuidado.

—¿Más qué? —respondí confundida.

—Digo… ¿tienes otro? Otro suéter, idealmente libre de manchas —dijo, esta vez con un brillo travieso en sus ojos—. Vas a necesitar varios para tu viaje.

—Profesor, disculpe, no tengo ni idea de qué me está hablando.

—Tu viaje a Escocia —rio—. Te voy a mandar a Escocia el

próximo semestre, Elena —dijo con calma. Y procedió a explicarme como Belén, una de las investigadoras más *senior* de su equipo, a quien originalmente enviaría en un intercambio académico a la Universidad de Edimburgo, había tenido una urgencia familiar que la obligó a darse de baja de ese viaje. En su reemplazo, el doctor González quería enviarme a mí donde un importantísimo colega suyo en Escocia, quién estaba llevando a cabo un curso acotado para alumnos de posgrado. Eran tan solo tres meses, pero eran del tipo de oportunidades académicas fundamentales para avanzar una carrera en términos de experiencia y redes de contacto.

—Doctor González, perdón, ¿está seguro de que no se está equivocando de persona?

—Lamentablemente Belén tuvo ciertas complicaciones familiares que no le permitirán irse por tanto tiempo, y creo que tú eres la mejor candidata para reemplazarla. Tu propuesta de investigación es interesante, y creo que te beneficiarías muchísimo de trabajar, aunque sean unos meses con el doctor Kerr. La universidad cubrirá la mayor parte de tu estadía, no va a ser nada lujoso, pero no tendrás que preocuparte de lo monetario. La decisión de ir es tuya, pero mi recomendación es que lo hagas, esta no es una oportunidad que suele volver a repetirse.

Me pregunto si me habré quedado muda o sentada siete horas frente a él sin respirar.

—Perdón, dejé de escuchar después de que mencionó al doctor Kerr. Sí. Sí a todo. ¡Por supuesto que quiero ir! —respondí extasiada. Estaba más que familiarizada con el trabajo de Duncan Kerr, una eminencia en el estudio de las relaciones interpersonales modernas entre adultos. Kerr era básicamente una estrella de rock dentro de las ciencias sociales, dejar pasar una posibilidad como aquella era impensable.

¡IMPENSABLE!

—Bien. Ese es el entusiasmo que esperaba. Mi secretaria te mantendrá informada de los próximos pasos, te necesito allá al inicio del próximo semestre.

No podía creer que esto me estaba pasando a mí.

Apenas registré el trayecto de vuelta a mi puesto después de esa reunión. No fue hasta que pude contarle a Carlos lo que González me había dicho, que comencé procesar que todo esto de verdad me estaba sucediendo a mí. Después de darle las noticias, Carlos saltó y chilló como si su equipo de fútbol favorito hubiese ganado un campeonato, y su alegría terminó por contagiarme. Saltamos agarrados de las manos como niños, riendo a carcajadas y haciendo ademanes de abrir botellas de champaña invisibles.

—¡Esto hay que celebrarlo, Elena! —dijo eufórico.

—Espérame que le cuente al resto —respondí con una sonrisa de oreja a oreja. A toda velocidad redacté un pequeño mensaje que le fui enviando a mis cercanos. Busqué el chat de Gabriela, quien aún no había contestado mis últimos mensajes, aquellos que le envié durante el espiral de catástrofe que afortunadamente resultó ser lo contrario. Debe estar en una urgencia, pensé, y decidí que quizá sería mejor contárselo en persona. Si Carlos había reaccionado con tanto entusiasmo, imaginaba que Gabriela lo superaría con creces.

El viaje de vuelta al departamento me lo pasé buscando todo lo que pudiese respecto a Edimburgo y la universidad que se convertiría en mi residencia temporal en apenas un mes y medio más. Lo primero que anoté fue empacar una buena cantidad de ropa abrigada, aunque en ese momento era verano en Escocia, por lo que me contó el Dr. González, sus veranos no eran más cálidos que nuestras primaveras, sus primaveras eran como nuestros otoños, y el frío de Escocia no se parecía en nada a los que yo conocía en Santiago. Serían dos inviernos consecutivos, y a mí el invierno me fascina. No fue hasta que me bajé del metro que me di cuenta de que me comenzaban a doler las mejillas de tanto sonreír. Podría haberme puesto a bailar en la calle hasta llegar al edificio. Saludé con tanto entusiasmo al conserje de turno, que me preguntó si acaso me había ganado plata en un raspe.

Dentro del departamento no fue necesario buscar a Gabriela. Cuando abrí la puerta se encontraba recostada sobre el sillón de la salita, sosteniendo una taza de té con una mano y su teléfono con la otra. La televisión estaba encendida, pero su atención había sido secuestrada por la pantalla del celular. Al verme hizo un gesto con la taza, a modo de saludo.

—¡GABIII! —chillé, ignorando por completo la falta de entusiasmo en su bienvenida, tirando mi bolso y abalanzándome sobre ella como una niña jugando al montoncito.

—¡Cuidado! ¡Mi té, me voy a quemar! —dijo molesta, dejando la taza sobre la mesa de centro a la vez que se retorcía para escapar de aquel intrusivo abrazo de oso.

—¿Viste el mensaje que te mandé? —pregunté emocionada—. ¿Lo viste? —dije apuntando hacia el teléfono.

—Sí, perdón, no te contesté. Es que tuve un día de mierda hoy día, Mele. No tienes ni idea —dijo Gabriela, acomodándose hasta quedar sentada a mi costado—. ¿Qué pasó al final? —preguntó sin ganas, por cumplir.

—No, eh… pensé que me iban a echar, pero en realidad me ofrecieron una pasantía… en Escocia —esperé un par de segundos a la reacción de Gabriela, quien movía con flojera su dedo sobre la pantalla del celular—. Son tres meses, y tengo que estar allá para inicios de agosto —continué, a falta de una audiencia participativa.

—¿Qué hacemos con el arriendo? —fue lo primero que preguntó.

—Nada, sigue igual. Ellos cubrirán mis gastos allá, yo seguiré pagando mi parte, son solo tres meses y vuelvo.

—Ya, súper —dijo Gabriela, tomando su taza de té, suspirando profundamente antes de darle un largo sorbo.

—Gabi… Estoy muy feliz por esta pasantía. Es megaimportante para mi carrera. Tú sabes que va a ser la primera vez que viaje fuera del país —dije en un tono lastimoso, dolida por la falta de entusiasmo de mi mejor amiga ante lo que había sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

Gabriela se giró hacia mí, con los ojos cargados de lágrimas.

—Perdón, Meli, de verdad. Estoy feliz por ti. Demasiado, pero no me siento muy bien ahora. Apenas me sienta mejor te juro que te demostraré lo feliz que estoy por ti —dijo tomándome una de mis manos entre las suyas.

—¿Qué pasó? —le pregunté preocupada ante su rostro cuya expresión de tensa calma parecía cubierta por un velo de problemas.

—No, no, no quiero hablar de eso ahora. No quiero robar la atención a tus buenas noticias —contestó, soltándome para espantar moscas invisibles con una de sus manos, aleteando mi pregunta como quien intenta disipar el humo de un cigarro.

—Gabi, por favor, cuéntame qué pasó. Da lo mismo, Escocia seguirá siendo Escocia mañana. Cuéntame —insistí. Sí, quería hablar de Escocia. Quería enseñarle las fotos y los videos que había recolectado en el camino a la casa. Quería que jugáramos a elegir la ropa que llevaría en el viaje. Quería salir a celebrar, pero no así. No hubiese podido estar contenta, ni mucho menos pasarlo bien, si Gabriela lo estaba pasando tan mal. No podía ni tampoco hubiese querido ignorar su desdicha, mientras que la felicidad siempre se puede postergar para más adelante. Pronto tendríamos el tiempo para ambas estar felices por mí.

Capítulo 10

Nunca me ha gustado celebrar mis cumpleaños por temor a no importarle a alguien lo suficiente como para asistir, pero mirando a todos mis amigos dispersos en el generoso patio de la casa de los suegros de Carlos —más conocidos como los padres de Pamela—, me hizo reconsiderarlo. Aprovechando que les habían encargado cuidar esa casa aquel fin de semana, Carlos y Pamela se tomaron la atribución de sorprenderme con una celebración, y a la vez despedida, la semana antes de partir a Edimburgo. Hicieron un trabajo excelente, siendo incluso capaces de invitar a mis amigos más antiguos sin conocerlos personalmente, ni dándome yo por enterada hasta el momento que los vi a todos reunidos. Verlos allí, a todos juntos, daba para creer que mi vida se estaba convirtiendo en una película, o al menos yo comenzaba a sentirme, al fin, como la protagonista de ella.

—¿Ya tienes todo listo, reina de Escocia? —preguntó Tamara, estirándose para echarle más hielo a mi vaso. «Ni cerca», le contesté, agradeciéndole la atención. Un grupo de chicas nos reunimos espontáneamente alrededor de la mesa a la que le habíamos asignado el rol de bar. Desde allí conversábamos con distensión, observando desde lejos al grupo de novios y amigos que habían armado una pichanga (sí, todo muy estereotípico, pero a veces así funciona la vida). A falta de arcos, decidieron hacer torres con latas vacías de cerveza, botándolas constantemente, por lo que pasaban más tiempo volviendo a armarlos que pateando la pelota. Era realmente divertido verlo, tanto así que incluso aquellos que no eran aficionados al fútbol estaban atentos a los costados, apilando cervezas e inventando reglas para optimizar el juego, con esa camaradería innata que suelen tener los hombres cuando juegan como niños.

—Deberíamos hacer un brindis por la Melena —propuso Gabriela, alzando su copa hacia el centro de la mesa—. ¡Por la mejor suplente del mundo!

Alcé mi copa y le regalé una sonrisa tensa, cansada de esa bromita que tanto le gustaba hacer cada vez que salía el tema de mi pasantía a colación. Me daba la impresión de que quería que me largase lo antes posible, no por mí, pero porque la notaba cada vez más aburrida con

el «temita» del viaje. En parte la entendía. En un principio evité hablarle del tema, a Gabriela le había gritoneado su jefe directo el mismo día que recibí las noticias, al punto de amenazarla con despedirla, por lo que me parecía insensible enrostrarle mi felicidad. Pero con el pasar de los días era lo único de lo que yo quería hablar, y de lo que siempre preguntaban nuestros amigos y conocidos. Incluso Jacinta me escribió para felicitarme.

—Qué te haces la muy muy, Gabi, si al final tú vas a ser la que más va a echar de menos a Ele mientras no esté. Te apuesto que a la semana estarás cotizando pasajes para ir a verla, no hay chance de que ustedes dos aguanten tres meses separadas —dijo Pamela mientras hacía como que le daba un codazo con teatralidad—. Una de las dos va a terminar como Britney Spears en 2007, y dudo que Elena sea la primera en agarrar la afeitadora.

Aunque ambas nos reímos ante la broma de mal gusto, pensé de manera sincera que un poco de distancia nos haría bien a ambas. Sentía que cada día me costaba más llevar una buena convivencia con Gabriela, me exasperaba, me irritaba. Nada había cambiado realmente, pero me descubría a mí misma enojándome sola por cosas que antes no me importaban en lo absoluto, como el tacho de basura. El conducto de basura se encontraba justo al costado de la puerta de nuestro departamento, por lo que botarla era un esfuerzo mínimo; solía hacerlo por las mañanas antes de ir al trabajo, yo misma me adjudiqué esa tarea. Pero ahora, cada vez que veía a Gabriela apilar la basura en el tacho, en especial cuando la empujaba en un intento por compactarla para hacer espacio en lugar de cambiar la bolsa, me daban ganas de gritar.

—Hablando de amigos, hay varios acá que tenías escondidos, Ele —dijo Valentina, su mirada gatuna recorrió descaradamente los torsos desnudos de los aficionados al fútbol que se habían acalorado durante el partido. Fuera del grupo consolidado de las del colegio de monjas y sus novios, del cual yo me había convertido en un apéndice, el resto de mis amigos más bien eran peninsulares: una colección de individuos de distintos lugares, algunos que aún mantenía de mi época escolar, varios que conocí en clases gracias a trabajos universitarios, uno que otro excompañero de trabajo que habían desistido de la academia y habían pasado a mejor vida laboral.

—Exigimos que nos digas altiro cuáles están solteros —dijo Gabriela, tomando a Valentina por el brazo, sumándose a la evaluación física que se estaba llevando a cabo a vista y paciencia de todos los que estábamos allí.

—Yo quiero saber a cuáles ya te agarraste, porque, si fuesen amigos míos, yo no dejaría títere con cabeza —dijo Pamela, tomándome por los hombros obligándome a girar hacia el patio—.

Mira, yo los voy apuntando y tú me dices sí o no —dijo entre risas.

—Te ahorro el juego, es un no a todos —dije, mi cara se parecía más a un tomate que a un rostro humano—. En serio, nada. A las únicas personas que me he agarrado aquí es a la mayoría de ustedes —esto último nos hizo estallar brevemente en risa, recordando lo besuconas que varias se ponían cuando se emborrachaban.

—¿Ni uno que te haya gustado al menos? —insistió Pame—. ¿Ni siquiera ese de ahí, el de los tatuajes? —dijo, apuntando a Rodrigo con la clarividencia de una bruja. Rodrigo, el de las clases de filosofía. Rodrigo del que había estado enamorada un semestre completo. Era un poco más alto que el promedio, su pelo de un negro imposible combinaba de una manera exquisita con los dibujos de tinta que cubrían sus brazos. Había dejado atrás el mohicano y la barba escuálida que tanto se había esforzado por desarrollar en su época estudiantil, y si no fuese por la permanencia de sus tatuajes, hoy hubiese sido fácil confundirlo con un oficinista más.

—Nooo. Ok, quizás sí me gustó un poquito cuando recién nos conocimos, pero tenía una polola de hace años en ese entonces que le duró por varios más, así que tampoco era como que tuviera alguna posibilidad —dije intentando disimular mi risa nerviosa por una de complicidad. La verdad era que durante todo el semestre que tuvimos clases juntos había estado perdidamente enamorada de Rodrigo, pero jamás me hubiese atrevido a hacer algo al respecto. Con el paso del tiempo, mis afectos se disolvieron y dieron paso a una amistad genuina. En retrospectiva, estaba agradecida, Rodrigo era un muy buen amigo, de aquellos que no importaba si no veías en un tiempo, ya que cuando se daba la oportunidad podías retomar tal cual como si se hubiesen visto el día anterior. Tenía esa cualidad de ancla, cuando nos veíamos, me sentía a mí misma volver a mi centro, era como una habilidad invisible que servía para recordarme quien soy. Con él me sentía como una de las versiones más genuinas de mí misma. Dicho eso, y por muy amigos que éramos, mentiría si dijese que Rodrigo no me hacía cuestionarme la necesidad de nuestra amistad a ratos, en especial, en los breves momentos en los que él se encontraba soltero.

—¿Y ahora? ¿Existe polola? —preguntó Valentina.

—No, no que yo sepa —dije en mi mayor esfuerzo por sonar desinteresada.

Por suerte, el partido había finalizado, obligándonos a cambiar de tema a medida que los chicos se acercaban a prepararse algo para beber. Quedaba poco hielo, por lo que acompañé a Carlos a la cocina de sus suegros para ayudarle a rellenar la cubeta, aprovechando de volver a agradecerle en privado por todo lo que había hecho junto a Pamela por mí aquel día.

—Te lo mereces, Ele, ¡esto había que celebrarlo! Es tremendo, vas

a poder colaborar en una investigación internacional, con esos créditos de publicación podrás al fin intentar doctorarte también. Quién sabe, si te va bien, incluso podrías conseguirte al mismísimo Duncan Kerr como supervisor de tesis y hacerlo allá.

—Esperemos a que esté allá primero, ni siquiera sé si me va a gustar Escocia.

—Elena, ¿me vas a decir que no lo has considerado? Tú sabes que es una posibilidad real. Es básicamente toda la razón por la que decidimos trabajar para González, sus contactos académicos y su fama por catapultar a aquellos asistentes que persisten lo suficiente como para aprovechar una posibilidad así.

—Sí… sí… pero…

—Pero ¿qué, Elena? Me extraña muchísimo que ahora dudes. No me digas que prefieres pasarte el resto de tu vida corrigiendo pruebas y haciendo el trabajo de mierda que los profesores de planta les gustan delegar a sus suches. ¿Prefieres seguir como estás a seguir avanzando?

—No, no es eso, pero tengo miedo. Siento que, si me voy, nada va a estar en su lugar cuando vuelva. Me emociona muchísimo lo nuevo que se viene, pero tengo la sensación de que comenzar una vida nueva allá hará que la vida que he construido acá desaparezca. Por primera vez me siento feliz con como estoy. Me gusta vivir con la Gabi, me gusta mucho el grupo de amigos que tenemos, y allá estaré sola. No quiero estar sola —dije en un arrebato de sinceridad.

—Qué manera de hablar estupideces —escuche una voz decir detrás de mí. Era Rodrigo, quien había escuchado la mayor parte de mi confesión apoyado en el marco de la puerta de la cocina—. Siempre tirándote para abajo, Ele. ¿O no, Carlos? —dijo apuntándolo con el mentón, a lo que Carlos respondió asintiendo.

—Traidor —le dije a Carlos, tomando uno de los hielos y tirándoselo por sobre la cabeza.

Fingiendo como si yo no estuviera presente, Rodrigo acomodó uno de sus brazos sobre los hombros de Carlos.

—¿Has notado cómo la Ele habla de sí misma como si fuese una persona difícil de querer?

—Desde que la conozco, lo cual me parece ofensivo, porque ¿qué dice eso de nosotros que la queremos hace tantos años? —le dijo Carlos acercando su cabeza a la suya, ambos me miraban como si en lugar de una cocina se tratase de un quirófano, conmigo desnuda sobre la camilla.

—Yo creo que nosotros no contamos para la Ele —agregó Rodrigo, arrastrando su índice desde la comisura de su ojo derecho en dirección a su mentón.

—¡No! Cómo se les ocurre. No digan eso jamás —dije abrazándolos

a ambos.

—No, pero es verdad, Ele. Tienes una manía por actuar como si tus amigos te estuviésemos haciendo un favor hablándote, cuando no podría estar más alejado de la realidad —dijo Carlos—. Llegaron todas las personas que invité, estaban todos emocionados por verte y celebrarte.

—Nunca había conocido a alguien que pensase tanto en los demás pero tan poco de sí misma —agregó Rodrigo.

—Una clase de filosofía y mira cómo quedaste. Podrías vender agendas con frases motivacionales —utilicé el sarcasmo de escudo—. ¿Podemos dejar la psicología barata y volver con el resto? Hace rato que están esperando el hielo —agregué intentando escapar como sea de aquella conversación cuyo rumbo no deseaba averiguar por lo pronto—. La audacia, ¡ustedes apenas se conocen! —dije tomando la cubeta y saliendo ágil hacia el patio.

—¡Pero te conocemos a ti! —gritó Carlos a mis espaldas. Las carcajadas de Rodrigo se atenuaron a medida que me alejaba.

La tarde pasó volando entre copas y juegos. Para cuando anocheció, la mayoría de los asistentes estábamos borrachos y bailando descalzos. Durante la mayor parte del día había logrado no darle importancia a la conversación que había ocurrido en la cocina, pero para la noche el alcohol se había transformado en valentía y decidí que no quedaría así. Partiendo por Rodrigo. «Le voy a decir un par de verdades», pensé, «a ver qué tanto le gusta a él que le digan las cosas como son». Estaba borracha, era mi fiesta, y en el peor de los casos, en una semana más yo estaría al otro lado del océano atlántico. Durante todos estos años me quedé callada cada vez que se quejaba de sus pololas diciéndome lo mucho que deseaba que se pareciesen más a mí, su buena amiga. Quizás le diré al fin que, si tan bacán me encuentra, que haga algo al respecto. Recorrí por completo el patio sin éxito, no había rastro de Rodrigo. Le pregunté a la Pame si lo había visto, pensando que quizás se fue sin despedirse.

—Lo dudo, me hubiese tenido que pedir a mí o a Carlos que le abramos el portón para salir. Debe estar en el baño… ahora que lo pienso estoy que me meo, ¿me acompañas? —asentí y juntas caminamos. Cuando llegamos el baño estaba cerrado con pestillo.

—¡Vamos, vamooos! ¡A ponerle ganas que acá afuera estamos que nos meamos! —gritó Pamela, golpeando la puerta con ambos puños. Del otro lado no hubo respuesta, por lo que la Pame decidió insistir—. ¡Hey! —volvió a golpear.

Nada.

—¿Hay alguien ahí? ¿Está todo bien? —pregunté yo esta vez.

—Veo la sombra de unos pies bajo la puerta… ¡Si no me respondes voy abrir! Soy enfermera y conozco muchos trucos —gritó Pamela,

golpeando la puerta con mayor insistencia. Escuchamos el pestillo, y la manilla al fin se giró dando señales de vida dentro del baño.

—¡Yo también soy enfermera! —gritó Gabriela saliendo del baño con un vaso vacío y su pelo alborotado. La seguía Rodrigo, subiéndose el cierre el pantalón.

—De hecho, estábamos jugando al doctor un ratito —dijo Rodrigo, guiñándome un ojo, despejando toda duda de lo que aconteció en ese baño.

Pamela chilló, tomándome de la mano y arrastrándome devuelta hacia donde estaban las chicas, vociferando lo que acabábamos de ver como si fuera un vendedor ambulante. Para cuando Gabriela nos alcanzó, ya todas sabían, y apenas la vieron asomarse junto a Rodrigo, se pusieron a lanzar alaridos de lobo y silbidos coquetos. Con la frente en alto, Gabriela tomó posición y relató lo ocurrido ante la audiencia femenina que se había congregado a su alrededor. Cómo se habían encontrado por casualidad en la cocina, cómo le había coqueteado él a ella, y luego una cosa llevó a la otra en el baño de invitados.

Cada gramo de fuerza que había en mí estaba en la tarea de fingir interés mientras Gabriela le contaba al resto lo bien que besaba Rodrigo. Intentaba reír cuando las otras reían, pero por dentro luchaba contra las ganas de llorar y vomitar en igual medida. Hace unos momentos pensaba en que no quería que aquel día acabara. Lo único que quería ahora, era volver a mi casa que cada día se sentía menos mía, y en otro mundo, echarme a llorar en los brazos de mi mejor amiga quien jamás me haría algo así. En vez de hacer eso, me quedé hasta el final. Ayudé a dejar ordenado, y me fui con las mejillas tirantes después de forzarme a sonreír por tanto rato.

Capítulo 11

Era bastante tarde, pero necesitaba aprovechar cada momento disponible para prepararme antes de partir. Estaba en cuclillas organizando mis chalecos, viendo aquellos que me llevaría y aquellos que dejaría atrás, siendo los criterios más importantes el grosor y cuán presentables estaban. El suéter gris no era el único que había sufrido un percance con café dentro de mi clóset, y a diferencia del nulo esfuerzo al que me acostumbré a aplicar al momento de vestirme para ir al laboratorio, estaba decidida a verme intachable en la Universidad de Edimburgo. Actualmente, en nuestro laboratorio apenas nos vestíamos un poco mejor que como lo hacíamos cuando éramos estudiantes de pregrado. Estaba segura de que allá no eran tan relajados como nosotros en su código de vestimenta. Estudiaba concentradísima un polerón celeste en búsqueda de manchas cuando escuché la puerta cerrarse.

—¡Hola! —grité desde mi habitación, doblando con cuidado la prenda, colocándola sobre la pila de ropa que iría dentro de mi maleta. Pensé haber escuchado una respuesta, pero no estaba del todo segura. Últimamente no le prestaba mucha atención a lo que ocurría fuera de mi pieza. Escuché agua correr desde la ducha de Gabriela, luego los anillos deslizándose sobre la barra de metal que sostenía la cortina del baño y el sonido del agua se convirtió en lluvia contra las baldosas. Al cerrarse, me asomé y pude verificar que la puerta de Gabriela estaba abierta. Un poco de luz y vapor se asomaba por una rendija al fondo de su habitación.

No era que estuviera intentando evitar a Gabriela, hubiese sido imposible hacerlo sin que ella se diese cuenta, pero sí podía reducir la cantidad de interacciones. Tenía un poco de hambre y aproveché ese momento para ir a prepararme algo antes de que ella saliese de su ducha. Al salir, casi grito del susto al ver a Gabriela sentada en el sillón mirando su celular.

—Mierda, Gabi. Casi me mataste del susto —le dije, apoyándome sobre el mesón de la cocina, intentando calmar los pelotazos que mi corazón daba contra mi pecho.

—Perdón, no era mi intención estar sentada en mi propio living —

bromeó Gabriela, divertida ante el salto que pegué al verla.

—¿Todo bien? —le pregunté, abriendo el refrigerador, evaluando mis opciones para comer.

—Todo bien —la escuché decir desde la salita. Agarré un bol con arroz, y cuando me giré para calentarlo en el microondas, noté que Gabriela tenía su cajetilla de cigarros en la mano y caminaba hacia la terraza.

—Oye, está el agua corriendo —le dije de la forma más amable que pude, pensando en lo mucho que me gustaría agregar «pero te importa un pico porque tú no pagas tus cuentas»—. ¿No te vas a meter a la ducha? —agregué finalmente.

—La están ocupando —respondió, su mirada buscaba la mía mientras encendía un cigarro.

Aunque al día siguiente de la fiesta habíamos hablado, el tema de Rodrigo aún era un territorio tremendamente delicado e incómodo en el que no sabíamos cómo transitar. Aquella noche volvimos los tres juntos al departamento, y una vez que él se fue por la mañana, Gabriela tocó mi puerta preguntando si podíamos hablar un momento.

—Ele, yo sé que tú dijiste que ya no te pasaba nada con Rodrigo, pero quería asegurarme de que estaba todo ok entre nosotras, ¿verdad? —me preguntó mientras abrazaba una almohada, recostada a mi lado.

—Sí, obvio que sí. No pasa nada, está todo bien —le contesté desde mi lado.

—¿Te puedo contar de anoche? —no necesitaba girarme para ver su rostro y saber que era uno rebosante de alegría. Notaba en su voz las ganas que tenía de contármelo todo. Conocía muy bien cómo se ponía cuando llegaba de una cita particularmente emocionante. Se veía feliz, de verdad. Y me gustaba verla feliz. Por lo que hice el intento de escucharla, haciendo en mi cabeza como que me estaba hablando de alguien que yo no conocía.

Y por un rato nos reímos y cuchicheamos como adolescentes, como solían ser nuestras pijamadas espontáneas antes de irnos a vivir juntas. Sentí los celos disiparse, me recordé a mí misma todas las razones de por qué eran absurdos.

—Necesito pedirte un favor, Gabi —le dije antes de que se devolviese a su pieza—. No me importa que te metas con el Rodrigo, en serio, pero sí me importa él… y él no es de relaciones casuales. No tienes el mejor historial, y no quiero perderlo como amigo si es que algo sale mal entre ustedes.

—No entiendo a dónde vas con ese comentario.

Sentí la irritación en la voz de Gabriela. No era mi intención, pero sabía que ella se lo tomaría como un golpe bajo.

—Lo que estoy intentando decir, supongo, es que te quiero pedir

que, si vas a salir con Rodrigo, lo hagas solo si te interesa en serio —en el fondo, lo que quería saber era que no iba a arriesgar mi amistad con Rodrigo por lo que podría ser un capricho pasajero de una mina antojadiza.

—Ya, entiendo. No te preocupes por eso —me aseguró.

Eso fue lo último que hablamos al respecto, y en las semanas que siguieron, todo aquello relacionado a Rodrigo era un tema que, sin decirlo, ambas evitamos.

Pero era particularmente incómodo hacerse las locas cuando el tema que saltábamos estaba a un par de metros, duchándose en mi casa.

—¿No te quieres fumar un cigarro conmigo, Mele? —dijo Gabriela, alzando la cajetilla desde su asiento en la terraza.

Capítulo 12

Después de catorce incómodas horas dentro de un avión para llegar a Londres, las últimas cuatro horas de viaje en tren han pasado volando junto a colinas, pastizales y más ovejas de las que esta isla pareciese necesitar.

—Próxima parada: Edinburgh-Waverley —anunció en inglés uno de los empleados del ferrocarril a medida que avanzaba por el largo pasillo entre medio de las corridas de asientos del tren.

Las ovejas voladoras habían disminuido en su frecuencia, mientras que las casas hermosas que coqueteaban conmigo detrás del vidrio empañado se multiplicaban. Cubiertas de musgo y oscuras, me recordaban a los hongos que solían formarse entre las grietas de las baldosas de la ducha de Gabriela. De seguro todo lo que me esperaba afuera del tren era humedad, frío, y con bastante certeza, un resfrío. Aquello que parecía ser la ciudad se asomaba a la distancia, pero apenas estuve lo suficientemente cerca como para poder distinguir un edificio de otro, el tren se internó entre muros de piedra, puentes y vigas que bloquearon el paisaje de mi destino final.

La estación de Edinburgh-Waverley se encontraba convenientemente en el corazón de la capital escocesa. A esa hora del día, aun cuando el sol se encontraba detrás de una espesa capa de nubes, la luz dentro de la estación era enceguecedora. Su techo, una serie de paneles de acrílico amarillento y opaco, daban la sensación de encontrarse dentro de un invernadero apoteósico. Ansiosas como hormigas, olas de personas iban y venían entre los andenes, esquivando maletas y pilares de manera fluida, pero sin perder el tiempo. Me sentía como una servilleta usada en un mantel allí parada, boquiabierta como una imbécil obstaculizando los eficientes pasos de quienes sabían dónde estaban y a dónde debían ir.

—Señorita, de un paso al costado del andén, por favor —me ladra un guardia de la estación, gesticulando bruscamente para alejarme del tren que debía abandonar.

Puede que mi inglés no sea el más avanzado, hasta ahora vivía bajo la impresión de que podía defenderme en una conversación, pero no estoy segura de si ese fue el idioma en el que me acababan de

hablar. Al menos me tomó más tiempo del que estaba acostumbrada entender lo que me acababan de decir. Un tanto hostil y cargado a la erre, el acento escocés me recibió con un sobresalto. Me acomodé la mochila y comencé a arrastrar la maleta hacia una esquina solitaria para intentar conectarme a una red celular que me permitiese ubicarme. Según las instrucciones que me dieron desde Chile, la distancia entre la estación y mi nuevo domicilio era corta. Tenía pensado aprovecharme de eso, ahorrar el dinero de un taxi y caminar, pero el peso de las maletas me hacía cuestionar si era lo más sensato. A veces el cansancio te escuda ante la cobardía, por lo que decidí seguir a un grupo de personas que se dirigían a lo que asumí sería la salida de la estación.

Desafortunadamente, seguí a un grupo de gente estúpida, ya que lo que parecía ser una salida peatonal más bien era un acceso vehicular, por lo que tanto yo como ellos nos vimos arrastrando maletas cuesta arriba, ignorando los autos que nos obligaban a girarnos hacia las paredes arriesgando ser atropellados. Como Sísifo y su piedra, arrastré mi maleta y en ella la vida que quería dejar atrás. Lentamente a mi alrededor se alzaron piedras, muros, torres y edificios. Una ciudad gótica llena de historias fantasmales y aires de magia negra. Con la violencia de un estornudo, comenzó a sonar una bocina. A su sonido alargado se le sumó otro estruendo, y otro, hasta formar una sinfonía.

Es una… ¿gaita?

¿Me estái weveando?

A un costado de la salida de la estación se encontraba un hombre de mediana edad, vestido de una forma preocupantemente similar a lo que en algún momento fue mi uniforme escolar. Calzaba zapatos negros recientemente lustrados, calcetines blancos hasta la rodilla y una falda plisada a cuadros que revelaban unos cuantos centímetros coquetos de piel blanca y pelos cobrizos. De su espalda colgaba una bandera, a sus pies se encontraba un estuche abierto con un puñado de monedas y billetes. A diferencia de sus seductoras rodillas, su cara se asemejaba en color a una betarraga. Sus labios, en apariencia minúsculos, sellaban herméticamente la boquilla de madera negra, mientras que sus mejillas estaban tensas como globos alimentando el escandaloso instrumento. Me vi inmersa en un cliché. Algunos turistas paraban para tomarse una foto junto a él, pero la melodía no se veía interrumpida en ningún momento. El gaitero se acomodaba entre los transeúntes, alzaba las cejas e inclinaba levemente su cabeza en agradecimiento de las escuetas propinas.

La melodía que entonaba era la de una marcha fúnebre. La ciudad que debía ser un nuevo comienzo me recibía sombría y tétrica como si mi presencia se tratase de un mal augurio, un designio del que era incapaz de arrancar. A un lado se alzaba la Ciudad vieja, una serie de

altísimos edificios pegados unos a otros, sobre una colina llena de adoquines y pasadizos oscuros, como esas ilusiones ópticas de escaleras que no llevan a ninguna parte. A lo lejos era posible distinguir apenas el castillo de la ciudad, el que se encontraba oculto tras rocas, completamente mimetizado con la colina donde se asentó. A los pies de la Ciudad vieja se extendía un parque tremendo en lo que quizás alguna vez fue el lecho de un río y, cruzando el parque, la Ciudad nueva cuya calle principal se enfrentaba irrespetuosa ante la Ciudad vieja con sus tiendas modernas y vitrinas gigantes cuyas luces de neón parecían despejar la bruma con su iluminación chillona.

Una ráfaga de viento me dio un empujón, como apurándome. Más rápido de lo que hubiera querido aprendí que, a pesar de que el mapa decía de manera clara «Ciudad nueva», poco había de modernidad en los caminos de adoquines que debí seguir. El trayecto pudo haber sido disfrutable en otras condiciones, pero cuando intentas arrastrar treinta kilos de equipaje sobre piedras irregulares en un camino empinado, lo último que quieres es apreciar el paisaje. Las calles subían y bajaban como el lomo de una oruga. Giraban y daban vueltas como una serpiente haciendo del camino un acto de fe, porque volver sobre mis pasos hubiese sido realmente imposible. Cuando me encontraba a media cuadra del punto indicado en el mapa, mi fortuna decidió presentarse en toda su gloria y majestad cuando una de las ruedas de mi maleta salió disparada por los aires, obligándome a cargarla como una cruz los últimos metros que quedaban.

Dean Bank Lane 5, mi nueva dirección.

Unos andamios ocultaban la entrada a la residencia que se encontraba —como el interior de un sándwich— entre un restaurante coreano y una peluquería, ambos vacíos a pesar de la hora. La llave de acceso se encontraba dentro de una caja cuya clave guardaba anotada en un papel en mi bolsillo, cortesía del puño y letra del mismísimo doctor González. Su red de contactos realmente era invaluable, pues no solo incluía a los más prestigiosos investigadores de occidente, sino que además sus propiedades abandonadas que gustosamente utilizaban como moneda de cambio para futuros favores. Me imagino que en este caso soy ambos. Un favor y una moneda de cambio, ya que quien sostenía el título de la propiedad era mi nuevo jefe, el doctor Kerr, quien ya me había puesto al día en cuanto a su afición por recibir acólitos de González hace varias décadas a cambio de su baratísima mano de obra en sus propias investigaciones.

A pesar de que la entrada se encontraba a la altura de la calle, al empujar las puertas de vidrio de la residencia, un pasillo y una serie de escaleras te obligaban a bajar hacia un subterráneo. Un pasillo iluminado por barras fluorescentes daba paso a una serie de puertas de cara a una pared de piedra fría que daban la impresión de estar

mojadas ya que estaban cubiertas por una extraña capa de barniz, como si hubiesen sido encapsuladas en resina. A diferencia de mis hogares anteriores, este pasillo no olía a ajo, vida y familia, sino que a encierro. Avancé hasta la penúltima puerta y, para mi alivio, la llave hizo juego con la manilla y me dio acceso a mi nueva guarida.

Al abrir la puerta, el pasillo se llenó de luz. Misterioso y mágico, el edificio daba al lecho de un río, por lo que la planta baja en realidad estaba a la altura del agua. De un dormitorio, pero de dos pisos, el departamento estaba compuesto en su primera planta por una habitación cuya ventana daba al agua, un baño modesto, y unas escaleras empinadísimas que llevaban a una pequeña sala de estar y su respectiva cocina. Todo era luz. El sonido del agua corriendo parecía música de ambiente. Era un pequeño pedazo de cielo, todo para mí.

Abrí mis maletas sobre la cama, el clóset era más bien diminuto, y dado que mi maleta realmente no había sobrevivido al viaje decidí que lo mejor era vaciarla y tirarla a la basura lo antes posible. De entre mis prendas lo primero que saqué fue un marco con una foto grupal que alguien tomó en la casa de los padres de Pamela. La parte de atrás había sido firmada por la mayoría de mis amigos que fueron, un regalito para darme ánimo en los meses que vendrían. Revisé mi teléfono, y abrí el chat con Gabriela. Aún no contestaba mi mensaje en el que le avisaba que había aterrizado en Londres, ni tampoco aquellos que le había enviado durante el trayecto en tren. Debe ser la diferencia horaria, me dije a mí misma. Habíamos tenido una despedida tremendamente emocional, donde ambas lloramos como viudas, abrazándonos y repitiendo lo rápido que pasaría el tiempo. Le avisé de todas formas que ya estaba instalada, incluso enviándole un par de fotos mostrándole el pasillo de piedra no-mojada, pensando en que también le haría gracia.

Capítulo 13

Edimburgo no era una ciudad congelada en el tiempo, era un lugar que luchaba constantemente contra el paso de los años y a pesar de todo se mantenía resiliente. Era una tienda de velas de trescientos años de antigüedad atendida por los tataranietos del primer dueño junto a un emporio de *souvenirs* hechos en China. Era un McDonald's adentro de un castillo reacondicionado cruzando la calle del cementerio con la tumba de David Hume. Sus calles eran un campo de batalla entre los espacios conquistados por la modernidad y los que el tiempo no pudo vencer. Era hermosa, era auténtica, era capaz de cambiar sin perderse a sí misma. ¿Será posible envidiar una ciudad?

Incluso las mañanas parecían ser a la pinta de ella. Todos los días, a las siete a.m. me iba caminando a la universidad, sin embargo, la luz que me acompañaba cambiaba a diario. La hora a la que amanecía era solo un concepto, ya que la madrugada estaba empañada por una bruma pesada que tapaba el cielo como cemento. Las calles se veían embrujadas, la ciudad se despertaba con los faroles encendidos, reflejando su luz de vela sobre los charcos y las calles que estaban perpetuamente mojadas como todos mis zapatos desde que llegué. No me quejaba, para nada. Ver cómo se despertaba Edimburgo era un espectáculo y ya había aprendido a guardar varios pares de calcetines de repuesto en mi bolso en todo momento. Había ensayado la caminata para confirmar que eran treinta minutos como indicaba el mapa, y así asegurarme de no llegar tarde por ningún motivo a mi primer día en el laboratorio del doctor Kerr. Estaba contenta de haberlo hecho, pero más contenta estaba ante la idea de hacerlo a diario, las vistas que incluía eran de postal.

El Castillo de Edimburgo se encontraba en lo más alto de una colina en el medio de la capital escocesa. Se asomaba entre cada edificio y detrás de cada esquina en el camino a la universidad; el castillo te seguía como la Mona Lisa con sus altísimos muros y flameantes banderas. La piedra rugosa sobre la cual había sido construido quebraba la luz como un caleidoscopio, oscureciendo desprolijamente la ciudad a sus pies. La universidad estaba apenas a un par de cuadras del castillo, y desde el segundo piso del edificio

principal, se podía apreciar la fortaleza como si estuvieses viendo una postal. Como la ciudad misma, su castillo era engañoso. Desde ciertos ángulos dejabas de ver el acantilado sobre el cual se apoyaba y se veía mucho más inofensivo de lo que era.

La misma universidad no se quedaba atrás al momento de dar un espectáculo. Vista desde afuera, me entraba la duda de qué era exactamente lo que diferenciaba a un palacio del edificio que estaba frente a mí. La entrada debía de tener al menos seis metros de altura, cuyo arco de piedra estaba adornado en su punto más alto por un busto grecorromano que resguardaba la facultad como un mascarón de proa. Tuve que pedirles ayuda a tres personas distintas, pero eventualmente pude dar con la oficina del doctor Kerr, quién me había citado a una reunión a primera hora. Su propio castillo se encontraba en la cima de una escalera hecha de cedro, cuyos escalones gemían y chillaban con cada paso que daba como si fuese su trabajo anunciar mi llegada. Una vez conquistadas las escaleras, me pare un par de segundos afuera del despacho. La puerta estaba cerrada y no había ruido alguno que delatara lo que se encontraba del otro lado. «Ya estás acá», me dije a mí misma, «no es como que puedas hacer otra cosa además de tocar la puerta». Golpeé dos veces bajo la placa de bronce con el nombre de quien sería mi jefe durante los próximos meses y fue su voz desde el otro lado la que me invitó a pasar.

Pensaba que la oficina del doctor González era un lujo, con sus cuatro paredes y su privacidad, pero era un clóset comparado con el despacho del doctor Kerr. Ahí se notaba la diferencia entre una universidad sudamericana y una europea. Era más amplia que mi primer departamento y el que compartía con Gabriela combinados. El escritorio donde estaba sentado Duncan Kerr, a quien reconocí por sus fotos, podría fácilmente hacer de comedor y acomodar a doce personas sin problemas.

A un lado, tenía un juego de salón completo, donde se sentaban otras cuatro personas más. Aunque no lo había especificado en su correo, pensaba que mi primer encuentro con el profesor sería uno a uno, así que me sorprendió ver a varias personas esperándome tan temprano por la mañana. Eran dos mujeres y dos hombres que debían tener más o menos mi edad.

— Debes ser Elena Ramos, bienvenida —saludó jovialmente el doctor Kerr.

Quizás a mí me faltaba más mundo, pero su aspecto era tan caricaturesco que me costaba asimilar que quien me hablaba era una persona y no una marioneta. Era como si cada una de sus facciones estuviese compitiendo por ser la que más llamaba la atención en su rostro. Su cabello alborotado era naranjo como la fruta, al igual que su

tupido bigote que se agitaba como una cortina sobre sus paletas de conejo. Su nariz se adelantaba al resto de su cara como una ampliación ilegal, su gran tamaño arrastrando su labio superior de modo tal que sus dientes permanecían constantemente expuestos al mundo exterior, acentuando aún más su aspecto de roedor.

Uno a uno me presentó a los otros asistentes de su equipo en orden de jerarquía. James era el único escocés nativo del grupo y el asistente de mayor antigüedad junto con Priya, que, si bien no había nacido allí, al igual que James había llegado al laboratorio después de haber sido alumna del doctor Kerr. Luego iba Matilda, una chica irlandesa que estaba en su tercer año de doctorado y finalmente Raúl, quien, como yo, estaba ahí de moneda de cambio por unos cuantos meses gracias al departamento de ciencia conductual de la Universidad Autónoma de Madrid. Sin duda fue él quien me saludó con mayor entusiasmo, feliz de tener con quien hablar en español luego de meses echando de menos su lengua materna.

—Ya vas a ver. Nadie te lo advierte, pero es agotador estar todo el día hablando en otro idioma. Te lo juro. Ya empezaba a pensar en inglés, y si no llegabas pronto, comienzo a olvidar el español y quedo bruto en ambos idiomas —me dijo luego de besarme en ambas mejillas.

Una vez superada la ronda de introducciones, el doctor Kerr pasó a explicar a grandes rasgos los principales proyectos de investigación que se estaban llevando a cabo, y el rol que ocupaba cada miembro del equipo, indicando dónde necesitaba que me integrara en cada uno de ellos. Los temas de investigación eran fascinantes, quería comenzar de inmediato a adentrarme en ellos.

—Pero el trabajo puede esperar hasta mañana —interrumpió el profesor.

Los primeros días del año académico solían estar destinados principalmente a actividades de bienvenida e inducción para los nuevos estudiantes, librándonos de cualquier tipo de labor docente. Muy cerca de la universidad se encontraba un parque inmenso llamado Holyrood Park. Desde allí podías tomar un sendero que te llevaba a la cima de la colina más alta de la ciudad, el único lugar desde donde se podía realmente ver Edimburgo en su totalidad. El doctor Kerr era un fiel creyente en las actividades grupales para fortalecer los equipos de trabajo, y ya que Arthur's Seat, la famosa colina, era una de las grandes atracciones de Edimburgo, le pareció que era la expedición perfecta para la ocasión.

—¡El ejercicio por la mañana es bueno para la cabeza! —fue lo último que escuché decir al doctor Kerr antes de que nos dejara atrás al comienzo del sendero. Era sorprendentemente ágil para un hombre de su edad y su paso no se aflojó ni un solo momento, como si al final

hubiese un premio esperándolo.

—Antes de que lo preguntes, sí. Siempre es así de intenso. Te acostumbrarás —dijo Matilda, asustándome con su voz suave y un tanto espectral. Era sigilosa y de poca presencia, sus ojos eran grises como el clima, y su piel de porcelana acentuaba su aspecto de muñeca.

—¿Esta es tu primera vez aquí o habías visitado antes? —preguntó James quien iba un poco más delante del resto de las chicas junto a Raúl.

—Cuéntale la maldita historia, James —interrumpió Priya antes de que pudiese contestarle —James cree que es el guía turístico oficial del laboratorio, es una tarea que se toma muy a pecho, pero en lugar de hacerlo y ya, le gusta hacerse el interesante.

—Me gustan las historias, te escucho —respondí curiosa, no solo por las clases de historia, pero por lo que fuese que ocurría entre esos dos. Más tarde, Raúl confirmaría mis sospechas; James y Priya eran un poco más que colegas y eso significaba que a veces terminabas atrapado en el fuego cruzado de su romance.

—La leyenda dice que antiguamente, un dragón acechaba la región. Volaba por los cielos aterrorizando a los campesinos, destruyendo todo a su paso y tragándose a cada animal que osara cruzarse en su camino. Un día, el dragón estaba volando sobre una pradera cuando se encontró con un rebaño de ovejas, muchas más de las que era capaz de comer, pero los dragones son golosos e intentó devorarlas de todas formas. Comió, comió, comió hasta que no quedó ni una sola, y cuando había terminado, su estómago se había vuelto demasiado pesado para emprender vuelo. El dragón se echó a dormir y no volvió a despertar, su cuerpo se endureció con el tiempo hasta convertirse en Arthur's Seat —relató el escocés.

—La verdad es que es un volcán inactivo, se calcula que hizo erupción hace más de trescientos cincuenta años —agregó Priya.

—Qué divertido, ¿y por qué se llama así entonces? —pregunté.

James se volteó, encantado de continuar su relato, su cabello rubio alborotándose como el viento a medida que se empinaba el camino. El sendero había perdido su forma, y hace rato se sentía como si estuviésemos subiendo por una grieta estrecha. Desde donde estábamos no lograba ver la cima, nos rodeaban flores salvajes, amarillas como arbustos estrellados, y la ciudad a nuestros pies comenzaba a verse como un paisaje de juguete.

—¿Alguna vez has escuchado del Rey Arturo?

—¿El de la mesa redonda?

—Ese mismo. Bueno, se dice que aquí estuvo Camelot, su castillo y corte real, y por eso lo conocemos como Arthur's Seat —explicó James.

—¡El asiento de Arturo! —gritó Raúl en español, haciéndome reír con su explosividad.

—Disculpa, James, pero creo que en eso te has equivocado —dijo Matilda con timidez—. Aunque hoy se le conoce como Arthur's Seat, este nombre deriva del gaélico: Árd-na-Said, que significa altura de flechas. Es un error de traducción al cual se le adhirió el mito.

—Huh. Eso no lo sabía, gracias, Matilda. Debería aprender gaélico, es una lástima que se haya perdido tanto un idioma tan lindo. Quizás los escoceses debiésemos aprender a ser más como ustedes los irlandeses y separarnos de una vez del Reino Unido. Así no hubiésemos perdido el idioma en un principio, ¿no? —dijo James dándole una palmada afectuosa en la espalda a Matilda que por poco la bota al piso.

—¿Sabes? Escocia e Inglaterra son como una relación tóxica. Los detestan, pero no son capaces de separarse. Han soportado tantas atrocidades, y ahí siguen, leales al Reino Unido. Te hace cuestionarte cuál sería la gota que rebalse el vaso, o incluso si se puede rebalsar del todo —comentó Matilda, medio en broma, medio en serio.

Estábamos por llegar a la cima, donde nos esperaba el doctor Kerr como un Cristo Redentor. Era una cumbre borrascosa y llena de nidos. Los cuervos planeaban a medio metro de nuestras cabezas, dando piruetas sobre nosotros. Apenas me quedaba aliento, y el paisaje me robó lo último que me quedaba.

—¿Es eso el mar? —pregunté fascinada.

—Casi, es un fiordo. Pero si te giras hacia el sudeste, notarás que hay una laguna al otro lado de la colina —explicó el doctor Kerr.

Edimburgo a mis pies era un mundo completo por explorar. Desde allí podía ver el palacio real, el castillo, la universidad, distintas catedrales puntiagudas y mucho ladrillo cubierto de verde y azul, mezclándose hasta el infinito. Estaba en la cima del mundo entero, respirando un aire inexplorado, sintiendo cómo el viento entraba a mis pulmones más profundo que nunca.

Capítulo 14

—¿Son dos personas suficientes? —preguntó el doctor Kerr ante el auditorio atiborrado de estudiantes—. ¿Nadie? —insistió ante el centenar de personas que lo miraban atentos, tensos en el silencio.

—¿Para qué, profesor? —vi a un chico levantar su mano con timidez.

—Para todo —su voz retumbó—. Para vivir, para amar, para crecer, para convertirnos en quienes queremos ser. ¿Podemos apoyarnos en una sola persona para el resto de nuestras vidas? Levanten las manos quienes crean que esto es posible —aproximadamente un tercio de la cátedra lo hizo—. Veo que no están del todo convencidos… Muy bien. Si han estado poniendo atención a este señor aburrido, a estas alturas ya tienen más que claro que el amor y el apego necesitan un lugar a donde ir, personas donde verterse, un hogar donde puedan expandirse y prosperar. Lamento decirles, que, aunque personalmente soy de la creencia de que necesitamos una gran cantidad de personas para absorber las profundidades de nuestros deseos e intentar entender la complejidad de nuestras intimidades, quienes levantaron las manos están más en lo correcto que quienes las mantuvieron abajo.

Una ola de susurros y cuchicheos barrió el auditorio. El doctor Kerr me guiñó un ojo, le encantaba cuando le podía sacar una buena reacción a sus alumnos. Era bueno en su trabajo, de esos profesores tan buenos que terminaban siendo un peligro para la sociedad, ya que solían inspirar a más de una persona a considerar un futuro en la academia. Le advertí que no necesitábamos saturar más el campo. «No es culpa mía, yo quería ser actor de tablas, pero soy muy feo para el teatro», era algo que solía decir el profesor a menudo cuando el espíritu dramático lo poseía durante una cátedra.

—La estructura social que predomina hoy es la de la pareja sexoafectiva. Sí, es cierto que esta se ha modernizado. Ya no está limitada solo a parejas heterosexuales, pero, en esencia, la pareja sigue siendo la relación más relevante en nuestra sociedad. Sin duda, es de las relaciones que más territorio y privilegios posee dentro de nuestros espacios sociales. Dicho eso, si recuerdan lo que discutimos

durante nuestra última sesión, estuvimos todos de acuerdo cuando llegamos a la conclusión de que es posible experimentar intimidad en relaciones de distintos tipos, no solo aquellas de carácter romántico. Entonces, ¿qué pasa con ese tipo de relaciones? Las experiencias no románticas, no sexuales y/o no familiares tienen poquísimos espacios donde pueden ser definidas… —alguien levantó la mano—. Sí, usted al fondo —dijo el doctor Kerr apuntado hacia las últimas filas.

—Disculpe, profesor, pero no estoy entendiendo bien, ¿de qué relaciones estamos hablando si no son románticas, sexuales o familiares? —escuché decir.

—De las amistades, estimado, gracias por solicitar una aclaración —respondió con amabilidad el profesor, preocupado siempre de que los alumnos no desistieran de hacer preguntas por miedo a ser humillados—. A diferencia de lo romántico y de lo familiar, no existe un marco legal o económico donde se codifiquen nuestros amigos en la sociedad. Nosotros podemos casarnos ante la ley, existe una estructura familiar que reproducimos, esto pasa en cada cultura. Además, hay protocolos claros de herencia que nos guían al momento de definir ciertas prioridades dentro de una familia, pero, ¿qué pasa con nuestros amigos? ¿Podemos tener un mejor amigo reconocido ante la ley? ¿Podemos ir al banco y decir que queremos comprar una casa con nuestro mejor amigo? Las amistades, a pesar de su potencial de intimidad radical, no tienen dónde desarrollarse en nuestra sociedad, y eso, queridos alumnos, creo que se convertirá en un problema en el corto tiempo.

«Vivimos en un mundo cada día más platónico. Las relaciones amorosas se han complejizado… cada vez son más las personas que por un motivo u otro optan por un camino donde la vida en pareja no es necesariamente el objetivo final. Pero, y esto es lo interesante, no sabemos si estamos realmente preparados para otro tipo de relaciones. Las amistades en la infancia son algo que tenemos quizás un poco más dominado, pero es en la adultez que se complica. Lo que es divertido, de cierta forma, ya que son las amistades que formamos en la adultez las que, en lo práctico, se vuelven más fuertes, más duraderas y más representativas de las personas en las que nos hemos convertido. Uno pensaría que a estas alturas ya existiría la terapia de parejas para amigos —aquí risas suaves llenaron el auditorio—, pero no. A pesar de lo importantes que son este tipo de relaciones, el discurso social que aún prima es que debemos aprender a soltarlas en lugar de fortalecerlas. La sociedad occidental, a pesar de que cada vez es menos (o eso quiero creer), nos insiste en que la familia es la estructura permanente, mientras que las amistades son pasajeras. Los amigos están encapsulados en momentos específicos de nuestra historia y no se espera de ellos ser parte de la totalidad de quienes somos. Es como

si el *default*, lo esperable según todos, fuera irnos alejando de a poco de todos nuestros amigos. A medida que vamos creciendo, nos alejamos de nuestros amigos de la infancia, y nadie dice nada porque es lo que suele ocurrir. Cuando ingresemos al mercado laboral, nos alejaremos de nuestros amigos de la universidad. Nos iremos alejando incluso de los amigos que con tanto cuidado fuimos coleccionando en trabajos y en fiestas. Poco a poco iremos creciendo, y eventualmente se detendrán las olas de amigos que nos trae la vida, y cuando eso ocurra, les prometo que estaremos todos solos en nuestras casas pensando por qué carajos estamos solos y por qué es tan difícil hacer amigos en la adultez.

«Antes de terminar, y para no cerrar la cátedra con el ánimo bajo, quiero compartir con ustedes un hallazgo de una estimada colega al respecto: la doctora Dunbar. Con el objetivo original de identificar qué cosas eran aquellas que más impacto tenían sobre la salud, la doctora Dunbar y su equipo se dedicaron a revisar uno a uno más de 148 estudios. Entre todos, sumaban los resultados y la información individualizada de alrededor de 300 000 pacientes. Ya que la mayoría de los estudios tenían su propia escala de medición, el equipo de la doctora Dunbar decidió unificar todas las escalas bajo un único criterio, el más estricto de todos: si al finalizar cada estudio, el participante se encontraba vivo o no. Después de analizar a casi un tercio de millón de personas, sus hábitos de salud, de higiene personal, su ubicación geográfica y mucho más, la conclusión de la doctora Dunbar fue categórica: en términos de aquello que más impacto tiene en la longevidad de las personas, son los factores sociales los que más afectan a la supervivencia. En particular, lo que más afectaba la duración de la vida de alguien parecía ser el apoyo social percibido, la integración a una red social y cuán involucrado se estaba con la comunidad local. No le digan que les dije lo siguiente cuando les toque su seminario, pero fue la mismísima doctora. Dunbar, con resultados en mano, quien me dijo que prácticamente puedes tomar todo el alcohol que quieras, comer todo lo que quieras, no ejercitarte, vivir en un lugar tremendamente contaminado y no notarás la diferencia en tu salud. ¿Pero la soledad? No tener amigos ni una comunidad te matará. Claro, te estarás haciendo un favor a ti mismo comiendo bien y ejercitándote, pero estarás considerablemente mejor si tienes buenos amigos. Con eso doy por terminada esta sesión, espero que reflexionen al respecto, nos vemos la próxima semana.

Una sinfonía de computadores cerrándose, hojas de cuaderno revoloteando y cierres de mochila inundaron el salón. Me levanté para recoger la lista de asistencia que había hecho ronda hasta el último asiento, y la guardé con cuidado para ingresarla al sistema al finalizar la semana. Desde la puerta de salida el doctor Kerr me hizo un gesto,

que ya había aprendido significaba que deseaba que lo acompañara en la caminata desde el auditorio principal de la universidad a su oficina en el otro extremo del campus. Mi segundo mes estaba finalizando, por lo que nos quedaban apenas unas cuantas caminatas más antes de regresar a Chile.

—¿Qué opinas, Elena? —dijo, sosteniendo la puerta con amabilidad.

—Nunca lo había pensado, pero usted describe las amistades como si tuvieran fecha de vencimiento, lo cual es hermoso y aterrorizante a la vez. Aunque usted habla de los amigos que se distancian, como si ese final fuera definitivo…

—¿No lo son? —respondió, alzó con curiosidad los pastizales chamuscados que tenía en lugar de cejas, mientras nos hacíamos paso por los pasillos.

—¿Hay cómo saberlo? Quizás es porque aún no he vivido tanto como usted, pero prefiero aceptar aquellas amistades como inconclusas, en lugar de finalizadas. Lo definitivo no me gusta. Estoy lejos de ser una persona optimista, pero cuando uno se distancia de un amigo querido, me gustaría tener fe en que no es el fin de la historia: siempre está la posibilidad de que haya más páginas por escribir. Si las amistades tienen el potencial de intimidad que usted postula, debe haber mecanismos que sean capaces de hacerlas durar tanto como un matrimonio, de lo contrario no podríamos explicar la existencia de aquellas amistades que sí son capaces de durar toda una vida —dije pensando en aquella trágica imagen que había conjurado el doctor Kerr hace unos momentos.

—Ah, Elena, por eso es un gusto tenerte aquí. Es una buena pregunta la que haces, aunque lamento tener que decirte que la respuesta no es muy satisfactoria: toda relación, romántica o platónica, depende de dos personas dispuestas a hacer cambios razonables, a pasar tiempo con la otra y, por sobre todo, a ser tolerantes. Mientras esto ocurra, la relación podrá mantenerse nutrida, y nutrir a sus a participantes. El problema es que hacer esto es trabajoso. Es un trabajo difícil que se debe hacer de manera consciente por quienes queremos, y normalmente las personas reservan esta energía para sus intereses románticos.

Caminamos unos cuantos minutos inmersos en un silencio reflexivo. Pese a lo hermoso del paisaje —con sus cúpulas majestuosas que solo había visto en catedrales y coloridos vitrales que decoraban los pasillos—, invitaba a reflexionar sobre la vida. Solía preguntarme a mí misma si podría ser capaz de acostumbrarme a la belleza, a dejar de maravillarme por aquellos muros que hacían ver a sus estudiantes como extras fuera de vestuario dentro de una producción de época.

—Elena, me gustaría saber cuáles son tus planes para el próximo

año —interrumpió el doctor—. Eres buena y, aunque aún no es momento de partir, quería ofrecerme como tu supervisor de tesis. He notado tu cercanía con el resto del equipo, y ellos solo me han dicho cosas buenas de tu persona. Si quieres doctorarte, tenemos un espacio para ti.

Aquella conversación le dio una intensidad inesperada al trayecto devuelta a casa. Aunque lo había pensado a ratos, nunca consideré que aquella vida que armé de manera temporal en Edimburgo podría convertirse en mi realidad permanente (al menos a corto plazo). Allí era feliz, no había duda. Amaba el clima frío y lluvioso que mantenía todo de un color imposiblemente verde, la vegetación tan viva que amenazaba con devorar edificios completos. Amaba el sonido del río fuera de mi ventana, y los largos paseos que solía dar los fines de semana por el parque que lo bordeaba. Los días eran más bien cortos, pero las noches en las tabernas eran largas y animadas con mis compañeros de trabajo. Aquella tarde había quedado con el resto del equipo en un bar en The Grassmarket, a los pies del Castillo de Edimburgo, como solíamos hacer los días que el doctor Kerr daba cátedra. Amaba tener nuevas personas con las que hablar temas que me apasionaban. Echaba de menos a mis amigos en Santiago y a nuestras tardes de vino, pero hace rato se sentía como si de lo único que eran capaces de hablar, era de sí mismos, o de lo que hacían otros, en especial de quienes estaban ausentes.

Y hasta donde sabía, la vida en Chile seguía igual. A pesar de que hablaba bastante poco por teléfono o videollamada, hacía lo posible por intentar mantener cierto nivel de contacto con Gabriela más allá del pago de cuentas a distancia. Había pocas cosas de las que lográbamos hablar de manera fluida. En un principio, intentaba mantenerla lo más informada posible de todo lo que me ocurría, pero después del tercer «me lo cuentas mejor a la vuelta» dejé de insistir. Al menos en la distancia encontramos un lugar cómodo donde hablar de Rodrigo ya no me raspaba tanto. Ya era mucho más fácil estar feliz, de manera genuina, por ella cuando no podía sentir el perfume de él impregnado en los cojines de la salita, restregándome su presencia aún en su ausencia. Todo iba bien, me reportaba Gabriela, enviándome una foto de ambos cocinando en el departamento a pies descalzos. Le respondí con una imagen caminando, envuelta en una bufanda que apenas me permitía asomar mis ojos por sobre las capas de lana sintética.

Durante la semana, The Grassmarket se llenaba de puestos de comida, artesanos y turistas. Era un pequeño valle donde desembocaban un puñado de calles empinadas, y desde donde se podía observar el antiguo castillo de manera totalmente despejada, y con una cerveza si lograbas hacerte un espacio en las terrazas de los

bares que rodeaban la plaza central. Cuando el sol comenzaba a descender, las guirnaldas de luces letárgicas se encendían y la feria comenzaba a apagarse ante la disminución de curiosos. Si bien la oscuridad no era un impedimento en los meses más cálidos, las noches de octubre invitaban a escapar de las calles apenas se asomaba la primera estrella.

—¡Elena! —saludó James—. Mira, ¿ves ese *pub* que está del otro lado de la plaza? ¿Aquel que dice Maggie Dickson's? —dijo estirando una de las sillas vacías a su costado.

—¿Cómo están todos? —saludé al resto de la mesa mientras me quitaba el abrigo, dejándolo en el respaldo de la silla que James había apartado para mí—. Eh, sí, lo veo —dije esta vez girándome directamente hacia él.

—Ponle atención, Elena, cuando sus mejillas están así de rojas, es cuando más atención hay que prestarle —dijo Priya, quien estaba sentada al otro lado de James.

—Mira, Elena, eso de ahí marca el lugar donde solía estar la horca del Grassmarket. Este mercado es tan antiguo como la ciudad, aquí se llevaban a cabo las ejecuciones públicas —sus ojos azules quedaron fijos en una placa conmemorativa que se encontraba a varios metros de donde estábamos.

—Qué bonito. En mi país, a eso lo llamamos un dato rosa —contesté con sarcasmo—. ¿Y el bar?

—¿Cómo el bar?

—Me dijiste algo del bar que está allá.

—¡Cierto! —la mesa completa estalló en risas, ya acostumbrados a los exabruptos del escocés—. Aquel *pub* se llama así por una de las ejecutadas más famosas de este mercado: Maggie Dickson. La historia dice que ella era una mujer pesquera, quien fue condenada a la horca luego de que la descubrieron ahogando en el río a un hijo que había tenido de manera ilegítima con un hombre que murió en la marina. La colgaron frente a todo el mundo. Su familia tomó su cuerpo, lo metió a un ataúd, y se lo llevaron en carreta para darle una sepultura digna. Fue en el camino al funeral que escucharon sonidos desde adentro del ataúd. Maggie Dickson había despertado y estaba golpeando las paredes de su interior. Cuando la gente se enteró de la supuesta resurrección de Maggie, los oficiales fueron a buscarla con la intención de volver a colgarla, sin embargo, no lo consiguieron. Bajo ley escocesa, Maggie ya había pagado y no podían castigarla dos veces por el mismo crimen. Maggie pudo volver a casarse, ya que al haber sido declarada muerta pudo separarse también de su marido anterior, y vivió durante cuarenta años más. Por su culpa, cambiaron la ley para que especificara que aquellos destinados a la horca colgarían «hasta la muerte», así se anticipaban a más resurrecciones de

insurrectos —dio un sorbo largo a la cerveza—. Y por eso ese lugar de allí se llama Maggie Dickson's Pub. ¡Que viva Escocia! —su vaso golpeó la madera como un tambor.

—Hubiéramos ido a ese bar —le contesté con ironía.

—No puedo creer que ustedes, animales, colonizaron a medio mundo —dijo Priya, levantándose para buscar otra ronda de cervezas para la mesa.

—Por favor, no me ofendas, esos son los ingleses. Te la perdono por esta vez, pero la próxima vez que me trates de inglés no te saldrá tan barata —dijo James fingiendo seriedad.

—Bueno, ¿y cuál vendría siendo la moraleja de esa historia, entonces? — preguntó Raúl.

—No sé… ¿Algo como nunca es demasiado tarde para cambiar tu vida? No hay que esperar a morirse para cambiar de rumbo, no todos tendremos la suerte de Maggie— concluyó James.

Poco a poco fui aprendido a disfrutar de las cervezas sin refrigerar y las canciones que inevitablemente solían entonar entrada la noche, épicas y cargadas al violín. Aprendí a amar con locura aquella vida que carecía de absolutamente todo aquello que hasta hace dos meses pensaba era fundamental para mí, y no sabía qué hacer con eso.

—Buena clase la de hoy —dijo Raúl, el único con quien podía hablar en castellano en toda la universidad. Para ambos dejar de hablar inglés a ratos era un descanso más que bienvenido para nuestro cerebro—. No sé… algo no me cierra. ¿Ustedes creen que las amistades pueden ser así de íntimas? Me cuesta creer, al menos como hombre, que uno puede ser así de cercano con un amigo como se es con una pareja.

—Bueno, que tú tengas la profundidad emocional de una cucharita de té es tema tuyo. Y claro que sí, al menos yo diría que se puede —dijo Priya, distribuyendo las pintas nuevas alrededor de la mesa, echándose la gruesa trenza de cabello oscuro que solía llevar hacia delante por sobre su hombro, efectivamente golpeando a Raúl como un látigo con olor a aceite de jazmín—. ¿Qué acaso no tienes amigas? ¿Te las quieres coger a todas?

—No a todas —dijo Raúl, desafiando con la mirada a Priya.

—Te colgaré ahí mismo en la plaza si te atreves, Raúl—dijo James con una seriedad absoluta—. Pero tomando el punto de Raúl, sí, me parece debatible conceptualizar una amistad y equipararla con una relación familiar. No existe la misma presión ni motivación para actuar de manera tan desinteresada como con la familia, no creo que una amistad pueda potencialmente reemplazar a un familiar.

Matilda, una de las chicas más jóvenes del grupo, quien se encontraba en uno de los extremos de la mesa, tomó su vaso con ambas manos y dijo:

—Saben, mi madre tiene una amistad así: mi tío Jeremy.

Según comentó, cuando Matilda tenía apenas dos años, su padre se suicidó. Junto con la hermana de su madre, Jeremy, quien siempre había sido cercano a su familia, se fue a vivir un tiempo a su casa para prestarles ayuda después de la inesperada muerte. La mayoría de las tareas del tío Jeremy involucraron entretener y jugar con la pequeña Matilda. El tío Jeremy era un actor, y su madre siempre decía que pasara lo que pasara estaría agradecida de la capacidad de su amigo de estar a la altura del papel más relevante en sus vidas: el de ser capaz de sostener el corazón roto de una niña ajena. Le estaba agradecida por la sensibilidad que tuvo para saber cómo acercarse a ella a través de juegos y tonterías. Solía pasar horas seguidas de juego con Matilda, jugando como si su vida dependiese de ello, porque la vida de ella realmente dependía de esos momentos. Matilda no pudo crecer con un padre, pero pudo crecer con un tío Jeremy.

—Recuerdo cómo Jeremy tenía casi todos los suéteres y camisas rotas de tanto jugar al caballito conmigo. Me permitía subirme sobre su espalda y tomarme de su ropa como si fuesen riendas. Él andaba por la vida, yendo a sus audiciones con la ropa arruinada, y jamás me pidió que dejáramos de jugar —dijo Matilda, con el rostro iluminado recordando al amigo de su madre—. Antes de que digan algo, yo también pensé durante gran parte de mi adolescencia que en realidad el tío Jeremy estaba enamorado de mi madre, pero no. Un amor desinteresado. Solo eran muy buenos amigos. Lo siguen siendo hasta hoy. No sé si mamá hubiese podido salir adelante si no hubiese sido por él. Quizás qué hubiese sido de nosotras si no hubiese sido por aquella amistad —concluyó.

—Salud —dijo James, y todos alzamos nuestros vasos junto a él.

—¿Echas de menos a tus amigos, Elena? Ya no queda mucho para volver a verlos —preguntó Priya, con una de sus manos bajo la mesa sobre lo que asumo era la rodilla de Raúl.

Y en ese momento no supe qué decir.

Capítulo 15

Mi maleta se sentía bastante más pesada cuando la bajé de la cinta al llegar a Santiago, en comparación a cómo la recordaba a la ida. ¿Por qué esperaba que volviera más ligera? Por un momento, me había olvidado de los regalos que traía para mis más queridos. Quizás era la forma en la que mi mente eligió protestar contra la sensación que tenía de que ellos, hasta donde yo estaba enterada, sí se habían olvidado de mí en lo que había sido de este tiempo.

—Largo viaje —dijo el oficial de inmigración al timbrar mi pasaporte impoluto, el que hasta entonces apenas contenía el timbre de salida—. ¿Feliz de volver a casa? —preguntó, hojeando rápidamente el resto de la libreta.

—Sí —le respondí, cansada y trasnochada, inundada por un millón de sensaciones y malestares entre los cuales debía buscar la felicidad. Por favor, que alguien le recomiende a la felicidad que se vista con un suéter de rayas rojas, a ver si así es más fácil encontrarla entre aquel desorden emocional. Le ofrecería el mío, pero tiene una mancha de café.

Escocia pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Quizás sí me lo imaginé.

No quise molestar a nadie —tampoco nadie se ofreció— por lo que los taxistas fueron los únicos que me esperaban a la salida del aeropuerto. Me acerqué al primero que vi que no sostenía un cartel con un nombre ajeno, y le pedí el favor. El hombre, quien fácilmente podría tener la edad de mi padre, insistió en acarrear todo mi equipaje hacia donde había dejado el vehículo. Contuve una pequeña risa al vernos caminando reflejados en los vidrios que cubrían el aeropuerto como una pecera. Él, aún más bajo que yo, llevaba puesto un gorro de poeta que estuvo a punto de escapar de su cabeza, mientras empujaba y resoplaba por culpa de mi maleta.

—¿Usted es extranjera? La veo chilena de cara, pero tan callada, ¿le estoy hablando muy rápido? —consultó ante mis respuestas más bien limitadas. En lo que restaba del viaje intenté poner más de mi parte. No esperaba sentirme tan alienígena entre calles que conocía tan bien. El sol brillaba sobre el pavimento, a nuestra derecha el

Mapocho serpenteaba y nos separaba de un sinfín de vidas que se desarrollaban al otro lado de sus aguas turbias. Llegué un domingo, sabía que Gabriela no trabajaba ese día, que ya debería estar despierta para cuando llegáramos a destino. Pensé en enviarle un mensaje, avisándole que ya estaba en camino, pero desistí.

Cuando el taxi se detuvo frente a nuestro edificio, me inundo una sensación de descomposición que no coincidía con el vacío de mi estómago en ayuno. Le había dado muchas vueltas a nuestro reencuentro, pero ante su inminencia me quedé en blanco. Las cosas con Gabriela habían cambiado mucho incluso antes de mi partida, y sentía que la distancia solo había empeorado las cosas. Como si el agua entre nosotras estaba estancada. ¿Me recibiría con alegría? ¿Con indiferencia? Quizás ni siquiera estaba en el departamento, podría estar en la casa de su madre ayudándola con un almuerzo dominical. Quizá seguía durmiendo, o peor, durmiendo junto a Rodrigo. Ella sabía que mi llegada era inminente, lo conversamos en semanas anteriores. Ahora que lo pensaba bien, de Rodrigo no habíamos hablado en bastante tiempo. Mi ansiedad era más rápida que nuestro ascensor, y cuando estuve frente a la puerta, mi puerta, nuestra puerta, recordé que no tenía las llaves a mano.

Estaba tirada en el piso comenzando a abrir los bolsos cuando la puerta se abrió de par en par.

—¡Melena! Te escuché en el pasillo… ¡estaba esperándote! —me levantó del piso con un abrazo apretado—. ¿Y esa maleta? ¿Cambiaste la tuya? —preguntó, retrocediendo un paso para liberarse de mis brazos que la estrujaban como un limón.

—Cierto, es distinta. La otra se rompió antes de llegar, pensé que te había contado eso —contesté. No estaba loca, pensé; sí estaba más pesada, no era la misma. Aproveché de ver bien a Gabriela, quien tampoco era la de antes—. ¡Te cortaste el pelo!

—¿Te gusta? —preguntó coqueta, deslizando los dedos por sus mechones que ahora enmarcaban su rostro con elegancia. Se había dejado la cabellera hasta el mentón, muchísimo más corto de lo que alguna vez se había atrevido, pero todavía lo suficientemente largo como para poder acomodarse el pelo detrás de las orejas. Este nuevo corte realzaba aún más sus ojos pardos, el lunar de su córnea que con la costumbre había dejado de ver, era más distintivo que nunca.

—Me encanta, te ves hermosa —dije con un orgullo que no me correspondía.

Mi ausencia se notaba en el departamento, aun cuando había una que otra prenda mía colgada en la terraza.

—Perdón, ocupé un par de poleras tuyas cuando no estabas —agregó, atenta a mi mirada.

—No pasa nada, tampoco es como que las estaba usando —

respondí esforzándome por sonar lo más desenfadada posible. Me sentí actuando, como solía hacerlo en un principio, preocupadísima por caer bien, como si aquella bienvenida tan agradable con la que me habían recibido podría desvanecerse de un momento a otro.

—¿Quieres un cafecito? —ofreció Gabriela, sacando dos tazas del lavaplatos y enjuagándolas con un chorrito de agua.

—Dale —dije, dejando mis maletas dentro de mi habitación. Era como si estuviésemos en una primera cita, luchando por nuestras vidas para romper el hielo con una de las personas que creía conocer mejor en el planeta. Me senté en la salita, observando en silencio como hervía el agua y la mezclaba con café instantáneo dentro de las tazas.

—Se acabó el de grano —dijo a modo de explicación, sin voltearse para comprobar si la estaba mirando.

—No pasa nada, podría tomarme un vaso de agua con barro con tal de despertar un poco —intenté ser graciosa.

—Te creo. También estoy agotada. El viernes me tocó turno doble y aún no me recupero. Imagínate, básicamente lo mismo que duró tu vuelo, pero de pie y con gente sangrando —rio Gabriela, quien ya comenzaba a sonar como la amiga con quien vivía antes de Escocia—. No está tan caluroso aún, ¿te tinca si nos tomamos el café en la terraza?

Me levanté y moví el tendedero a un costado para permitirle a Gabriela pasar con las tazas sin problemas. Me extendió ambas para darme a elegir, tomé la que estaba menos llena y le di un sorbo largo.

—¿La peineta se te quedó en Europa? Estás más melenosa que nunca, Mele —dijo, tomando un mechón de cabello oscuro entre sus dedos, estirando cuidadosamente el rulo y dejándolo caer.

Hablamos un momento de cosas triviales, Gabriela decidida a ponerme al día con cada una de las ocurrencias que habían transcurrido en nuestro pequeño mundo en mi ausencia. Temía que la vida haya continuado sin mí, sin embargo, todo seguía más o menos igual que siempre. La que estaba fuera de lugar era yo, al parecer. Por mi lado intenté contarle a grandes rasgos cómo fue mi estadía en Edimburgo, lo bien que lo había pasado, lo mucho que había logrado avanzar en mis investigaciones y cómo había sido trabajar para el doctor Kerr y el resto del equipo que tan bien me habían recibido.

—¿Y? ¿Te quieres devolver? —preguntó Gabriela cuando le conté sobre la propuesta del profesor Kerr de doctorarme bajo su supervisión.

—No sé, una cosa es irse a una pasantía de tres meses y otra es irse enserio —le dije con toda sinceridad. Aunque le había dado vueltas al asunto, quería volver antes de tomar la decisión.

—De hecho, hay algo de lo que quería hablarte, Ele —dijo Gabriela

apoyando su taza en la baldosa del piso—. Mientras no estabas, me habló el dueño del departamento. En noventa días se termina el plazo original del contrato, quería saber si íbamos a renovar por otro año más.

—Oh, wow. No sé. Lo tengo que pensar… ¿Qué es lo que quieres hacer tú?

—No sé, podríamos seguir juntas o podríamos irnos cada una por su lado. A la casa de mi mamá no estoy dispuesta a volver, de eso sí estoy segura —esto último lo dijo con la firmeza que carecían las primeras dos opciones. Estuvimos unos momentos en silencio.

—¿Quieres seguir viviendo juntas, Ele? —dijo Gabriela. Sus ojos delataban una vulnerabilidad distinta a la que yo creía conocer. Distinta a cuando se quejaba, distinta a sus reclamos y malestares del día a día.

—No lo sé —dije con toda la honestidad del mundo—. Quizás es más fácil que cada una siga por su lado, no sé, hay que conversarlo.

—Conversémoslo, entonces. Ele, quiero vivir contigo. Me gusta vivir contigo. Te eché tanto de menos estos meses, me di cuenta de cuánto te necesito. Eres mi mejor amiga, somos tú y yo contra el mundo, ¿no? —incluso antes de irme, habían pasado meses desde que sus manos abrazaban las mías, se sintió extraño.

—Eso lo dices ahora, Gabi, pero apenas me pescaste cuando me fui. Te eché de menos y no me diste ni bola —me sorprendí a mí misma diciéndolo todo. Había tomado la decisión en mi mente de no mencionárselo, pero no pude resistir el impulso de reclamarle como una niña.

—Perdóname, Ele. Si sé. Pero tú me abandonaste a mí. Estaba picada, todo lo que me decías parecía ser mucho mejor de lo que yo te puedo ofrecer, estabas viviendo tu mejor vida y en comparación todo esto es una mierda. Yo incluida. No era mi intención, pensé que te estaba haciendo un favor al no distraerte de todas las cosas maravillosas que te estaban pasando —dijo, su mirada reposó en el café. Cuando alzó su rostro, sus ojos estaban vidriosos.

—Está bien, no te preocupes. También te eché de menos. En serio. No es así como piensas.

—Tampoco es tan distinto. No sabes si quieres vivir conmigo, quizás sí te vas para siempre —dijo Gabriela volviendo a bajar su mirada—. Yo sí quiero vivir contigo, Ele.

—Mira, no sé si haré el doctorado. No he revisado los programas de becas ni tampoco los requisitos específicos, pero pase lo que pase, este cambio no será de un día para otro. Podría tomarme un año entero el proceso —dije en un intento de tranquilizarla, conmovida por su inesperada demostración de afecto. Siempre había pensado que era yo quien necesitaba a Gabriela en mi vida, quien más dependía de

esta amistad, pero aquella mañana ella me trataba de dar a entender lo contrario. ¿Debía creerle? —. Renovémoslo. Le escribo yo al dueño si quieres.

Un año más de Gabrielena.

Capítulo 16

El pasillo que unía los laboratorios seguía tan largo como siempre, sus puertas de seguridad igualmente innecesarias, los chistes pegados a las puertas no habían sufrido cambio alguno, todos tan chistosos y tan aburridos como siempre, esté yo o no. Dejé mis cosas en el que era mi puesto, intacto, y me dirigí a la cafetera comunal. El eco de mis pasos rebotó contra las paredes con la sutiliza de un balazo. «No había necesidad de llegar tan temprano», pensé, confirmando que la única puerta iluminada hasta el momento era la de nuestra oficina. La última vez que preparé la primera tanda de café fue mi primera semana de trabajo. No recordaba lo ruidosa que era la máquina, la cual chillaba y crujía con el movimiento del agua en su interior.

Me quedaba más o menos la mitad de la taza aún caliente cuando llegó Carlos. Me abrazó como un hermano, largo y tendido. Llenó su propia taza y no dejamos de hablar hasta que ya casi era hora de almuerzo, ambos desatendiendo descaradamente la razón por la que nos pagaban por estar allí. Fue él quien trajo a colación a Rodrigo, y cómo iban las cosas con Gabriela en ese sentido. Gabriela había dejado de mencionarlo hace algunas semanas y yo no quise mencionarlo por pudor. Carlos solo podía reportar aquello que él veía en las pocas ocasiones en las que Rodrigo había asistido a una tarde de vino, además de lo que le contaba Pamela por su lado. Al parecer no iba muy bien el asunto. Gabriela parecía hablar con todo el mundo a excepción de Rodrigo, quien se quedaba a su lado en silencio y con cara de aburrimiento. Por mi lado, no le quise contar a Carlos aún sobre la oferta del doctor Kerr. Sabía que me insistiría en aceptarla de inmediato, era capaz de enviarle él mismo el correo desde mi casilla, y yo necesitaba un poco de espacio para rumiarlo por mi cuenta.

—¿Hoy tienes planes? Le escribí a Pamela y dice que podríamos descorchar unas botellas en la tarde en nuestro departamento. Todos incluidos —dijo Carlos mientras escribía con ambos dedos un mensaje en su celular.

Después del trabajo nos fuimos directo a casa de Carlos. Le avisé a Gabriela, quien a su vez me dijo que ella iría con Rodrigo por lo que de todas formas no pasaría antes por nuestra casa, que no me

preocupara. Fueron los últimos en llegar. Carlos no había exagerado en nada cuando me contó su impresión de la pareja. A pesar de que estaban tomados de la mano, ni sus miradas ni sus palabras se cruzaron en la primera hora en la que estuvieron allí. Rodrigo, cuya amistad siempre se sentía atemporal, estaba un poco distante. Intentaba meterle conversación, pero sus respuestas eran todas demasiado cordiales, su calidez de siempre había tomado una distancia que bordeaba la formalidad. Gabriela, en cambio, bailaba sobre una línea que me costaba aún más ver con claridad. Algo no estaba bien, pero no podía ponerle el dedo encima. Allí estaba, sentada en el centro, hablándole a todos a la vez. Se reía con fuerza, coqueteaba, le acercaba la botella a quien viese con la copa vacía, su mano derecha aleteaba al hablar mientras que la izquierda se aferraba a la de Rodrigo. Recordé a aquellas veces que almorcé con la familia de Gabriela, donde reinaba una tensión bien maquillada.

Estaba actuando, de qué exactamente, no lo sabía.

Cuando no sabes cómo moverte, a veces toca actuar. Me esforcé por entablar conversaciones con todos los presentes, extendiéndolas hasta el límite de lo que significa tener una conversación normal y no un secuestro verbal. Catalina llevaba un mes en un trabajo nuevo, después de casi diez años trabajando en un centro estatal para niños con discapacidades físicas y cognitivas había aceptado un trabajo administrativo en un centro de salud privado. Se le notaba mejor, sin duda más descansada, con un poco de culpa dijo: «igual a veces voy a visitar a mis niños, pero ya les di un montón de mí. Es difícil, pero hay que saber cuándo es momento de priorizarse». Tamara había adoptado a un perro, una hembra a la que llamó Lola. «Es mi bebé», me decía mientras me mostraba fotografías y videos, una mestiza de patas cortas cuyo cuerpo redondo era completamente blanco a excepción de sus orejas oscuras. Era parecido a Snoopy, pero con un sobrepeso preocupante que Tamara difícilmente iba a solucionar a corto plazo: «se muere de hambre, no puedo ponerla a dieta ahora, imagínate lo traumada que estará». Pamela estaba contenta, pero su principal preocupación era averiguar si Carlos planeaba pedirle matrimonio pronto, por lo que yo siendo tan cercana a él le avisaría de ser así.

—Cuando te tiran el anillo y no estás preparada se nota —dijo levantando una de sus manos y girando su dorso hacia mí, a la vez que escondía sus dedos detrás de su palma, enseñándome un anillo inexistente—. ¿Te has fijado las que suben fotos de compromiso escondiendo los dedos? Es porque la propuesta las pilló con las uñas horrendas. Ele, te lo ruego, aunque Carlos te pida que le guardes el secreto, avísame antes para hacerme las uñas.

—Yo las tenía preciosas, pero de nada me sirvió —dijo Valentina, cayendo como paracaidista en nuestra conversación—. Aunque el

anillo me lo quedé igual. Pedazo de mierda.

—¿El anillo o el novio? —pregunté, divertida ante la interrupción.

—El novio, el anillo es divino —dijo mientras se acomodaba el pelo detrás de una oreja. Al igual que Gabriela, Valentina había cortado bastantes centímetros de su cabello rubio, y ahora andaba con una melena color ceniza que se le veía estupenda. Se veía aún más alta que de costumbre, aún más fría y sobrecogedoramente hermosa.

—Te ves muy bien, Vale —comenté sabiendo lo mucho que ella apreciaba ese tipo de halagos.

—Que se sepa que yo me lo corté antes de la Gabi —puntualizó. Yo sabía que en mi ausencia ellas habían comenzado a verse más seguido, pero ahora que ambas compartían la misma peluca en distintos colores, incluso se veían como la otra.

—¡No te lo copié! Era algo que había pensado hace rato, además que está de moda —se defendió Gabriela, fingiendo indignación.

—Eso es mentira —dijo Rodrigo—. Te lo cortaste de la nada. Inclusive antes te reías de la Vale, le decías «cabeza de pelela» —soltó como un niño desganado respondiendo una pregunta para la que no tenía ni una intención de levantar la mano. No hubo momento para un silencio incómodo, Gabriela era más hábil que eso. Invocó su risa más exagerada, ahuyentando cualquier otra interpretación desfavorecedora.

—No pasa nada, Gabi, copiada pero jamás igualada —dijo Valentina, sumándose al intento de aliviar la tensión—. ¿Ves? Yo también puedo wevear cuando quiero.

—¿Qué opinas tú, Elena? —dijo Rodrigo, girándose hacia mí.

—Las dos se ven muy bonitas, no le veo el problema, más cuando tú te ves directamente beneficiado —dije guiñándole un ojo a Gabriela, sumándome a sus esfuerzos conciliadores.

—No, me refiero a que Gabriela es de hacer eso. De tirar mierda y de ahí subirse al barco cuando le conviene —le dio un sorbo a su copa—. Con esas mismas palabras me lo dijiste, ¿no te acuerdas? Esa vez que nos tomamos un café en la calle, ¿hace como dos años?

Como un sistema de riego automático, un sudor frío me humedeció el cuerpo por completo. Sentí la mirada de Gabriela que agujereaba mis costados como un atizador. Estaba congelada en mi lugar, incapaz de decir algo aunque hubiese sabido qué. Recordaba aquella tarde, nos habíamos encontrado por casualidad mientras hacíamos trámites, y aprovechamos de ponernos al día como solíamos hacer.

—Qué divertido, Melena —dijo Gabriela, ni sus palabras ni su tono acompañaban la intensidad de su mirada—. Qué fome no poder decir lo mismo, pero tampoco es culpa de la Elena, con lo obsesionada que estaba contigo lo único que me contaba de ti era que cagabas rosas y que de seguro eyaculabas oro líquido… ¿Qué? ¿No sabían? —dijo

Gabriela fingiendo sorpresa, ante el resto del grupo que había enmudecido—. A Elena le gustaba Rodrigo cuando estaban en la universidad. Pero a niveles de una adolescente amando a una *boyband*. Es que es muy divertida la historia, ¿me dejas contarla, Ele? Se mueren, ¡le olía los polerones cuando los dejaba en la silla para ir al baño! Una obsesión de alto impacto.

Gabriela continuó hablándole a todos a la vez, contándoles con lujo de detalles el amor vergonzoso y adolescente que había sentido hacia Rodrigo, y cómo lo escondía de las formas más absurdas. Por mi lado, guardé silencio y me escondí en mi cuerpo. Me río cuando hay que reírse y sonrío incómoda cuando soy directamente aludida. No podía mirar a Rodrigo, no sabía si matarlo o saltar del balcón.

Cuando retomé el control sobre mí misma, me levanté y fui al baño, donde me tomé todo el tiempo del mundo para recomponerme antes de volver a salir a lo que sentía como una guarida de leones. Al volver, me percaté de que tanto Gabriela como Rodrigo se había retirado.

A Gabriela no la vi hasta el otro día por la mañana. Cuando el taxi que pedí me dejó en casa, ella ya estaba dormida.

A Rodrigo no lo volví a ver en el departamento.

Tampoco volvimos a hablar.

Capítulo 17

Conocía muy bien el protocolo de emergencias que se activaba cada vez que Gabriela sufría una ruptura. Con los años, se había convertido en una de las tareas más importantes dentro de mi rol como mejor amiga. Era precisamente en esos momentos en los que solíamos sentirnos más unidas, más amigas, nos acercábamos a la fantasía fraternal televisiva que en algún momento soñamos. De manera culposa, yo lo disfrutaba. Me daba un propósito muy claro dentro de nuestra relación: me sentía útil, capaz de cuidarla y desde que vivimos juntas, me había convertido en una profesional de la contención.

Este periodo de cuidado intensivo solía ser la primera etapa de sus duelos amorosos. La vida giraba alrededor de su dolor, y de su tristeza. Una vez que Gabriela se aburría de la melancolía, iniciaba la segunda fase de su reconstrucción: la destrucción. Cuando Gabriela estaba con alguien, la casa que constituía su identidad era capaz de generar ampliaciones a medida y dedicadas a quien se haya hecho el espacio allí. Si su habitante decidía desocupar aquel espacio, Gabriela no demoraba demasiado en demolerlo a punta de malas decisiones. Las botellas eran su martillo, y en fiestas reclutaba a la cuadrilla experta en demolición. Entonces no había espacio para nada ni nadie más en la casa personal de Gabriela. No valía la pena ni intentarlo.

No hablamos sobre lo que dijo Rodrigo, ni tampoco sobre la venganza pública que decidió ejercer sobre mí. Yo sentía que la merecía, y en el momento, no sacaba nada con traerlo a colación. Nunca supe qué ocurrió luego después de que se marcharon, solo que Rodrigo se transformó en una persona non grata en nuestro departamento. Después de quién sabe cuántos días mordiéndose la lengua, Gabriela se acercó a mí con la intención de averiguar si Rodrigo me había escrito en el último tiempo, ya que nosotros éramos tan buenos amigos. «No, no me ha enviado nada», le aseguré. «Y tú a él, ¿le has escrito?». «No, tampoco, no me interesa hablarle», le dije también con total honestidad. El Rodrigo que yo conocí y quien llegó a sentirse como un lugar seguro, no era el mismo de aquella noche.

Las semanas siguientes pasaron sin penas ni glorias.

El laboratorio seguía igual que siempre, Gabriela se tomó un par

de días de vacaciones para poder —según sus propias palabras— podrirse en la cama sin que nadie le hinche las pelotas, y la vida siguió con pequeñas variaciones casi imperceptibles. Valentina comenzó a ser una presencia cada vez más recurrente en nuestro departamento, lo cual me parecía bien. Entre más compañía tenía Gabriela, más rápido avanzaba en su proceso de desamor, y Valentina era una compañera perfecta para ir a bares a probar suerte. Por si sola atraía la mirada de muchos, y junto con la personalidad efervescente de Gabriela, hacían una dupla de temer. No le dije, para no arriesgarme a ofenderla, pero de cierta forma ambas, con el mismo corte de pelo y de la forma en la que solían intercambiar ropa al salir, parecían promotoras de un demonio en busca de pecadores. A veces las acompañaba, pero después de unas cuantas salidas me di cuenta de que la verdad es que estaban mejor sin mí. El trasnoche en días de semana me pasaba factura al otro día, mientras que ellas acostumbraban a trabajar en condiciones bastante peores a las de la resaca, si incluso una era capaz de encerrarse en un baño del hospital para inyectarse suero y así resucitar de entre los muertos.

Iba camino a casa, después de la pega, cuando una notificación en mi celular me despabiló del estado catatónico en el que solía estar cuando viajaba en transporte público: una solicitud de amistad de un tal Alonso. Cuando revisé su perfil, supe de inmediato de quién se trataba. Era el tipo del parlante, el de la fiesta que hicimos con Gabriela en el salón del edificio y que terminó en el fondo de un inodoro. ¿Cuánto había pasado desde entonces? ¿Ocho meses? Había perdido la esperanza de volver a saber de él, lo tenía prácticamente olvidado, pero cuando vi su rostro en aquella foto, mi corazón se dio vuelta de adentro hacia afuera. Apenas acepté la solicitud, me llegó un mensaje suyo.

—Tanto tiempo, ¿cómo has estado? —leí en el metro.

Alonso procedió a contarme como pese a preguntarle a todos sus amigos con los que asistió a nuestra fiesta, ni uno le compartió mi número de teléfono o mis redes sociales. No fue hasta que me vio en una foto en la que yo ni siquiera salía, cortesía de algún amigo suyo fotógrafo que trabajaba en discotecas, que pudo dar conmigo. Había visto a Gabriela y Valentina, quienes habían sido etiquetadas, y a través de ellas logró dar conmigo.

—Le puedes hablar a cualquiera de ellas dos, ahora ambas están solteras —le dije bromeando, sabía perfectamente de qué foto estaba hablando. Era una que les habían tomado hace unos días en club Subterráneo donde se veían bailando pegadas la una a la otra, hermosas y liberadas, seduciendo al fotógrafo con los ojos entrecerrados, como si estuviesen a punto de perderse en la música.

—Bien por ellas, pero a mí lo que me interesa es saber si tú sigues

soltera.

—Sí.

—¿Quieres salir conmigo? Pero solos, tú y yo, sin interrupciones.

—Sí, me gustaría muchísimo —dije, aguantándome las ganas de chillar de emoción ahí mismo en el medio del vagón.

Al llegar a casa me recibieron Gabriela y Valentina, quienes conversaban en la terraza, ambas sosteniendo una copa de vino y un cigarro encendido. Parecían gatos siameses.

—¿Todo bien, Ele? —saludó Gabriela, a su lado, Valentina levantó las cejas mientras acercaba la copa a los labios para acompañar la bienvenida. Dejé mis cosas sobre mi cama y salí a acompañarlas. Pensé en contarle del mensaje de Alonso, y de la cita que habíamos concretado para el viernes siguiente, pero me arrepentí. No era culpa la que sentía, sino euforia. Me sentía muy feliz, y temía que, si compartía esa felicidad allí, con ellas, se mancharía tan rápido como llegó. Temía que la reacción de Gabriela, dado su estado actual estado de cinismo sin riendas, fuese una que pisoteara las mariposas que hace tanto rato no sentía.

La semana transcurrió entre mensajes y risitas. Hice de todo lo que estaba a mi alcance para que los días pasaran lo más rápido posible. Habíamos quedado el viernes a las ocho de la noche, iríamos a comer a uno de aquellos lugares de moda donde se comía poco, se tomaba bien y la música obligaba a hablarle al oído a tu acompañante. Conseguir una reserva era prácticamente imposible, pero gracias a que Alonso era amigo del DJ, logró adueñarse de una mesa que había cancelado, pasando por encima de la larguísima lista de espera que podía llegar a considerar meses de anticipación.

El día de la cita por fin llegó, y apenas puse un pie en el laboratorio, el doctor González me arrinconó con una solicitud disfrazada de favor. Uno de los asistentes de pregrado había enfermado, dejando casi cien pruebas sin corregir cuyos resultados debían ingresar al sistema antes del término del día.

—Solo si puedes, Elena. En serio, si te complica le pido a alguien más —insistió.

—No, tranquilo, yo lo hago —le respondí, mientras calculaba cuánto me tomaría esto. Si no me tomaba la hora de almuerzo, y posponía un par de correos que debía responder para el fin de semana, podría terminar más o menos a la hora a la que planeaba irme a casa.

No solté el lápiz rojo hasta que se me acalambraron los dedos. El doctor González había obviado un detalle importante, que la prueba era principalmente de desarrollo, y muchísimo más lento de evaluar que las alternativas a las que yo me había anticipado. Hice lo mejor que pude, pero a medio día me quedaban aún tres cuartos de las evaluaciones pendientes por corregir, y lamentablemente para el

primer cuarto de los estudiantes, el resto fue evaluado con muchísima más bondad y muchísima menos atención a la pauta de corrección. Así y todo, terminé una hora después de lo planificado. Menos mal que aquel día había ido en auto a la universidad, dispuesta como nunca a pagar la tarifa abusiva de estacionamiento que cobraban. La vuelta hubiese sido relativamente rápida, si no me hubiese llamado Tamara mientras encendía el motor.

—¿Sigues en la universidad? —dijo su voz angustiada al otro lado de la línea.

—Si, justo saliendo, ¿qué pasó?

Tamara vivía entre la universidad y mi departamento, por lo que fui la primera persona en la que pensó cuando se vio necesitada de un favor urgente. Hubo una urgencia en su trabajo, y nadie más que ella podía cubrir un turno. Había dejado a su perra Lola sola en casa, y ella no volvería hasta pasada la media noche cuando acabara su jornada.

—¿Podrías sacarla a pasear rápido, para que vaya al baño y servirle su comida? Nunca la he dejado sola tanto rato, temo que se angustie, se cague en todas partes o se coma algún mueble. Normalmente me organizo para dejársela a mi hermana cuando tengo turnos complejos, pero salí corriendo y ella tampoco puede. ¿Podrías pasar? La llave está escondida en el macetero de la entrada —dijo Tamara, con la voz cargada de culpa y preocupación.

—Eh… —dije revisando la hora, era tarde, no me sobraban veinte minutos, pero podía estrujar el resto del tiempo con tal de hacerle espacio—. Sí, dale, voy para allá.

—¿Segura? Solo si puedes, Ele. Te lo agradezco, me salvaste —respondió aliviada.

Manejé de manera imprudente hasta la casa de Tamara, al llegar ponerle el arnés a la bola de pelos de su hija fue un desafío, pero no fue nada comparado con hacerla subir los escalones de la entrada a su regreso. El animal se había desparramado frente a ellos, sus cuatro patas estiradas y apuntando como una brújula en direcciones contrarias. Pobre Lola, que no sabía que mi impaciencia era mayor a su peso, y la tomé con esfuerzo en brazos para volver a depositarla en su hogar. Le dejé su plato de comida, cerré la puerta, y me fui a toda prisa.

Estaba a punto de llegar a casa cuando Gabriela me escribió un mensaje. No había comido nada en todo el día, había pasado horas en cama inmovilizada por la pena que a ratos le volvía, y el refrigerador estaba vacío ya que yo tampoco había hecho las compras aquella semana en mi distracción color de rosa. Había un negocio en nuestra misma cuadra, así que le dije que no se preocupara. Me bajé, con el motor encendido y las llaves puestas, le compré tres de los paquetes más coloridos que se encontraban cerca de la caja con la idea de pagar

rápidamente e irme, pero la transacción no estaba queriendo concretarse.

—Es la máquina, a veces le baja la wea —explicó la mujer que atendía el negocio.

No dije nada, estaba concentrada en no tomar el dispositivo de pago y reventarlo contra el piso a ver si así se conectaba más rápido a la red. No me había percatado de la hora hasta que vi en el televisor que colgaba de una de las esquinas del almacén que ya eran las 19:30, y aún debía ducharme, afeitarme el cuerpo completo, vestirme, maquillarme y presentarme en el restorán a tiempo para la reserva. Apenas vi la luz verde que autorizaba el pago, agarré la comida y me fui sin esperar la boleta ni dar las gracias.

Cuando volví a subirme al auto, llegué hasta el final de la cuadra antes de darme cuenta de que como nunca, esa tarde no había ningún espacio disponible para estacionarme en la calle. Terminé dejándolo a tres cuadras de nuestro edificio.

Subí a toda prisa, le tiré la comida sobre la cama a Gabriela, a quien desperté de un sobresalto.

—¿Terremoto? —preguntó quitándose las lagañas.

—Estoy atrasadísima, después te cuento —le grité desde mi pieza, tiré los pantalones al piso y mientras me quitaba la camisa encendí la ducha. No esperé a que se calentara el agua para entrar y depilarme, hice lo mejor que pude, pero al secarme eran demasiado notorias las lagunillas de pelos por mis piernas que había hecho un trabajo tremendamente descuidado. Parecía como si tuviese sarna.

—Ya llegué, ¿cómo vas? —me escribió Alonso, cuando quedaban diez minutos para nuestra reserva.

—¡Ya casi! —mentí, vistiéndome a toda prisa. Mi pelo estaba mojado y no había nada que hacer al respecto. Intenté maquillarme a toda velocidad y mientras escarbaba en mi clóset buscando la cartera que había planeado ocupar, me llegó otro mensaje de Alonso: ya fue. Eran las 20:00 y habíamos perdido la reserva. Lo llamé de inmediato.

—Alonso, perdóname, en serio. Espérame allí, llego rápido, voy corriendo y ahí vemos si vamos a otro lugar o qué sé yo. Tuve un montón de problemas —le supliqué, contándole de todos los percances que había tenido durante el día que desembocaron en el atraso.

—Elena, está todo bien, dejémoslo hasta aquí. Hubiese preferido que fueras sincera y que no tenías tiempo para ahorrarme el mal rato. Ya fue.

—¡No! Alonso, de verdad quiero salir contigo, estaba muy ilusionada con esta cita.

—Dices eso, pero me pudiste haber avisado en cualquier momento y la posponíamos, en lugar de hacerme venir hasta acá y esperarte como un pelele.

—No lo hice apropósito, te dije que tuve mil cosas que se me fueron de las manos.

—No sé, me suena a que nadie te obligó a nada. Si no quisiste priorizar esto, está bien. Pero a mí me caga la onda, así que hasta acá no más. Que te vaya bien —dijo, colgando la llamada.

Me quedé mirando la pantalla de mi celular unos cuantos segundos, antes de ponerme a llorar de frustración. Gabriela, quien había escuchado la conversación desde su pieza, salió a ver como estaba. Le conté todo lo ocurrido, y como buena amiga, se puso completamente de mi lado. No era mi culpa, qué imbécil era él. De manera bienintencionada, enumeró uno a uno a los responsables de mi atraso, el doctor González, Tamara, la máquina defectuosa del negocio de la esquina que la dueña no arreglaba por flojera. Me dejé consolar por las palabras de Gabriela, de la forma en la que uno se deja consolar por los cuentos infantiles, sabiendo que no eran más que fantasías edulcoradas. Sabía, y no en el fondo, sino que, de manera bastante clara, que yo solita me había hecho esto a mí misma.

Capítulo 18

—Entonces, ¿ya te decidiste? ¿Ahora sí que sí? ¿Completamente segura?

—Sí.

Casi todo estaba listo y dispuesto ante mí. Habían hecho mi postulación, tenía la confirmación por escrito del doctor Kerr aceptando ser mi profesor guía en el posgrado, cumplía con los requisitos de autoría en suficientes publicaciones —aunque fuesen de poca monta—, lo único que me hacía falta eran unos cuantos documentos necesarios para obtener las cotizadas becas que financiarían mi estudio y, en esencia, mi nueva vida. Estaba de pie, apoyada contra el marco de la puerta de la pieza de Gabriela, confirmando aquello que ninguna quiso hablar hasta entonces: que más temprano que tarde un océano separaría mi puerta de la suya. Con sus piernas bajo el cobertor y el resto de su cuerpo erguido contra el respaldo de su cama, Gabriela me medía con la mirada, como una oruga incapaz de comprometerse del todo a su crisálida. Hubiese pagado bastante por saber en qué estaba pensando en ese momento. Esperé a que dijera algo más, el suspenso me devolvió a cuando era una adolescente e interrumpía la teleserie de mi madre para pedirle permiso para salir. Últimamente con Gabriela nos relacionábamos de una forma cada vez más extraña. La sentía menos amiga; una especie de madre e hija a la vez. Cuidadora, pero a su merced.

Indudablemente, detrás de mi actitud servicial se escondía mi propia necesidad de exorcizar la responsabilidad que sentía por lo ocurrido con Rodrigo. Sabía que Gabriela se estaba aprovechando del aumento de atención y cuidados que le estaba dando los últimos días. Ignoraba dentro de lo posible sus comentarios maliciosos y sus bromas malintencionadas, si ella sentía la necesidad de castigarme, yo era tan patética como para dejar que lo hiciera, con tal de sentirme marginalmente menos culpable al respecto.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

—Necesito pedirte un favor, es chico, pero es demasiado importante —le dije, dando un par de pasos medio dudosos hasta sentarme en la esquina de la cama, mi culo apenas apoyado en el

borde de tal forma que tuve que apretar las piernas con fuerza para evitar resbalarme y caerme al piso, sobre el montón de ropa que se acumulaba a los pies del colchón de Gabriela.

—Mmmm. No sé, estoy ocupadísima. Depende de qué es —respondió mientras apuntaba con el control del televisor. Últimamente, y a pesar de que siempre fue una opción, Gabriela había dejado de usar el televisor de la salita que compartíamos para pasar más tiempo encerrada en su habitación. Del sofá había pasado a su propia cama, y difícilmente volvía a hacer patria a menos que estuviese acompañada de alguien más.

—Gabi, por favor —le dije, esta vez con mayor firmeza.

Con un suspiro apagó la tele, se acomodó sobre el colchón, ajustando la ropa de cama alrededor de sus piernas, tensando aún más el capullo que la abrigaba, y se giró hacia mí.

—De todas mis opciones, la beca con la que tengo mejores chances es una que da la misma Universidad de Edimburgo. Para eso, necesito enviarles por correo unos documentos y sus traducciones oficiales respectivas. Varios de ellos son las copias originales, va mi título profesional hasta mi certificado de nacimiento. No puedo arriesgarme a enviarlos por cualquier medio y que se pierdan, más allá de los papeles en sí, porque volver a emitirlos y conseguir los reemplazos quien sabe cuánto demoraría y con toda seguridad perdería el plazo para postular a la beca. Sin esa beca, todo se va a la mierda, Gabi.

—¿Qué tan a la mierda?

—Bastante. No tengo cómo pagar la matrícula, tendría que congelar mi cupo y volver a intentarlo el próximo año.

—Entiendo… pero me falta entender qué tengo que ver yo en todo esto.

—Hable con varias personas en el laboratorio y me recomendaron a ojos cerrados un servicio particular de correos, se dedican a este tipo de envíos… «sensibles». Ellos vienen a casa, les pasas el sobre, y se preocupan de dejarlo en las manos del destinatario. El tema es que tienen horarios muy acotados de retiro de documentos: solo trabajan días de semana y dentro del horario de oficina. Quería pedirte si era posible coordinar el retiro de los documentos para el próximo día que no tengas turno de mañana. Lo único que tendrías que hacer es abrir la puerta y pasarle el sobre. Es todo.

—Mmmmmmm… —dijo Gabriela, dándose el lujo de saborear cada segundo que pasaba sin responder a mi solicitud—. Te aviso, falta que se definan los turnos de la próxima semana, no puedo asegurarte nada hasta saber eso.

—Pero si te toca un día en el que no tengas turno de mañana, ¿me haces el favor? —sabía que estaba siendo intencionalmente cruel, pero necesitaba la ayuda de Gabriela de una forma u otra y de nada me

servía intentar discutir con ella.

—Ok. Te aviso apenas sepa —dijo con la actitud de una reina desinteresada, como si yo fuese tan solo otro más de sus siervos suplicantes, presentándose ante su corte de almohadas con mis solicitudes carentes para ella de verdadera importancia. Tuve que aguantarme las ganas de reír. No me había fijado, pero llevaba el cabello tomado en dos moñitos sobre su cabeza. Era la única forma práctica de alejarse el pelo de la cara, dado el largo de su corte, y el peinado la hacía ver como una guagua gigante. Una pequeña tirana mañosa.

—Gracias, Gabi, en serio —dije ignorando su mala disposición—. ¿Ya comiste? ¿Te preparo algo? —hice lo que fuera necesario para mover la balanza a mi favor.

Un par de días después me confirmó que el miércoles de la semana siguiente estaría en el departamento para ayudarme con los documentos, y hasta que ese día llegó, mis esfuerzos por regalonearla en todo lo que estuviese a mi alcance se duplicaron. Las zonas comunes del departamento estaban impecables. Cuando estaba en el hospital, me preocupaba de ir a buscar loza sucia a su pieza y me ocupaba de ella antes de que volviese. Dejaba comida preparada y corría a contestar el citófono apenas sonaba, para evitar que ella se levantara. Hice lo posible por mantener mi ansiedad al margen, pero mi inseguridad era más fuerte y perdí la cuenta de cuantas veces le pedí que me confirmara que iba todo bien para el miércoles.

—Ya, Elena. Te dije que sí, no insistas —contestaba Gabriela irritada.

—Perdón, me tiene nerviosa. Me atrasé con un par de papeles y estoy en la quemada para que lleguen a tiempo. Tienen que enviarse esta semana sí o sí.

El martes, a Gabriela le tocó un turno largo, de esos que comenzaban a las ocho de la mañana y no daban tregua hasta las ocho de la noche. Llegó liquidada, y a la mañana siguiente cuando yo estaba lista para salir, ella aún dormía profundamente. Le dejé el sobre amarillo, grueso como una guía telefónica, sobre la mesa de centro junto con unas instrucciones detalladas de lo que debía hacer cuando llegase el repartidor. Había unos papeles que debía firmar en mi nombre, para los cuales le había dejado el papeleo solicitado para que pudiese hacerlo por mí. Para sellarlo todo, bajé a comprar un par de muffins en el almacén, los cuales acomodé junto con el resto de los encargos, agregando como última instrucción que eran para ella y que los disfrutara. Me habían notificado por correo el horario aproximado en el retirarían los documentos, entre las dos y las cuatro de la tarde. Le deje una última notita sobre el sobre, subrayando dos veces la ventana de tiempo en la que vendrían a buscar las cosas, además de

un mensaje de texto repitiéndolo todo por si las moscas.

Intenté no darle más vueltas cuando llegué al laboratorio, pero la jornada avanzaba a un ritmo glacial. Constantemente revisaba mi celular, esperando el mensaje que confirmara que Gabriela ya había despertado y estaba atenta al timbre. Llegó un punto en el que Carlos me sugirió irme a darme una vuelta por los patios de la facultad de Ciencias Sociales, específicamente por las graderías que se encontraban detrás de los baños, donde los alumnos de pregrado solían compartir pitos mal enrolados entre clases, a ver si me convidaban y lograba relajarme un poco.

A las dos aún no recibía noticias de Gabriela.

—Ella siempre ha sido distraída al contestar, tranquila, debe ser eso —dijo Carlos en un intento por tranquilizarme—. Si estás demasiado urgida, ándate. Si alguien pregunta, yo te cubro.

No se diga más.

Tomé mis cosas y me fui a toda prisa. Mis nudillos se veían blancos, aferrada con una fuerza alarmante al pasamanos del vagón del metro. Como una maniática actualicé mi correo sin cesar por si me entraba alguna notificación, ignorando que de nada servía mientras estuviese bajo tierra y la señal de mi celular no mejorara. Eran casi las tres de la tarde cuando me entraron las notificaciones mientras subía las escaleras mecánicas del metro, dos escalones a la vez. Tenía tres llamadas perdidas de un número desconocido.

—¿Aló? Tengo llamadas de este número.

—¿Elena Ramos? Hola, sí, la llamaba por el retiro que tenía programado. No había nadie en el domicilio, tendrá que reagendar por la página web.

—No, no, no, no. Si hay alguien, le juro ¿Tocó el timbre?

—Sí, tocamos el timbre y la puerta, además de llamarla. Lo lamento, señorita, pero ya nos fuimos, no nos podemos atrasar en la ruta.

— ¡Por favor! ¿Está cerca? Yo estoy a diez minutos, se lo ruego —imploré

—No es posible, lo lamento. Debió de haber estado atenta al horario indicado. Por la web puede reagendar, que tenga buen día —dijo el hombre al otro lado del teléfono, cortando la llamada sin misericordia.

Me demoré un rato en despegar el teléfono de mi oreja. Miré mi reflejo oscuro en la pantalla, incrédula. No puede ser. Intenté tranquilizarme. Todo va a estar bien, apenas llegue a la casa sabré que pasó, si se despacha mañana o pasado, debería aún llegar dentro del plazo. Cálmate, Elena. Llega a casa primero y ahí vemos qué hacer, de nada sirve ponerse a llorar en la calle, pensé. Debí haber entrado en un estado profundo de negación, ya que no recuerdo qué me pasó por

la cabeza ni nada a mi alrededor hasta que estuve frente a la puerta del departamento, llaves en mano.

Quien sabe qué me esperaba detrás de aquella puerta.

Abrí con cuidado, despacio, lento, con cariño. Empuje suavemente la puerta con la yema de mis dedos para evitar hacer ruido. Seguían los platos sucios de anoche en el lavaplatos, la tele de la salita estaba apagada, el sobre y sus instrucciones estaban donde mismo los había dejado, pero a mi derecha, la puerta de Gabriela estaba abierta de par en par. Di dos pasos hacia el frente, cerré la puerta tras de mí, y me asomé a su dormitorio. Sus cortinas no habían sido abiertas aún, olía a sueño y a sudor, sobre la cama ahora destapada yacía Gabriela, y sobre sus orejas, unos audífonos gruesos. No recordaba haberlos visto cuando me asomé en la mañana.

Me quedé ahí quien sabe cuánto tiempo, mirando a Gabriela dormir con el más profundo de los desprecios. Quería gritarle. Quería tirarle la mochila encima, idealmente sobre la cabeza. Una cosa le pedí. Una.

¿La despierto? ¿La dejo tranquila? Si la despierto, ¿qué mierda le digo? ¿Qué mierda me dirá a mí?, di vueltas en mi cabeza.

Sí, le había pedido el favor, y era importante, pero también lo pude haber hecho yo. No sé, pedirme el día, decir que estaba enferma, que sé yo. Pero a ella no le costaba nada. Se lo recordé toda la semana. Bueno, yo también pude haberme preocupado y no dejarlo a última hora. Pero se lo pedí. Dijo que me ayudaría. Pero es responsabilidad mía. Y ella está ahí durmiendo. Con audífonos. Qué mierda.

Escuché a Gabriela moverse, una pausa en el huracán de catástrofe en el que lentamente comenzaba a caer.

—¿Ele? ¿Qué hora es? —dijo quitándose los audífonos y el sueño de los ojos.

—Las tres y media —respondí con un tono plano.

—Uff. Menos mal llegaste, no han venido por los documentos, ¿verdad? —preguntó con liviandad, girándose sobre si misma hasta colocar los pies en el piso, estirando los brazos por sobre su cabeza para espantar el sueño.

—Ya pasaron, tocaron el timbre y la puerta.

—Mierda, no los escuché. Chuta. Se puede reagendar, ¿no? —dijo Gabriela sin mirarme, mientras se dirigía al baño. Yo ya me sabía esta jugada de su repertorio. Si se soluciona, entonces no pasó nada, y si no pasó nada, ella tampoco tiene la culpa de nada.

—Sí, pero te lo había pedido, Gabriela. Te dije mil veces lo importante que era, me dijiste que estarías atenta —solté conteniéndome con todas mis fuerzas. No quería pelear, no había sentido alguno en ello, pero tampoco se la daría gratis.

—No me quedé dormida a propósito, Elena. Te recuerdo que ayer tuve turno, estaba liquidada —dijo desde el baño, momentos antes de encerrarse con un portazo.

Lo sabía. Gabriela, experta mundial en ponerse a la defensiva cuando se equivocaba. Podía entender que se haya quedado dormida, claro, tengo empatía, pero aquella actitud que tomaba había logrado reventarme hasta el último capilar. No me iba a quedar esperándola allí, no tenía ganas de seguir hablando, tampoco había algo que ganar en ello. Mejor me ocupaba de reagendar la entrega.

Me dejé caer con fuerza en el sillón. La puerta del dormitorio de Gabriela seguía abierta, dejando pasar el sonido de la cadena y el agua corriendo, sus ecos desinteresados se colaron en la salita. Frente a mí estaban los documentos abandonados. Evité mirarlos. Solo me enojarían más. Saqué el computador de mi mochila, abriéndolo frente a mí de tal forma que ocultaba la mesa y mis instrucciones patéticas detrás de su pantalla. Si consigo que vuelvan mañana o incluso el viernes, aún podrían llegar a tiempo.

La próxima fecha disponible no era hasta dos semanas más.

No.

Un número al cuál llamar, rápido. Alguien me tenía que ayudar.

¿Aló?

Una máquina.

¿Cuántos números necesitaba presionar hasta que me dieran con una persona?

Otra máquina.

Creo que me equivoqué en alguna opción. Lo mejor era cortar y llamar de nuevo.

¿Aló? ¿Ahora sí?

Es urgente. Si sé que había un horario definido.

Si sé.

Perdón.

¿No hay nada que pueda hacer?

¿No hay alguna opción?

Sí, la espero.

Había visto a Gabriela asomarse en mi visión periférica, haciendo quien sabe qué cosa en la cocina, no la quería mirar a ella tampoco. Si el purgatorio existe, en él debe sonar esta misma música de espera.

¿Aló?

Tiene que haber algo que pueda hacer, se lo ruego, es urgente.

Ya.

Adiós.

—¿Pudiste reagendar? —preguntó Gabriela, dándome la espalda mientras le echaba agua al hervidor, con la intención de prepararse un café.

No fui capaz de responderle. Miré la pantalla por un largo rato, sin saber qué decir, qué hacer, qué wea. Cuando al fin recobré el sentido de realidad, cerré el computador y lo dejé a un lado. Miré el sobre frente a mí. Un destello azul me llamó la atención. Había un papelito allí, todo arrugado, que se asomaba bajo el sobre. Estiré mis dedos y tiré de él. Era el envoltorio de uno de los dos muffins que había comprado en la mañana, hecho bolita. Al sacarlo de su escondite, unas cuantas migas salvajes cayeron sobre la mesa.

Capítulo 19

—Gabriela —dije, con el papel en mis manos, incrédula.

—¿Qué? —dijo ella sin voltearse

—No puedo creerlo —mis manos comenzaron a temblar arrojando las últimas migas que aún se aferraban al papel—. Esta vez te pasaste. No puedo creerlo —la miré, mis ojos ya estaban inundados de lágrimas. Vi como el pánico se apoderaba de su rostro. Ella era un ciervo, yo una camioneta, y el maldito papel en mis manos la había encandilado. Su boca se abrió en vano unas cuantas veces, como un pescado fuera del agua. Espere a que me dijera algo, lo que sea, pero ella solo se limitó a mirarme como una estúpida.

—¡¿Te comiste los muffins?! —fue lo único que atiné a gritarle, de todas las cosas que pasaban por mi cabeza, fue lo primero que salió.

—¡¿Qué tiene?! Pensé que me los habías dejado, te compro otros si quieres —reaccionó al fin.

—Me importan un reverendo pico los muffins. Te levantaste y te los comiste. Te levantaste y te los comiste, y no fuiste capaz de hacer una puta wea que te pedí, que era contestar el timbre — le grité, desbordándome como una olla descuidada.

—No había nada más en la casa, perdón, para la próxima me muero de hambre, no me como más tus cosas si me vas a extorsionar por un queque —dijo indignada, su voz comenzó a elevarse contra la mía.

—Sabes que no me refiero a eso. Te despertaste, viste todo lo que te dejé, te envié un mensaje para recordártelo, y te cagaste en mí. Te dormiste una siesta con audífonos, no pusiste ni alarma y te pasaste por la raja lo que te pedí —rugí devuelta.

—¡Perdón por estar cansada! ¡Perdón por tener hambre! Para la próxima entonces renuncio así te hago bien el favor, ¡¿eso es lo que quieres?!

—¡¿Sabes qué?! No. No voy a tener esta conversación ahora. No estoy pensando bien y no quiero decirte algo de lo que me pueda arrepentir —espeté devuelta, tomando mis cosas y dando un portazo que por poco bota los cuadros de la salita por la forma en la que retumbó el departamento completo.

Con la puerta cerrada detrás de mí, dejé caer mi cuerpo hacia atrás apoyando mi peso completo sobre ella. Se sentía como si la vida me estuviese pasando frente a los ojos a nivel emocional. Eran microsegundos consecutivos de furia, desolación, desconfianza, rabia, desesperación, cada uno brillando de manera enceguecedora en su máxima expresión, cada sentimiento atravesándome como un huracán. Estaba siendo zamarreada por dentro sin piedad y me sentía demasiado abrumada, cuando lo que necesitaba era procesar todo lo que había ocurrido hace unos momentos. Estaba cagada. Alguien me había cagado. Por un segundo allí en la salita estaba segura de que esa persona era Gabriela, pero ahora, en mi propia pieza, a mi confianza le temblaban las rodillas. No es como que no había pensado en algún momento que quizás no era sensato haberle confiado algo tan importante a Gabriela, sabiendo que no tiene el mejor historial para este tipo de cosas. Pero en general nunca le pido ayuda. Y ella se había comprometido. No es como que lo hizo intencionalmente. Pero tampoco creo que se lo tomó en serio. Y yo estoy segura que podría haberlo hecho mucho mejor.

¿Lo habría hecho mejor?

Hubiese puesto una alarma en la mañana. Hubiese puesto diez alarmas a la hora a la que tenía que estar atenta a la puerta. Jamás se me hubiese ocurrido echarme a dormir siesta ni mucho menos con audífonos. O quizás también me hubiese equivocado. Elijo creer que lo hubiese hecho mejor, pero no tenía como saberlo. Lo que si sabía con total seguridad era que de haber sido Gabriela, culpable o no, yo me hubiese sentido pésimo al respecto. Pero mis pensamientos eran para mí, no estaba lista para hablar con Gabriela, ni ella se había acercado a hablar conmigo.

Los dos días siguientes fueron una agonía. Nos esquivamos con elegancia, ni una vio a la otra más allá de algún talón escondiéndose detrás de una puerta. Era como si ninguna de las dos viviese realmente en el departamento, allí apenas vivía nuestra ropa y nuestras camas, además de la incomodidad y el dolor que se había pegado como polvo a todas las superficies. Entre más tiempo pasaba, más resentía a Gabriela y su silencio cobarde.

En esos días empecé a considerar cada vez más que quizás lo mejor para ambas sería que dejásemos de vivir juntas. Ya no me sentía bienvenida en mi propia casa, evitaba estar allí, y cuando lo estaba, me la pasaba encerrada. Se sentía como estar de vuelta en la casa de mis papás. No podía tolerarlo, pero tampoco era una decisión fácil. Entre más lo pensaba, menos sabía qué hacer. Nunca habíamos tenido problemas de este tipo con Gabriela antes de que fuésemos compañeras de departamento, quizás, nuestros problemas en realidad solo se debían a que no éramos compatibles en ese sentido. Incluso si

estaba en lo correcto, y la forma de salvar nuestra amistad era separándonos como coarrendatarias, ¿cómo se daría esa conversación? ¿Cómo se lo tomaría ella?

Digamos, hipotéticamente, que todo sale bien. Incluso si así tal cual ocurría, luego quedaban dos opciones: irme por mi cuenta, o pedirle a ella que se fuera. Estaba bastante segura que la segunda opción significaría matar la relación, ya que Gabriela difícilmente se iría por las buenas. En cambio, la primera, irme yo del departamento, era igual de mala idea dadas las condiciones en las que me encontraba.

Estaba batiéndome la cabeza pensando en posibles formas de solucionar esto cuando al tercer día, Gabriela apareció.

Fue como si nada hubiese pasado.

Estaba llegando del trabajo, y cuando abrí la puerta, Gabriela estaba echada viendo tele en el sillón de la salita.

—Hey, te llegó comida así que la subí y te la dejé en el refrigerador —dijo Gabriela apuntando al refrigerador.

Le agradecí a secas, saqué mi comida china del refrigerador, y me encerré con una violencia fuera de lugar en mi pieza. Mientras yo me había pasado días completos sufriendo dentro de mi propia cabeza angustiada, después de posiblemente haber arruinado una de las oportunidades más importantes de mi carrera profesional, para Gabriela lo que había pasado no había sido más que un trámite. Verla ahí, tirada en el sillón como si nada era más de lo que estaba dispuesta a soportar.

No quería seguir viviendo con Gabriela. No así. No si a ella yo no le podía importar menos, tal y como me lo había demostrado recién. Debería haberme quedado en mi pieza, pero no estaba pensando, ni me importaba en ese momento.

—¡¿Es que realmente te vas a hacer la weona?! ¡¿Tu plan es hacer como que no pasó nada?! —chillé entrando al living.

—¡Oye! ¡Qué te pasa! —gritó devuelta, alterada por el sobresalto que le causé.

—¿No crees que nosotras dos tenemos una conversación pendiente? —le dije cruzándome de brazos frente a ella, bloqueando su paso como si en cualquier momento fuese a intentar escapar.

—Ok. Me parece —respondió con calma, acomodándose en el sillón hasta quedar sentada en uno de sus extremos.

Me senté en la otra punta, y mirando a Gabriela, esperando a que dijese algo. Ella me miraba a mí, como si estuviese esperando lo mismo.

—Ya, te escucho —dijo al fin, con la mirada desafiante, de brazos cruzados y apretando los labios. Quien era mi mejor amiga, una de las personas más importantes de mi vida durante gran parte de ella, no

estaba sentada junto a mí.

Apenas podía reconocer a Gabriela detrás de esos ojos duros.

—¿Cómo que te escucho? —partimos mal.

—Tú eras la que quería hablar —dijo de manera pedante.

Mis uñas se clavaron al sillón en un intento por mantener la compostura. Había repasado esta conversación un millón de veces en mi cabeza, pero jamás me anticipé a esa actitud repulsiva. Me miraba como si ella fuese una inspectora y yo una alumna mal portada, esperando desganada mis disculpas poco sinceras para poder seguir con su día.

—Perdón por gritarte, se me pasó la mano y estuvo fuera de lugar. Pero, Gabriela, eso no quita que me pasaste a llevar —dije de manera clara y pausada, intentando retomar el guion que había ensayado, lo quiera el público o no.

—No fue a propósito. No es justo que me trates así, no es como que haya sido intencional.

—Que no haya sido a propósito no significa que no la hayas cagado. La cagaste, y siento que no te importa.

—Me tratas pésimo, como si fuese la peor del mundo. Perdón por quedarme dormida.

—Basta. Basta de hacer eso. Gabriela, en serio cómo puede ser que en tu vida todo siempre esté mal, ¿pero nada nunca sea tu culpa? Nunca nada es tu culpa, nunca te haces cargo de cuando eres penca. Ni siquiera te has disculpado. No te importa. Cagué con la beca, y no te importa. Yo hubiese pensado que con todo lo que he hecho por ti, podía confiarte un puto favor. Te dije lo importante que era. Te lo repetí hasta el cansancio. Me siento estúpida, me debí haber ahorrado todo eso. ¡Eres la persona más egoísta que he conocido en mi vida!

—¿Cómo que egoísta? Literalmente me dedico a diario a salvar vidas en el servicio público. Tú no tienes ni idea de lo que es sacrificarse por otros, pero de verdad. No como tú que crees que porque a veces sacas la basura te tengo que estar agradecida.

—No se puede hablar contigo. Realmente no se puede. ¿Cómo no te vas a dar cuenta? ¿No te parece raro que siempre te peleas con todos, incluida tu propia familia? ¿En serio jamás te has cuestionado si puede que tenga algo que ver contigo? Eres una mala amiga. Te estoy diciendo que me trataste pésimo y no te importa—dije desesperada, tomándome la cabeza como si me fuese a arrancar la mitad del pelo en cualquier momento.

—¡Quizás no me importa ser una buena amiga! ¿No crees que tengo cosas más importantes de qué preocuparme que de ser una buena amiga? Si eso es lo que piensas, entonces para qué cresta vienes a molestarme, tú eras la que quería hablar, no yo —contestó Gabriela con amargura.

—Ok. Está bien. Con esto ya me basta. Necesitaba confirmar algo que sospechaba, pero ahora lo tengo clarísimo. Te importo un pico. No te importo en nada. Yo no quiero volver a vivir en un lugar en el que no importo —dije esforzándome por contener las lágrimas que amenazaban con estallar en cualquier momento.

—¿Crees que esto ha sido fácil para mí? ¿Crees que no he tenido que soportarte yo a ti también? Tú no tienes ni idea —devolvió Gabriela, su posición defensiva avanzando hacia la ofensiva. —Eres una terrorista emocional. Tú no te das ni cuenta de lo estresante que es vivir contigo, cada vez que hago algo que no va con tu pinta, me castigas distanciándote a propósito. Como si dejase de existir para ti apenas me equivocaba en lo más mínimo. Y si no me ignoras, me tratas como si fuese una niña que no sabe hacer nada por su cuenta ni tampoco merece que confíen en ella. Francamente, hubiese sido lo mismo quedarme en la casa de mis papás que irme a vivir contigo.

—Tú me pediste a mí venirte a vivir conmigo, tú me pediste a mí que siguiéramos viviendo juntas.

—Simple, podrías haber dicho que no. Yo a ti no te debo nada.

—Yo… No puedo. No puedo seguir viviendo contigo.

—¿Qué?

—No puedo seguir con esto. No quiero vivir más contigo.

—¿Y cómo lo hacemos? No es así no más. Nos quedan ocho meses más de contrato de arriendo, yo no me pienso ir.

—No lo tenemos que decidir ahora, veámoslo después. Voy a buscar opciones y te cuento qué tal. Busca tú también por mientras.

—No me parece que corresponde. Partiendo porque tú eres la que se quiere ir. Además, de todas formas, tú te ibas a ir a Escocia. Lo más justo es que te vayas tú.

Estaba a punto de cerrar la puerta de mi dormitorio cuando este último comentario me detuvo en seco.

—No sé si podré irme a Escocia por tu culpa, hija de puta. A ver, digamos que sí por amor al arte, y lograra arreglar la cagada que te mandaste e irme este año, ¿crees que va a ser fácil encontrar un lugar que me quiera arrendar de manera temporal? Incluso si eso no fuese prácticamente imposible, ¿por qué crees que mereces quedarte el departamento? ¿Cuándo te has hecho cargo de algo en esta casa? No haces nada. No sabes ni dónde está guardada la escoba ni dónde está el ducto de basura. Eres tan floja que esperas a que yo me ponga a lavar la loza para meter los platos sucios que escondes en tu pieza.

—Obvio que no limpio la cocina tanto como tú, yo apenas cocino mientras tu dejas la cagada día por medio. Las ollas sucias que dejas a vista y paciencia de todos no son nada versus un par de platos que al menos yo tengo la decencia de no dejar en un espacio común. Elena, yo lo intento. Realmente hago el esfuerzo por mejorar en ese sentido,

pero porque no es como tú quieres, no cuenta. Yo no tengo por qué hacer un esfuerzo por ti, ni para ti —dijo Gabriela, enfatizando el «tengo» con insinuación.

—Gabriela… —suspiré agotada, yo misma nos había llevado a ese callejón horroroso donde a lo único que se podía jugar era al empate, pero tampoco estaba segura cómo salir de ahí —No espero que hagas por mí exactamente lo mismo que hago por ti, créeme que no es la razón por la que lo hago. Lo hago porque te quiero. Lo que yo espero de ti es saber que te importo lo suficiente como para hacer un esfuerzo real.

—Yo no tengo por qué hacerme cargo de tus expectativas. Tú eres la que tiene un problema, tú quisiste hablar, tú eres incapaz de perdonar y superar el asunto. Tú partiste esta wea, así que decídelo tú. Haz lo que quieras. Tú no quieres vivir conmigo, tú decides cómo nos repartimos el departamento.

—¡Cómo te voy a perdonar si ni siquiera fuiste capaz de pedirme perdón! No lo hiciste de verdad, lo más cerca que estuviste de eso fue pedirme perdón por estar cansada, pero no eres capaz de disculparte por haberme pasado a llevar de la forma que lo hiciste.

—¿Te das cuenta? Si no es como tú quieres, entonces no sirve. Siento que la única forma de calmarte es si me revuelco a tus pies ¿Te dejaría eso contenta? ¿Quieres que me tire al piso y te muestre mi guata como un perro? —Gabriela se detiene un momento, su tono de voz, antes errático en su defensividad, de repente se calma gracias a la seguridad de una epifanía —Por eso es que nadie te quiere, Elena. Por eso no tuviste nada mejor que hacer que invadir mi grupo de amigos. Eres tan patética que crees que chupándole el pico a todo el mundo les vas a caer bien, y luego lloras cuando nadie te lo quiere chupar devuelta. Tú sola te has hecho esto.

Sola.

Sola, sola, sola.

Sola.

Había pasado la mitad de mi vida aprendiendo a soportar la soledad, durante un breve momento pensé que había logrado escapar de ella gracias a Gabriela, y luego volví a caer al fondo del pozo como nunca gracias a la misma persona que en un principio pensé me había rescatado. Ella tenía razón. Creo que me hice esto a mí misma. No tenía otra explicación a mano. Gabriela había dejado más que claro que este show era un problema mío, ella no quería ni le interesaba verse involucrada. Es más, había insistido en que fuese yo quien tomara la decisión. Había sido bastante directa al aclarar que a ella no le afectaba el resultado. Y si yo era capaz de destruir la relación por mi propia cuenta, probablemente era porque su supervivencia solo se apoyaba en mí. Estaba tan complicada preguntándome a mí misma

qué era lo que quería hacer, cómo arreglar nuestra relación con Gabriela, que no se me había pasado por la cabeza un factor clave en esa ecuación.

—Yo… ya no doy más. Si me hubieses pedido disculpas cuando pasó lo del sobre, ahí mismo se hubiese acabado. Si tan solo hubieses sido capaz de pedirme perdón ahora, jamás habríamos llegado a esto. Yo sé que yo sí lo hubiese hecho. Quizás tienes razón y hubiese sido por las razones equivocadas, pero si todo lo que hacía falta era pedirte perdón incluso si creía que no tenías la razón, es un precio muy bajo con tal de no arriesgarme a perderte. Soy tu amiga, te dije que me hiciste daño, y te importa más dejar claro que no es tu culpa que el hecho de que estoy dolida.

—Claro, porque yo todo lo hago mal y tu hasta hipotéticamente lo harías mucho mejor que yo. Santa Elena… ¿A qué vas con eso? ¿Qué estás tratando de demostrar?

—Nada. Ese es el punto. Ya no me importa quien está bien y quién está mal, Gabriela. Ahora sé que para ti es más importante tener la razón que tenerme en tu vida. Así que nada. Quédate con esta victoria, quédate con tus amigos, quédate el departamento y todas las weas que tiene adentro. Quédatelo todo.

Capítulo 20

Las secuelas de esa pelea se pegaron a mi cuerpo como moretones invisibles. Estaba agotada, mi corazón desahuciado, mis piernas incapaces de sostenerme en pie. Fue un desamor como ninguno. Era una prueba de resistencia, y yo no quería saber cuán profundo era capaz de llegar el dolor, ni mucho menos me interesaba participar de ella. Cada día pensaba que estaba a punto de llegar a mi límite, y cada noche era como si el límite excavara cien metros más en profundidad en el fondo de mi miseria.

Si me lo preguntan a mí, hasta el día de hoy creo que sufrí más por Gabriela que por cualquier otra ruptura. Divorcios incluidos.

Al menos no todo era una mierda.

Algunas cosas si tenían solución.

No fue posible postular a ni una beca. No hubo ni una llamada, correo ni intervención divina capaz de convencer a la administración de aceptar documentos fuera de plazo. Lo bueno es que podía volver a postular el año siguiente, y un banco había sido lo suficientemente optimista como para aceptar otorgarme un préstamo para cubrir mi matrícula y otros gastos hasta entonces. No era una solución perfecta, pero por el momento, era suficiente. Aunque hubiese preferido con todo mi corazón volver a mi antiguo departamento, tuve que resignarme a aprender a querer el primer lugar en el que estuviesen dispuestos a arrendarme de manera temporal. Era una pieza angosta donde solo cabía una cama, y el baño tenía que compartirlo con otras tres personas más. Técnicamente, vivía con mis arrendatarios. Todos los que estábamos allí en realidad le subarrendábamos a una pareja casada que, por alguna razón, a pesar de ser los únicos arrendatarios legales de ese lugar, habían decidido dormir en la pieza más chica del departamento que se encontraba dentro de la cocina. No era ideal, pero estaba cerca de la universidad, podía avisar mes a mes si me quedaba o no, y la verdad mis cohabitantes no eran desagradables en lo absoluto.

En estricto rigor, lo único que realmente necesitaba era un lugar en el que pudiera estar tranquila para podrirme en mi cama hasta echar raíces, donde pudiera estar pegada a mi celular y esconderme del resto

del mundo sin que alguien intente interrumpirme. No era lo mejor del mundo, pero cualquier cosa era preferible a quedarme una semana más en el departamento que nos vimos obligadas a compartir de manera hostil con Gabriela mientras yo buscaba un lugar a dónde escapar lo antes posible.

Perdí el interés en todo, excepto en una única actividad que consistía en ver absolutamente todo lo que hacía Gabriela en redes sociales. Menos mal ella tuvo la amabilidad de dedicarse con empeño a distribuir material de manera constante. De esa forma fue que me di cuenta de que, aunque yo ya había dado la guerra por finalizada, Gabriela no esperó a que el humo se disipara para iniciar una guerra fría de manera despiadada y unilateral en mi contra.

No me lo esperaba.

Pero tampoco debería sorprenderme.

No era suficiente para Gabriela quedarse con todo, quería que a mí me quedara nada.

Tomé distancia de varias personas justo después de la pelea con Gabriela. No quería ver a nadie, ni tampoco se me hubiese ocurrido invitar a alguien a la casa con como estaban las cosas entre nosotras. No quería contarle a nadie lo que había pasado. No pude evitar cuidarla, independiente de lo que había ocurrido. Parte de mí la odiaba, sin duda, pero no se me hubiese cruzado por la cabeza hablar mal de ella. Parte de mí no quería admitir que aún se aferraba a la mínima posibilidad de que todo se solucionara entre nosotras. Quería creer que este era solo un capítulo malo, no el fin de nuestra historia. No me podía sacudir la lealtad de encima, y no se me hubiese ni ocurrido comentarlo con otros y traicionar a Gabriela, aunque fuera por si acaso.

Debí ser más astuta.

Al día siguiente de nuestra pelea, Gabriela subió a sus redes una foto con Valentina, tomándose una copa en el Bar de la Cuca. Al otro día, una foto con Tamara e Ina. Luego Cata, y así, de a poco, vi como Gabriela se reunía con la mayor parte de los amigos que teníamos en común, y como varios de ellos me iban eliminando de sus propias redes sociales.

Bueno. Que se los quede a ellos también.

Por Carlos supe más o menos la consistencia del veneno que Gabriela se dedicó a esparcir. No vale la pena repetirlo, de la misma forma que no valía la pena defenderme de él. Si realmente eran mis amigos, tendrían que ser ellos quienes se preocuparan de averiguar ambos lados de la historia. Estaba demasiado herida para seguir peleando. Me prometí a mí misma que nunca más mendigaría amor de nadie.

Me prometí mil cosas a mí misma en ese entonces.

Estaba tan dolida, pero más que dolida estaba triste. Me daba pena lo mucho que había querido a Gabriela, lo feliz que me había hecho ella a mí, y lo fácil que fue para ella desecharme. A ratos, pensaba que me lo merecía. Esto solo confirmaba algo que siempre supe. Soy una persona difícil de querer. Hay algo en mí que simplemente no me hace querible. Era eso, o me habían mentido toda mi vida al decirme que existe el amor incondicional. Si no era lo que ellos querían que fuese, si no hacía lo que ellos querían que hiciera, si no cumplía con lo que ellos necesitaban de mí, yo no era suficiente para importarles ni mucho menos para soportarme. Ni una persona en mi vida me había demostrado lo contrario.

Estaba tan triste que caía en la desesperación. En los momentos en los que no podía soportar la pena, mi desesperación buscaba consuelo donde sea que lo hubiese, aunque sea en lo más ridículo con tal de sentir un mínimo de alivio. Intentaba encontrar una explicación para algo que tampoco entendía realmente.

Después de todo lo que había pasado, se sentía como si hubiese estado ciega durante todos estos años. En un principio, pensaba que el incidente era la razón principal por la que ahora veía a Gabriela como una persona egoísta, utilitaria, florerito de mesa, victimizada y por sobre todo, desconsiderada. Ahora, de a poco, comenzaban a flotar hacia la superficie pequeñas embarcaciones cargadas de evidencia. Como si siempre hubiese tenido las piezas del puzle, pero me negaba a completarlo con tal de no ver de qué se trataba. Gabriela siempre fue así. Una y otra vez se comportó de una u otra forma, y lo único que había cambiado desde entonces, había sido yo. Siempre estuvo todo a la vista, y yo lo adoré en su momento. La validé, y cuando me dejó de gustar, ya era muy tarde. Obviamente, a esas alturas ella ya estaba convencida de que el problema era yo.

Quizás en realidad la culpa era de ambas en igual medida.

Durante mis peores delirios me convencí a mí misma de que la causa de todo esto era que éramos tan perfectamente compatibles que una vez juntas, intentar por cualquier motivo separar la partícula de Gabrielena hubiese resultado en una explosión atómica de consecuencias catastróficas. Porque realmente éramos perfectas la una para la otra de las formas más bizarras.

Podía admitir que yo era el tipo de persona que se sacrificaba a sí misma como moneda de cambio, y que exigía cobrar sentimientos de esa forma ¿En qué me diferenciaba yo de la madre de Gabriela en ese sentido? ¿No era acaso exactamente lo que Jacinta hacía para obligar a Gabriela a ser la hija que ella quería que fuese? ¿No entendía yo ese sentimiento mejor que nadie? Era poético cómo Gabriela estaba a medio paso de mi propia madre, en la forma en la que demandaba mi cariño, contención y atención, a cambio de migajas de la suya. Quizás

fue inconsciente, quizás era el destino, pero ambas calzábamos a la perfección adentro de la herida de la otra, y cuando llegó el momento, también supimos cómo atacar donde más dolía.

Capítulo 21

—¿Vas a ir? — preguntó Carlos mientras rellenaba su taza y la mía con café.

—No sé —dije cortante, no quería hablar del tema. No tan temprano en la mañana, ni nunca, preferiblemente.

—Yo voy a estar ahí. Varios del laboratorio van a ir —insistió.

—Lo voy a pasar pésimo —le supliqué.

—Ele, puede ser la última oportunidad que tengamos de tomarnos una cerveza antes de que te vayas. Por favor, no vas a estar para nuestro matrimonio, al menos tienes que intentar ir a nuestra fiesta de compromiso—rogó él por su lado.

La celebración se llevó a cabo en un bar. Pensé que era ese mismo donde Pamela había celebrado su cumpleaños hace tantos años. No lo era, pero la melancolía deformó mis recuerdos y en mi cabeza habíamos vuelto al mismo lugar en el que partimos. Era un océano tempestuoso de cuerpos, gritos y humo. Había que esquivar una docena de mesas y de pequeñas congregaciones para llegar al salón reservado para la ocasión. Allí se extendía una mesa larga llena de vasos a medio beber, cajetillas de cigarros abiertas y dispuestas para quien quisiese servirse, más un puñado de celulares y llaves que posiblemente serían extraviadas antes de que terminara el festejo. La diferencia estaba en que lo que antes era una colección de personas desconocidas, ahora los veía como un cementerio de afectos. Allí estaba el grupo de amigas del trabajo, el escandaloso y eterno grupito de su colegio de monjas, los primos que circulaban entre los grupos como comodines humanos, y en la esquina más apartada, los compañeros de trabajo del futuro esposo.

Pamela se encontraba al centro de sus amigas del colegio, meterme allí para saludarla fue demasiado incluso para una masoquista como yo, por lo que hice una línea recta hacia los del laboratorio, mirando fijamente el suelo para así no arriesgarme a cruzar miradas con nadie durante el trayecto.

Nuestros colegas, que se encontraban de pie en un semicírculo, hablaban de lo mismo de siempre: que la muestra de participantes, que no sé cuántas horas estuvieron limpiando una base de datos, de la

falta de lucas y el exceso de horas laborales. Es fácil saber qué decir y cómo aportar a la conversación. Es cómodo, es seguro, es familiar.

—Wow. Estaba comenzado a perder la fe en ti —dijo Carlos cuando al fin nos pudimos saludar—. Gracias por venir, en serio —me susurró al oído mientras me abrazaba con fuerza.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Debería darte las gracias a ti. Has sido un muy buen amigo, incluso cuando yo no lo he sido —dije sin soltarme, devolviendo el abrazo con ganas.

—Para alguien tan inteligente como tú, sigues igual de weona que siempre. Yo no te «soporto», yo te quiero. Y no me «debes» nada por quererte —dijo Carlos, alejándose de mí, pero sin soltar mis hombros, sosteniéndome a medio metro de él, listo para sacudirme en cualquier momento de ser necesario. Ojalá lo hubiese hecho, me lo merecía.

—Perdón —le dije, ya habíamos hablado sobre esto hasta el cansancio, pero reconfigurar mi culpa y mi dolor era más sencillo en la teoría que en la práctica.

—¿Cerveza? —preguntó, intentando llamar la atención de un mesero, aleteando su bracito que apenas alcanzaba a asomarse por encima de la multitud.

Me quedé la mayor parte de la noche allí, en la esquina, hablando superficialmente con los de la pega, dándole sorbos tímidos a mi vaso de cerveza, y evitando mirar de manera tan obvia el ruidoso grupo de mujeres del cual sentía había sido desterrada, cuyas risas se escuchaban con tal claridad que daban la impresión de estar a mis espaldas. Gabriela estaba al centro, junto a ella Valentina. No necesitaba que Carlos me lo confirmara, ya sabía que había sido reemplazada en más de un sentido, con la facilidad de quien se cambia la ropa interior. De verdad hubiese preferido no verlo, pero al final del día fue más compasivo de lo que fue doloroso: no era algo personal. No se trataba de mí. Nunca se había tratado realmente de mí. Se trataba de cómo encajaba en las necesidades de Gabriela. Había ocupado una vacante en su vida, y cuando renuncié, mi reemplazo no tardó en llegar.

No me importa si no me creen, pero al verlas juntas, de verdad no sentí ni un poco de rencor. Era como si en mi interior ya no me quedara espacio alguno para la envidia. Se veían bien juntas, eran mucho más similares la una a la otra de lo que yo alguna vez fui a Gabriela. Vigilé sus redes sociales lo suficiente como para ver cómo ahora hacían todo juntas, de la misma forma en la que nosotras lo solíamos hacer. Tampoco llegaría tan lejos como para decir que me alegraba por ellas. Aún dolía un poquito, pero un poquito de dolor era fácil de tolerar. A lo mejor sí fuimos pololas y nunca me enteré, por la forma en la que se siente reconfortante verla feliz, aunque no fuese conmigo.

Fue una buena idea venir.

Después de todo lo que había pasado entre nosotras, de principio a fin, junto a la quimera y los fantasmas que había cultivado en mi cabeza tras su muerte, volver a verla era justo lo que necesitaba para conciliar lo que había ocurrido. Me tomó un tiempo, pero ahora estaba segura: por un lado, jamás se trató del sobre, ni de su mamá, ni de una pelea en particular. Era la suma de todo lo que había pasado antes y después. Por el otro lado, tenía claro que Gabriela tenía razón.

¿Acaso no era capaz de reconocer mis propios patrones autolesivos? Yo tampoco era una víctima del destino, no era un peón en el tablero, sino que una mala jugadora. Solo sabía cómo ceder espacio, cómo hacer sentir cómodo a mi adversario, para luego dar vuelta la mesa y poner su amor a prueba. La otra persona no tenía cómo ganar, y yo me consolaba a mí misma con la victoria que suponía confirmar eso que en el fondo siempre había pensado: que el amor es condicional.

Me sentía difícil de querer.

Siempre me había sentido así.

No creía que alguien me podría querer tal cual como era, ya que nadie hasta entonces me había demostrado lo contrario. Era más fácil dedicar mi vida a comprobar la hipótesis que a refutarla. Dolía menos esperar lo peor y anticiparse al golpe que dejarse sorprender por ello. Estaba jugando un juego mal hecho, rompía mis propias reglas, y luego me daba una palmadita en la espalda cuando ganaba las apuestas que hacía en mi contra.

Fui injusta con Gabriela.

Soy muy injusta conmigo misma.

Cuando la conocí y entré a su mundo, yo era una persona que lo daba todo pensando que me aseguraría ser querida. Intentaba servirle al resto mucho más de lo que podían comer, vaciando mi propio plato en el proceso, y cuando no recibía el mismo trato devuelta, cuando veía, real o no, la más mínima señal de desamor, resentía. Alzaba mis muros, castigaba y exiliaba al traidor. Ahora me doy cuenta de eso.

Yo solita me posicionaba como cuidadora, es un rol que conozco bien y en el que solía sentirme más cómoda. Me permitía ganarme el amor que de lo contrario no pensaba ser merecedora. No solo me daba un propósito, sino que también razones concretas para luego exigir cariño devuelta. Yo me puse en el lugar de cuidadora intencionalmente, y fui yo quien colocó a Gabriela en el lugar de cuidado.

Yo puse a Gabriela ahí, y ella aprovechó ese lugar que estaba hecho a su medida, éramos un calce perfecto.

Nunca tuvimos una chance. Nuestro viaje, sus alegrías, sus dolores y todas las estaciones entre medio por las que transitamos juntas,

tenía un único e inevitable destino.

Odio a Gabriela. También la amo y la extraño. Con ella se va una parte de mí, lo quiera o no. Mi vida estuvo tan enredada con la suya, nuestros pasados irreversiblemente fundidos el uno al otro como el óxido y la chatarra. Miro a Gabriela y siento todo eso y más. Ella es un idioma en el que ya no soy fluida, pero aún recuerdo como leer. No creo que vuelva a hablarle. No porque no quiera, pero porque no sé cómo hacerlo si no es como solía ser. Lo único que me queda por darle sin que me lo haya pedido es compasión, esa que no fui capaz de tener hacia mí misma en el pasado, hoy se la regalo a ella.

Lo más probable es que el lugar que Gabriela ocupaba en mi vida quede vacante por un buen rato. Honestamente, no tengo ningún apuro por llenarlo. Pero hoy puedo decir con tranquilidad que el tiempo ha suavizado el amargor, ya no me arrepiento de haber querido a Gabriela tanto como la quise. No fue mi reacción inicial, naturalmente. Estaba decidida a nunca más hacer nada por nadie, a dejar de querer gratuitamente a quienes me rodean para nunca más arriesgarme a sentirme tan traicionada y estafada como en un comienzo me sentí. La miseria me hizo creer que el amor era condicional entonces viví mi vida queriendo como si el amor fuese algo que se adeuda, una cosa intercambiable.

La única forma que conozco de querer es a través de la entrega. Sabía que nada podía a cambiar eso. Y, aun así, dejar de hacerlo jamás me devolverá el cariño que me deben.

Podría dejar de querer del todo. Podría volverme una persona amargada, podría decidir no volver a darle una oportunidad a nadie nunca más, dejar de intentarlo por completo y cerrarme a la felicidad.

Podría, pero no quiero dejar que alguien más controle mi vida de esa forma.

No es justo para mí misma cerrarme a la posibilidad de seguir intentando ser feliz por preferir seguir resintiendo a quien me hizo daño.

Gabriela fue una persona muy importante. Nada va a cambiar eso. Pero es tan sólo una persona.

Hubiese preferido no haber sufrido tanto en el proceso, pero gracias a ese dolor aprendí que el amor que he dado me ha formado tanto o más que el amor que he recibido.

Si tuviese que hacerlo todo nuevamente, me tiraría devuelta sin pensarlo. Lo pasamos tan bien mientras pudimos. Elijo creer que ambas estaremos bien. Yo por lo menos, estoy lista para partir de nuevo. Un nuevo comienzo.

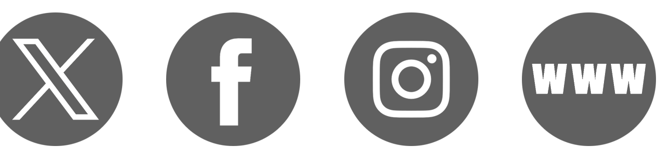
AGRADECIMIENTOS

A mi pololo, a mi editor, a mis mascotas y a mis remedios psiquiátricos, en ese orden. Sin su apoyo ni su contención esto jamás hubiese llegado a puerto.

A cada uno de los amigos que llegaron a mi vida, a quienes se quedaron desde entonces y a los que sólo se dieron un paseo por ella. A todos ustedes, los amo y los amaré.

A Gabriela.

Encuéntranos en…

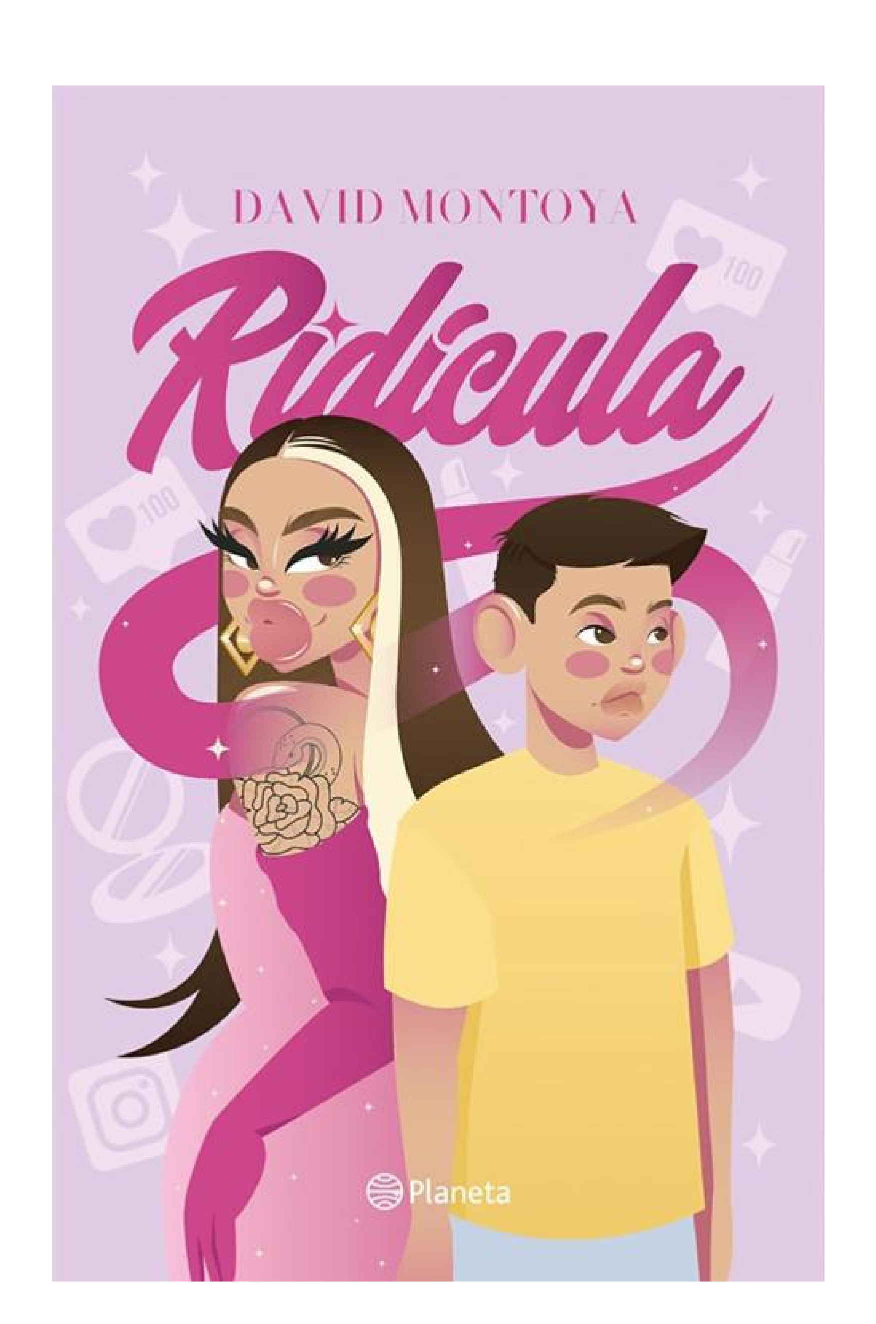


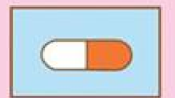




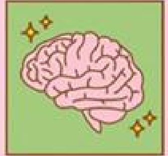
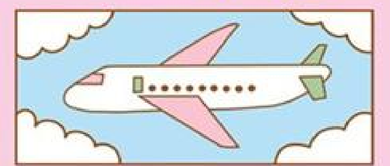


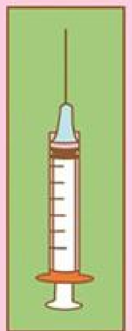
Otros títulos de la colección



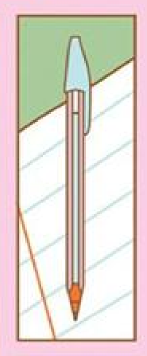


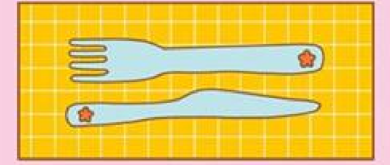




Cosas que me hubiese gustado saber antes de los 30







MARÍA JOSÉ CASTRO
(@soyladyganga)



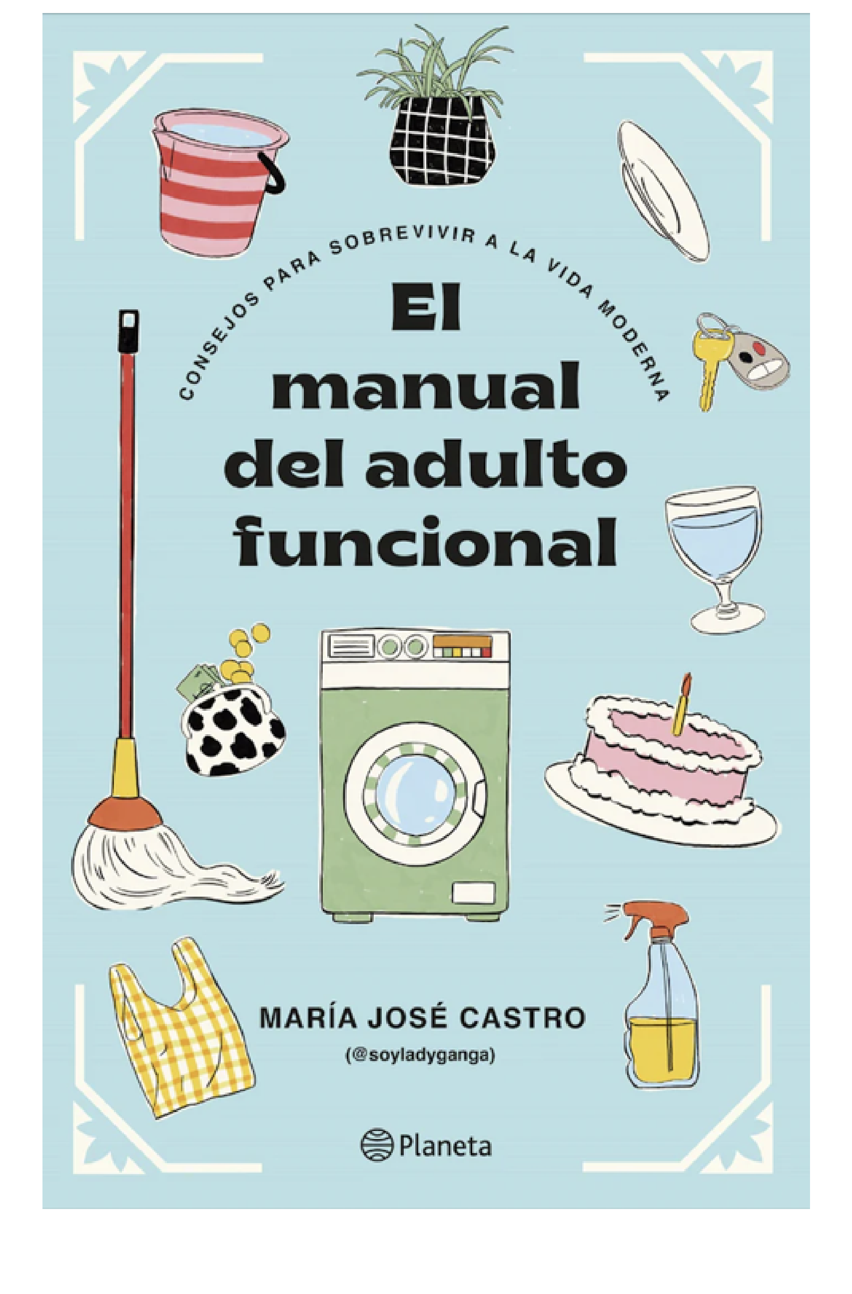

CONSEJOS PARA SOBREVIVIR A LA VIDA MODERNA
El manual del adulto funcional
MARÍA JOSÉ CASTRO
(@soyladyganga)
Planeta

Table of Contents